

Maggy McAndrew

PASIONES IMPREVISTAS

Una historia
de deseo
sin límites

EL ROMANCE LÉSBICO
QUE NUNCA OLVIDARÁS



- Serie Esfera -

PASIONES IMPREVISTAS

-Serie Sphere España-

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Versión en castellano

A mi esposa.

Capítulo 1

Escribir es una forma de aprisionar las ideas

Simone

La vida es un juego... Un juego donde el destino baraja, reparte, y a nosotros... a nosotros nos toca elegir qué hacer con la suerte que nos tocó. A veces sonreímos al mirar nuestra mano, otras, solo constatamos lo obvio, que el juego no es más que imposible, y todas las alternativas conducen a una muerte anunciada.

§§§

"¿Estás durmiendo?", oigo preguntar, una voz que suena demasiado distante.

De inmediato abro los ojos, "Claro que no...", solo estaba descansando", miento, antes de toparme con su bikini azul turquesa del color del mar y de sus ojos, en una tríada perfecta. El cabello rubio, ahora más oscuro por el agua, deja caer gruesas gotas, mojando todo a su alrededor, incluyéndome a mí. Las gotas frías, en la piel caliente de mi espalda expuesta al sol, me hacen estremecer, provocando un contraste agradable de sensaciones.

"Estaba esperando a que te dignases a salir del agua", reitero, disimulando.

"¡Deberías darte un chapuzón, el agua está fabulosa!"

"Para ti siempre está fabulosa..., puede estar helada y sigues diciendo que está formidable", sonrío, extendiéndole los brazos.

Lisa suelta la toalla color naranja en la que está envuelta y se acuesta en el césped a mi lado. Hace los movimientos lentamente, midiendo los gestos y evaluando el espacio, de forma que deja su cuerpo casi pegado al mío, sin llegar a tocarme. La proximidad premeditada, de los pocos centímetros que nos separan, tiene el don de despertar mi deseo.

Me aproximo con los labios en un intento de darle un beso, pero ella se aleja delicadamente. Pasa la lengua por mi hombro, fingiendo beber las gotas que su cabello esparció. Su mano desciende lentamente a lo largo de mi espalda, deteniéndose enseguida cuando toca la tela del traje de baño. Vuelve al inicio, y va recorriendo la piel expuesta de arriba a abajo, y de abajo a arriba, en una cadencia cuya intensidad se acelera a cada pasada. Cierro los ojos y me concentro en sus dedos, dejando que mi cerebro se vacíe de todas las demás reflexiones.

"¡Te quiero mía!", la oigo decir, sintiendo el calor de su respiración, en el instante en que su mano, por primera vez, no se detiene, traspasando el elástico. Es suficiente para transportarme a otro nivel. Sabiendo que aún no es el momento, inspiro profundamente, una y otra vez, en un intento infructuoso de recuperar el control.

"Soy tuya, ahora, y siempre, ¡y lo sabes!" murmuro junto a su oído.

Le repito estas mismas palabras desde la primera noche en que las proferí, hace muchos años, en una playa perdida. Me acuerdo de esa tarde como si fuera hoy, uno de esos momentos que dudamos que puedan ser reales, y nos cuestionamos si son solo nuestra percepción de felicidad materializada en una imagen.

§§§

Me despierto sobresaltada, y con un movimiento brusco, me siento en la cama. Mi corazón late descompasado, la camiseta de tirantes está pegada al cuerpo, completamente sudada, y me cuesta respirar.

Me dejo caer hacia atrás, inmóvil mirando el techo, el cuarto está oscuro, pero por las rendijas de la persiana percibo que ya amaneció. No consigo recordar con nitidez el sueño que estaba

teniendo. Cierro los ojos e intento volver a dormirme, en un esfuerzo desesperado por retomar un tiempo perdido. Me giro boca abajo, y me fuerzo a pensar en ella, pero, por más que lo intente, nada pasa. Constatando la imposibilidad de lo que pretendo, abro los ojos y salgo de la cama irritada, tirando con fuerza las sábanas hacia atrás, con la firme decisión de empezar a trabajar lo más rápido posible.

Miro el reloj, son las tres y veinticinco, aún no almorcé, y hoy es miércoles. Desde que ella murió, mi salud mental depende de lograr mantener rutinas que den sentido a los días. Jugar a las cartas una vez por semana es parte integrante de esa terapia autoimpuesta.

Esta mañana, después de dos cafés y un pan caliente con mucha mantequilla, me senté en mi silla, frente a la computadora, y aquí me quedé hasta ahora, debatiéndome para encontrar palabras que den forma al texto en el que estoy trabajando desde hace semanas.

Curioso, cuando simplemente estoy pensando, sin teclado, sin lápiz ni papel, las ideas fluyen dentro de mi cabeza, se encadenan, se mueven y toman su lugar, dibujando el cuadro final, en una perfección singular. Pero, cuando me siento, e intento verbalizarlas, ellas se mezclan en un ovillo de contornos difuminados, jugando conmigo al escondite, lo que me impide conseguir escribirlas. Hace poco, pensé si sería el caso de que estas ideas se sienten tan mías, tan íntimas que no se dejan aprisionar en palabras, no se dejan exponer a la crítica de terceros, tal vez sean simplemente ideas tímidas, escondidas tras un velo, que se interpone entre el pensamiento y el papel.

Tomo el cuaderno de apuntes, uno de los lápices amarillos bien afilados que reposa en el vaso junto a otros veinte iguales a él, y escribo en una página en blanco *'Puedo pensarlas, pero no puedo escribirlas. Escribir es una forma de aprisionar las ideas, e ideas aprisionadas no pueden ser libres.'* Cierro el cuaderno, vuelvo a colocar el lápiz en el vaso y sonrío.

Bajo los siete pisos que me separan del apartamento de Grace y David, y recorro con paso largo el pasillo que comunica mi bloque con el suyo. Parada frente a la puerta del 3º Bloque II - A, toco el timbre.

"¡Es Simone!", oigo la voz de David incluso antes de que abra la puerta.

"Disculpen, estaba en casa, no me di cuenta de la hora y terminé por retrasarme", comento mientras ocupo mi lugar en la mesa, frente a mi amiga Carmen, al lado de Grace.

"¿Estás bien?", pregunta Carmen sin rodeos.

Sin dar una respuesta, desvío hábilmente el tema. Vamos jugando y charlando, hablando de todo y nada. Inevitablemente, ellos centran la conversación en sus respectivos hospitales, chismorreando sobre la vida ajena.

"¿El director del servicio de psiquiatría de tu hospital se va a divorciar?", pregunta Carmen, mirando ahora directamente a David.

"¿En serio? ¿Fili? No puede ser, yo conozco a su esposa", dice, pareciendo reflexionar sobre la información, inmóvil con una carta en la mano. Se percibe por estas conversaciones que David raramente sabe algo de lo que pasa en la vida de otros colegas.

"Bueno, ¿qué tiene que ver que se divorcien con que tú conozcas a su esposa?", interrumpe Grace, algo irritada. "¿Vas a decirme que nunca podría suceder, que eran la pareja perfecta...? ¡Ni siquiera tú eres tan cliché!"

A lo largo de los años fui aprendiendo a apreciar estas conversaciones, fui conociendo a los protagonistas y haciendo retratos mentales de cada uno de ellos.

"Emily viene a cenar esta noche", dice Grace cambiando de tema y de tono.

"¿Cómo está ella?", pregunta Carmen.

"¡Estupenda!" Aunque la respuesta es rápida y espontánea, Grace se detiene un momento, como si necesitara evaluar lo que acaba de decir. "La última vez que estuvo aquí dijo que haría una pasantía en tu hospital, puede que trabajando más cerca la vea con mayor frecuencia. Te la cruzarás."

"¡No la veo hace años! Creo que ni la reconocería si me la encontrara en la calle. Ella está haciendo neurología, ¿no?" Mientras habla, Carmen frunce el ceño como si intentara imaginar en qué mujer se convirtió Emily.

"Está en cuarto año..., el tiempo pasa, en noviembre cumple veintiocho"

Ganamos la primera ronda y Carmen reparte el juego para otra partida. Levanto las cartas, miro mi mano y lentamente las ordeno. Cuatro ases, tres nueves, dos reyes y dos ochos. Al instante, el corazón se acelera. Basta con que David, a mi derecha, tire un nueve, pienso. Sostengo las cartas con la mano izquierda y apoyo la derecha sobre el fieltro verde. Observo a Carmen, es ella quien hace la primera jugada. Es el turno de David, saca una carta y se prepara para descartar otra. En un instante desvió la mirada hacia la ventana, un momento de fe, ¡y él tira un nueve!

Lo improbable sucedió, el destino me dio un juego ganador sin siquiera tener que hacer elección alguna.

Carmen confirma y aplaude, con esta partida acabamos de ganar el juego.

"¿Saben una cosa? Va a haber un torneo organizado aquí en el edificio, está abierto a residentes y jugadores externos. Tiene premio de juego y todo, ¡va en serio! Deberían inscribirse", dice David.

--

Sentadas en la cafetería, *The Machine*, Carmen y yo miramos los platos en frente a nosotras, pancakes, fresas, frambuesas y arándanos, cubiertos por una espesa capa de nata inmaculadamente blanca.

Nunca me canso de contemplar esta sala. Está decorada con piezas industriales que algún día formaron parte de la enorme fábrica que operaba en este edificio.

Me doy cuenta de que, casi en el otro extremo de la sala, una mujer nos saluda con la mano. Devuelvo el saludo, de forma rápida y educada, desviando la mirada.

"Mira...", dice Carmen con regocijo, "... es nuestra nueva vecina, tu colega, aquella que se mudó al apartamento de Eric, ¿cómo se llama?"

"Nicola", respondo secamente.

"Eso, Nicola", repite, imitando un acento italiano al pronunciar el nombre. "Me pareció muy simpática, ayer me crucé con ella aquí abajo en la tienda. Qué extraño, así de repente, una persona cambiando de trabajo, casa, país, durante un semestre."

La frase de Carmen se ve interrumpida por la llegada de la propia Nicola. Sin devolver la sonrisa, la presento a Carmen, quien la saluda una vez más efusivamente. Afortunadamente, no se detiene a conversar, se despide avanzando con paso rápido y decidido hasta la puerta y saliendo directamente a la calle.

Retomo la conversación en el punto donde nos habíamos quedado. "No tiene nada de extraño, es un intercambio de profesores, lo hacemos todos los años, forma parte de los proyectos de la Red Europea de Filosofía", afirmo con convicción. "Ya verás, ¡un día de estos soy yo quien se va unos meses a otra casa, en otro país, a vivir otra vida!"

"Pago por verlo", responde Carmen, sin mirarme y llevándose otro bocado de su pancake a la boca. "¿No te agrada? Sé que no eres la persona más simpática y afable, pero la trataste de una forma demasiado seca, incluso para ti."

Voy comiendo lentamente, pinchando un arándano a la vez con la punta del tenedor. En realidad

no me gustan los arándanos, pero a Lisa le encantaban, sentir su sabor me trae un poco de ella. Controlando mis divagaciones, me concentro en responderle a Carmen. "¿No me agrada quién? ¿Nicola? Casi no la conozco. Es especialista en Spinoza. La semana pasada se presentó en la reunión de profesores y después de eso solo la vi una vez más. Desafortunadamente, va a compartir despacho conmigo, con Ruth y JP", digo pausadamente, continuando con los arándanos uno por uno.

"A otro perro con ese hueso", interrumpe Carmen. "Sigues hablando en ese tono, el que usas con las personas que te desagradan, ¿qué te hizo?", pregunta con una mueca irónica que no llega a ser propiamente una sonrisa.

"Siempre parece muy animada. A decir verdad, ¡demasiado animada! Habla alto, con ese acento italiano, ¡se la oye por todas partes! Apareció con pantalones y chaqueta de cuero, y unas gafas de sol de aviador. No se puede decir que sea discreta. Además, ¿quién usa chaqueta de cuero en verano?" Niego con la cabeza en un gesto automático que traduce bien mi descontento.

"Pobre mujer, se ganó tu antipatía por vestir chaquetas de cuero", dice Carmen sonriendo.

"Cambiano de tema", comienza, contrayendo el rostro y poniéndose seria, "esta mañana, cuando nos encontramos en la panadería, estabas muy extraña. Casi no hablaste, ¿pasó algo?"

"¡Nada! Estaba preocupada por un texto que no logro escribir. Cada vez que intento empezar, parece que me faltan palabras que logren expresar lo que estoy pensando. Es curioso, ¿has visto que podemos tener tantos sentimientos, tantas emociones, para los cuales no tenemos palabras? Mira este arándano...", digo, sosteniendo una baya azulada en la punta del tenedor. "Es fácil describirte la sustancia, una fruta pequeña, redonda, azul, pero ahora voy a ponerla en mi boca y saborearla..., y por más que intente describírtelo, nunca tendré las palabras suficientes para que puedas experimentar el sabor que estoy sintiendo."

"¡Sisi, basta! Me haces perder con tu retórica, siempre ha sido así, desde que éramos pequeñas."

Solo Carmen y Lisa me llaman Sisi, como la emperatriz, pienso mientras ella prosigue: "Haces de todo una reflexión profunda, pero sigues dando vueltas sin responderme, ¿tenías o no tenías algo esta mañana?"

"Soñé con Lisa", digo simplemente, desviando la mirada hacia el plato y volviendo a revolver el té en un gesto mecánico.

Capítulo 2

Circunstancias

Carmen

Sin tener la certeza de qué debo preguntar, avanzo cautelosamente, "¿Pasa muchas veces?"

"Hay momentos en que sí, hubo meses en que soñaba con ella casi todas las noches. Pero también pueden pasar semanas sin que suceda...", Simone se detiene, "Tengo miedo de que un día deje de poder estar con ella," murmura, "al menos en sueños", dice de forma casi inaudible.

Coloco la mano sobre su brazo, sin proferir una sola palabra, no hay nada que pueda decir que mitigue el dolor que siente.

"Hoy por la mañana, estábamos en la casa de la playa, junto a la piscina, ella bañándose, riendo, y, como siempre, intentando convencerme de que el agua estaba maravillosa, permanecía allí, me tocaba, y yo la sentía..., estábamos juntas, sus ojos azules brillaban de felicidad, el cabello goteaba, y la piscina reflejaba el sol haciendo brillos de varios tonos, era real, era verdad... Me desperté deseándola, queriéndola más que cualquier otra cosa, y..." Simone hace una pausa y suspira.

"También la extraño. A veces estoy en el hospital, y aún llevo la mano al bolsillo para tomar el teléfono y preguntarle su opinión sobre un caso más complicado. El otro día, en casa, estábamos todos cenando y Samuel comentó algo sobre cuando estuvimos en Cabo Verde, ¿te acuerdas?"

"Claro, fueron a 'cambiar el mundo', y me dejaron aquí." Aunque la frase suena como un lamento, Simone sonríe.

"Las chicas lo oyeron y no me soltaron con preguntas. ¿Cómo fue? ¿Qué fuimos a hacer allí?"

Simone interviene, "Ella adoraba a las niñas, decía que Magie iba a ser filósofa como yo, y Bia médica como ustedes...", no prosigue, la voz le tiembla y lleva la taza a la boca, sorbiendo varios tragos de té.

Una semana después de la muerte de Lisa, vi a Simone llorar por última vez. Ese día, después de una crisis de llanto convulsivo, que le quitó la capacidad de hablar, y casi de respirar, durante largos minutos, me dijo que el dolor que sentía era tan mayor que cualquier manifestación, que cualquier cosa visible a los ojos de los demás, que llorar era un acto que minimizaba lo que sentía, y por eso, había decidido que no volvería a hacerlo, y así fue, al menos frente a mí.

"¿Qué opinas del torneo de canasta? ¿Vamos?"

"¿Por qué no? ¿Te encargas tú de la inscripción? ¿Sabes cuándo es?", responde como si ya esperara la pregunta.

"Por lo que entendí, empieza ahora y va hasta noviembre" No digo nada, pero pienso que para fin de año Samuel ya estará en Inglaterra, en fin, ya se verá.

De un momento a otro, Simone parece tener prisa en volver a casa. Regresa al tema del texto que no consigue escribir, me explica algo sobre ideas y palabras ocultas en velos de sombra y luz. Confieso que no entiendo nada, pero la dejo ir sin hacer más preguntas. Con el tiempo, aprendí, simplemente, a respetar su necesidad de estar sola.

--

Cuando entro en casa oigo las voces de Sam y Bia, que vienen de la cocina. El aroma no engaña, la cena será curry. Magie también ya está aquí y pasa junto a mí, equilibrando los vasos y la jarra de agua, en dirección a la mesa.

"¡Buenas noches, mamá! ¿Te acordaste?", pregunta con una cara que me recuerda los días en que era niña.

"¡Claro!", digo sacando de la bolsa las dos tabletas de chocolate que prometí traer, hoy por la

mañana antes de salir. "¡Como si no supiera que iba a ser la primera pregunta que me ibas a hacer!"

"¿Qué tal la canasta? ¿Cómo estaba Simone?", pregunta Samuel, "Hace tiempo que no la veo, tenemos que invitarla a cenar aquí. A ella le gusta estar con las niñas y le hace bien salir de casa."

"Buena idea, papá", interviene Magie, "Adoro conversar con la 'tía'..., tengo que contarle que realmente quiero seguir filosofía, aún no lo sabe."

"Yo tampoco lo sabía", digo, fingiendo una falsa indignación.

Bia y Magie terminan de cenar y se levantan, dejándonos a solas con Samuel. "Sabes, Sam, estoy preocupada por ella, por Simone", digo, mirándolo, "No quise comentarlo frente a las niñas, pero hoy por la mañana me pareció extraña, después me contó que ha estado soñando con Lisa. Puede no ser nada, pero me quedé pensando en eso."

"A fines de octubre ya harán tres años que Lisa murió, no sé cuándo, ni si, Simone conseguirá recomponerse." Samuel no me encara y mantiene la cabeza baja. "Sería bueno si conociera a alguien. Ella es una persona genial."

No puedo estar más de acuerdo, pero el destino tendrá que dar una gran ayuda, pienso, sin decir nada.

**

Llegamos al hospital a la hora habitual para un lunes. "Buenos días..." nos saluda nuestro director de servicio cuando Samuel y yo entramos en la sala de médicos, "Los estábamos esperando, hay dos internos que empiezan hoy aquí con nosotros. Pensé que podrían quedarse uno con cada uno de ustedes".

Sam es el primero en hablar, "Yo preferiría no quedarme con ninguno de ellos, no es que no me guste tener internos, pero voy para Inglaterra."

Momentáneamente, dejo de oír lo que está pasando, y tomo conciencia de que Samuel estará fuera durante un año. Cuando él pensó en postularse a la beca, hace más de seis meses, yo lo apoyé incondicionalmente, hasta lo incentivé. En ese momento, tenía la certeza de que era una oportunidad única en su carrera, y ahora, sigo pensando lo mismo, solo que no sé si tengo tanta certeza de que también es una buena oportunidad para nuestra relación.

"¡Carmen!... ¡Carmen!"

"Disculpa, estaba distraída, ¿qué estabas diciendo?", pregunto moviéndome en la silla.

Él esboza una sonrisa y meneas la cabeza, "Ya estás con nostalgia de Samuel, por lo que veo, va a ser bonito."

Cuando la nueva interna entra al consultorio y me extiende la mano se me enciende la luz en la cabeza. "Buenas tardes, y bienvenida, recién estoy atando cabos... tú eres la hija de David y Grace, ¿cierto? Ya sabía que habías elegido una pasantía aquí, pero hace un rato cuando me dijeron que teníamos dos nuevos internos no lo asocié." Mientras hablo le extiende la mano, y aprieto la suya calurosamente.

Emily parece ser aún más joven de lo que es en realidad, con jeans y zapatillas, debajo de la bata, me mira fijamente con sus ojos marrones. Aprieta vigorosamente mi mano y sonríe, haciendo hoyuelos en las mejillas. "¡Gracias! Es verdad, mi madre me dijo que probablemente nos íbamos a encontrar."

Con el transcurrir de la tarde, me doy cuenta de que Emily se va poniendo nerviosa, a tal punto que a cierta altura mira el reloj cada cinco minutos. La actitud me va incomodando cada vez más, hasta que ya no me puedo contener. "Mira Emily, no sé qué vienes buscando en esta pasantía,

pero tu actitud no se condice con lo que espero de mis internos. Si tienes algo más importante que hacer, voy a pedirte que te retires. Vete y vuelve solo el día en que estés totalmente disponible." Digo todo de una sola vez, sin nunca darle la posibilidad de replicar.

Ella se levanta, se dirige hacia la puerta y sale, murmurando, entre dientes, un pedido de disculpas.

Continúo la consulta, pero ahora soy yo quien no logra concentrarse.

**

Me despierto más tarde de lo habitual, son casi las once, pero hoy es mi día libre. Perezosamente me levanto, tomo una ducha demorada, me calzo mis zapatillas favoritas, y me decido por un desayuno tardío en *The Machine*.

Cuando entro, la sala está casi vacía, como sería de esperar un final de mañana de un jueves. Habitúo los ojos a la poca luz del interior del café y, veo a Nicola sentada sola, en una mesa ubicada en la zona más al fondo de la sala.

A medida que me aproximo noto lo pálida que está. En realidad parece tan ajena a todo, que solo se da cuenta de mi presencia cuando hablo, "Hola, Nicola, ¿cómo estás? No sé si te acuerdas de mí, soy amiga..."

"Amiga de Simone. ¡Claro! Carmen, ¿no?", me pregunta, invitándome a sentarme con un gesto.

"¿Estás bien?", me veo forzada a indagar, sabiendo de antemano, por su expresión, que pasa algo.

"Más o menos, tengo migrañas y, anoche, tuve una crisis..., hoy me desperté mejor, pero con la sensación de estar con resaca", dice, forzando una sonrisa de circunstancia.

"¿Necesitas algo? ¿Estás medicada?"

"Sí, ya tengo esto hace tanto tiempo que me volví profesional. Habitualmente, llego a tiempo de tomar la medicación, pero ayer, ayer ni valía la pena, fue muy rápido." Nicola lleva la mano a la cabeza y la coloca en la sien izquierda. "Abarca parte del ojo y parte de la frente., disculpa, te estoy aburriendo con esta conversación", toma la taza, se endereza en la silla, y, pareciendo un poco mejor, bebe un sorbo de café.

"No me aburres para nada, además, soy médica, por eso un caso clínico siempre es bienvenido!", exclamo sonriendo.

A pesar de pálida Nicola es una mujer muy interesante, de cabello negro cortado corto, en un estilo despeinado, y unos ojos azules, de un azul oscuro, difícil de definir. En la parte superior de la oreja noto que tiene un piercing, un pequeño punto dorado, discreto, pero presente.

"¿Cómo está siendo la adaptación, ha ido bien?"

"Creo que sí, hace mañana dos semanas que llegué. Ya consigo ir a la Facultad sin perderme, ya sé el nombre de las personas con quienes comparto la oficina. Es un poco extraño no conocer a nadie, pero de a poco debe mejorar. Estoy siendo melodramática, ¿no?"

La conversación parece tener un efecto terapéutico, y ella sonríe ahora abiertamente, una sonrisa que le ilumina el rostro, pareciendo movilizar todos los músculos disponibles.

Termino el desayuno y ella bebe el resto de su café, mientras me habla sobre su vida en Italia. Es una contadora de historias nata, siento el olor del queso y las trufas en una pizza italiana, servida sobre un mantel de cuadros rojos y blancos, y el sabor de un sorbete de limón maravillosamente frío y cremoso, equilibrado en un cono de galleta fina y crocante, durante un paseo de domingo por la tarde, en el Parque Sempione.

"No sé si tienes planes, pero estaba pensando si te apetece ir a mi casa. Si vamos a ser vecinas, mejor empezar ya a aprovecharlo, preparo algo ligero, almorzamos y continuamos conversando, me pareces mucho mejor, pero aun así."

La invitación debe parecerle, como mínimo, inesperada, pero es sincera, además de todo me viene bien tener compañía para almorzar

"Gracias, pero ¿estás segura? Debes tener cosas mejores que hacer que aguantar a una enferma más, los médicos siempre son médicos, ¡aunque estén de paisano y de franco!", comenta soltando una carcajada, que, una vez más, me hace reír también.

Capítulo 3

Pensar juntos

Nicola

"¿Cómo lo sabes? No es que no tengas razón", comenta Carmen, frunciendo ligeramente las cejas.

"Mi padre es médico, es cardiólogo y..., y, en su momento, tuve una novia que es psiquiatra, puedo decir que conozco bien el medio", respondo dejando deliberadamente algo de misterio en el aire.

Ya estamos a mitad del almuerzo cuando decido avanzar y preguntar, "¿Simone es siempre así?"

"¿Así cómo?", pregunta Carmen, parando de comer.

"No sé..., distante, fría, parece que tiene algo contra mí. Está siempre desconfiada y al mismo tiempo ausente, el otro día cuando la vi en la Facultad, después de la reunión, intenté hablar con ella, pero tuve la nítida sensación de que me evitaba."

"No le des importancia, no es nada contra ti, ella es así." Carmen se detiene, supongo que pensando en Simone, "Nunca fue una persona tolerante, siempre inquieta, siempre un paso adelante de todos nosotros. La conozco desde niña, no te voy a decir que es la persona más sociable del mundo, nunca lo fue, pero cambió mucho con la muerte de Lisa..."

"¿Quién es Lisa?", pregunto, fingiendo no saber, forzando a Carmen a continuar hablando.

"Lisa era la mujer de Simone. Fue mi colega en la facultad, y de mi marido, Samuel. Fui yo quien la presentó a Simone. Hace unos años a Lisa le diagnosticaron un cáncer de mama, ya estaba avanzado cuando se descubrió", Carmen se queda en silencio y se le llenan los ojos de lágrimas.

"No necesitas contarme, disculpa, no sabía." Por momentos me siento incómoda, al final yo sé que estoy tirando de un tema sensible.

"¡No! Discúlpame tú", dice Carmen, bebiendo un poco de limonada y respirando hondo, "Hace mucho tiempo que no contaba la historia de Lisa. Lisa tenía una alegría de vivir, una energía, que nunca vi en nadie más. Se enamoró locamente de Simone e hizo de eso un objetivo de vida. Simone se volvió más ligera, se dejó llevar de la mano de Lisa, pasó a disfrutar de la existencia, logró incluso liberarse de su obsesión por el trabajo. Cuando Lisa murió, fue como si una parte de Simone también hubiera muerto. Se encerró, se dedicó al trabajo, sobre todo a escribir, y pasó a quedarse la mayor parte del tiempo en casa."

"Simone es extraordinaria, conocí su trabajo cuando estaba en los últimos años de la licenciatura. Ella había empezado a publicar y sus textos llamaron la atención de mucha gente por la forma genial, pero al mismo tiempo ácida, como confronta ideas de racionalistas y empiristas. Ella es capaz de, en cada momento, vestir la piel de unos y de otros, defendiéndolos con igual intensidad. A veces, sobre todo en los textos más recientes, es casi insensato acompañarla, argumenta esto y su contrario, y al momento siguiente defiende que ninguno de los dos es plausible, o que ambos pueden coexistir. En este momento, Simone es una de las grandes pensadoras sobre la realidad, conciliando visiones del pasado y del presente con una sutileza impar. Es hasta extraño pensar en ella como la vecina del piso de arriba."

"Dale tiempo, acércate despacio..., es un ser frágil y asustado, que se defenderá de todo, incluso antes de conseguir evaluar si se trata realmente de una amenaza."

**

Son las seis y media de la mañana, y se percibe que el sol va a brillar en el cielo con plena

intensidad. ¡Cómo adoro estos días, en que aún antes de amanecer completamente ya se vislumbra la luz y el olor de un día de verano! Me estiro, extendiendo los brazos y las piernas, hasta sentir cada músculo.

Sé que no volveré a dormirme. Además de haberme acostado muy temprano y dormido profundamente casi doce horas, me invade un nerviosismo sutil, dentro de un rato habrá una reunión general de profesores para ajustar detalles para el inicio del año lectivo, faltan cuatro semanas para empezar.

Miro mi rostro reflejado en el espejo del baño, después de lo que Carmen me contó, no conseguí dejar de pensar en Simone.

Ayer, ya tarde, envié el segundo email a Giovanna. Cuando nos despedimos, en el aeropuerto, me hizo prometer que escribiría al menos una vez por semana.

'Querida Amiga,

Por aquí el tiempo corre lentamente, dándome el privilegio de saborearlo (...). Durante el día consigo tener una vida relativamente normal, pero las noches..., cerrar los ojos y dejar el pensamiento libre, sigue siendo difícil. Extraño nuestras conversaciones. No empieces ya a regañarme, sé que tienes razón, y que es importante alejarme..., pero eso no vuelve las cosas más simples. Sé que estás preocupada, pero yo estoy bien.

Hoy almorcé con Carmen, una vecina aquí del Edificio, y estuvo contándome algunas cosas (...) Después de hablar con ella, pasé el resto de la tarde inmersa en textos antiguos de Simone. Fue un ejercicio interesante, intenté situar cada uno de ellos antes y después de la muerte de Lisa..., su mujer que murió hace algún tiempo, y sabes, el tono se modificó, y, si es posible, su excelencia se perfeccionó.

Las visiones claras y asertivas de los primeros textos, dieron lugar a cuestiones sucesivas y a una oscuridad negativista. Convencida de que nunca podremos estar dos veces en la misma situación, porque en cada una de ellas no seremos los mismos, Simone se fue volviendo pródiga en el análisis de las emociones humanas. (...)

Tienes razón al considerarla una persona especial, tal vez el adjetivo sea genial..., voy a acercarme e intentar hacer lo que tú y Francesca me pidieron, pero no va a ser una tarea fácil..., jella impone distancia y no tiene ningún interés en hacer conversación! No imaginas lo cerrada y seca que es.

Y no, no te quedes pensando que puedo tener otro tipo de interés..., te conozco lo suficiente para saber que se te debe haber pasado eso por la cabeza..., nada de eso, sabes que hace años que admiro profundamente a Simone, y es extraño poder estar tan cerca..., tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. No es momento para siquiera pensar en poder involucrarme con alguien, y no lo haré.

¿Cómo están las cosas por ahí? ¿Cómo está Eric? Cuídenlo bien..., nunca lo vi personalmente, pero siento como si lo conociera íntimamente..., al final comparto todo, o casi todo, de lo que era su vida aquí. (...)

Ciao. Nico'

El pequeño anfiteatro está completamente repleto cuando entro. Miro alrededor, pero no vislumbro ninguna silla libre. Con el casco de Eric debajo del brazo, y la mochila en la mano, voy intentando pasar, hasta conseguir quedar apoyada en la pared del fondo. A un lado de la sala, junto a la ventana, veo a alguien haciéndome señas con la mano, para que me acerque. Es Ruth, mi compañera de oficina.

"Siéntate aquí. Dame el casco que yo lo guardo", prosigue sin darme opción.

Miro alrededor, y, a medida que todos se van sentando, la sala parece ganar algún orden. No conozco a casi nadie, y voy simplemente observando. Un hombre calvo saluda efusivamente a una mujer bajita, que casi se desequilibra con el entusiasmo. Continúo barriendo la sala con los ojos, hasta estancar en la primera fila, ¡Simone! Sentada en una de las zonas laterales, tiene la cabeza baja y un lápiz en la mano, pareciendo escribir algo en un bloc de notas. Del lugar donde estoy solo consigo verla parcialmente, rizos oscuros, por encima de los hombros, lentes redondos, viste un suéter de rayas anchas, con mangas arremangadas, y ostenta la despreocupación de quien conquistó ese derecho.

Durante las dos horas que siguen se va discutiendo horarios y unidades curriculares. Ya casi al final de la reunión, soy despertada de mis conjeturas cuando oigo a alguien proferir mi nombre.

"Nicola..., Nicola, ¿qué opinas?" Quien habla es el colega calvo que observé cuando me senté, y que ahora me mira directamente.

"Disculpa, no conseguí entender lo que dijiste", digo, disimulando mi distracción.

"Soy uno de los coordinadores del nuevo doctorado, Pensamiento Filosófico en lo Femenino. El Programa empieza este año, y estábamos pensando si no querías dar clases en uno de los módulos este primer semestre. Sé que no estaba previsto..."

Lo interrumpo, sin conseguir contener mi excitación, "¡Me parece fantástico, claro que sí!"

La reunión termina no mucho después y el colega me está esperando cuando bajo las escaleras.

"Me pone muy contento que aceptes colaborar con nosotros. Este doctorado es una conquista de Simone...", dice mirando hacia ella.

Simone permanece impávida, como si mi presencia le fuera completamente indiferente. Ella me mira, abre la boca como si fuera a empezar a hablar, pero la cierra enseguida sin llegar a decir nada. Vuelve a sentarse, haciéndome señal para que me siente también. "La idea tiene tanto de simple como de compleja...", dice en voz baja.

No podríamos dejar de empezar con una contradicción, pienso, riendo interiormente.

"... desde la antigüedad muchas mujeres tuvieron un papel determinante en el avance del pensamiento filosófico, sin embargo, por las vicisitudes de la historia, pocas son las que figuran en nuestros manuales. Este Programa es una expedición en busca de ideas perdidas. Nuestro objetivo no es enseñar nada a nadie, sino pensar juntos, intentar evaluar las contribuciones femeninas en las varias corrientes de pensamiento, y, al mismo tiempo, ver si esas ideas moldearon o fueron moldeadas por sus pares masculinos."

Oír a Simone tiene un efecto singular, parece que cada frase, cada palabra tiene mucho más significado del que tendría, dicha por otra persona. "Pensar juntos tiene su toque de ambicioso, ¿no crees?"

"¡Lo tiene! Pero esa es la esencia de la educación, una ecuación en que uno más uno suma más que dos."

A medida que voy reflexionando en lo que ella acaba de decir, mi cabeza se llena de ideas. "Es simple discutir los fundamentos cartesianos a la luz de la voz de una mujer que vivió unos años antes del protagonista que quedó en la historia..."

"¡Teresa de Ávila!", Simone finalmente me mira y, en este instante, sus ojos color miel tienen un brillo que nunca había visto.

Quebrando el encanto del momento, Ruth abre la puerta del anfiteatro, "Disculpa interrumpir, me quedé con tu casco, estaba esperando que pasaras por la oficina, pero como no viniste vine hasta acá a entregártelo", diciendo esto, me extiende el casco gris de Eric.

"Gracias...", murmuro, impaciente para que la conversación pueda recomenzar.

Indiferente a lo que estaba pasando Ruth prosigue, "Voy a beber algo", dice, guiñándome el ojo,

"Pensé que podrías querer acompañarme, ¿qué tal?"

El momento está definitivamente deshecho. Simone retomó la postura anterior y volvió a su expresión ausente. Ruth continúa frente a mí, saltando ora en un pie ora en el otro. Alrededor de los veinte y tantos años, de piel color chocolate, ojos negros, y cabello largo preso en un conjunto geométrico de trenzas, es sin duda, alguien que llama la atención. Considero mis opciones, volver a casa de Eric, ahora mi casa, y pasar el resto de la tarde y la noche sola, o aceptar la invitación. Antes de responder, aún lanzo una nueva mirada sobre Simone, pero definitivamente, ella parece ignorar que estamos en la misma sala.

"¡Acepto!"

"¡Voy a buscar mis cosas y salimos ya!" Sin darme tiempo de decir nada más, sale corriendo por la misma puerta por donde entró.

Me quedo sola con Simone, en el anfiteatro. Me pongo el abrigo, me cuelgo la mochila, y coloco el casco encajado debajo del brazo "¿Crees que sería posible retomar esta conversación otro día?", pregunto, "Me gustaría saber más sobre el doctorado...", al contrario de lo habitual las palabras no me salen fluidas, parecen tropezar unas en las otras y suenan extrañamente ralentizadas. "O sea..., me gustaría oír tu visión..."

Simone continúa guardando sus cosas, de forma meticulosa, dentro de una cartera de cuero azul turquesa. Es un tono raro para una cartera, y disonante de su imagen.

"En los próximos días voy a estar muy ocupada, tengo que terminar un texto para entregar a mi editora." Simone levanta la cabeza y vuelve a mirarme, pero el brillo de la mirada desapareció.

Capítulo 4

Los sentimientos son apenas nuestros

Simone

A pesar de mis argumentos y mi rechazo, Nicola continúa insistiendo, "Un café..., media hora..., solo para oír tus ideas y poder empezar a trabajar, ¿qué tal?"

¡Qué mujer insoportable! Demasiado exuberante, demasiado insistente, demasiado confiada, en fin..., demasiado todo.

"Vas a tener que darme algunos días", respondo buscando esquivarme de cualquier compromiso.

"Tengo tu email, cuando consiga organizar mis cosas te envío un mensaje y combinamos, ¿puede ser?" Jaque mate. Tomo la cartera, meneo la cabeza y, sin despedirme, salgo, dejándola sola.

--

Llego a casa cansada, ya estoy desacostumbrada de estas idas a la Facultad y de los anfiteatros llenos de gente. Como los restos de la cena de ayer, y decido acostarme temprano a leer un libro que quiero terminar.

§§§

El ruido a nuestro alrededor es ensordecedor. En cada mesa, se alzan vasos, se hacen brindis, las personas ríen y hablan alto, indiferentes a las mesas del lado. Cada uno celebra su propia conquista. Yo y Lisa también celebramos, celebramos diez años de nuestro primer beso.

Recuerdo su rostro como si fuera hoy, estábamos en un parque, esperando que Carmen llegara para ir juntas al cine. Nos quedamos conversando, sentadas en el césped. En medio de la conversación, Lisa apoyó la mano en mi pierna, fijé los ojos en su mano, después, levanté la cabeza, y miré dentro de sus ojos, sumergiéndome en un mar azul de sensaciones, no me moví con miedo de que el momento se disipara en el aire. Lisa aproximó el cuerpo al mío, y pude sentir el calor que emanaba, aun antes de tocarme. Sin nunca decir una sola palabra, apoyó los labios en los míos y me besó. Su lengua forzó el paso por entre mis labios y exploró mi boca como si ya la conociera, hasta que, finalmente, creo que por la necesidad de respirar, se alejó, todo, sin nunca sacar la mano de mi pierna.

Carmen llegó minutos después. Era imposible decir lo que fuera. En ese día descubrí que los sentimientos son nuestros y apenas nuestros. No te puedo mostrar a qué sabe una fresa y tampoco consigo que des conciencia de cuánto te amo.

"Un beso por tus pensamientos", me dice Lisa al oído, inclinándose en la silla.

"Pensaba exactamente en eso..., en un beso..., en nuestro primer beso..."

Ella cumple lo prometido y me besa con una intensidad inesperada, "¿Recuerdas la cara de Carmen cuando le contamos? Nos hizo prometer que sería madrina, cuando un día, nos casáramos..."

Salimos de 'La Coupole' y atravesamos a pie las calles de Montparnasse hasta nuestro hotel. Entro al baño para una ducha rápida, dejándola sentada en la cama. Pienso en Lisa, en nuestro primer beso, en la primera vez que hicimos el amor, y, en un gesto no planeado, salgo al cuarto apenas envuelta en la toalla. Ella está acostada, cubierta por la sábana, de espaldas a mí, apagó la luz del techo, y está en la penumbra, apenas iluminada por el amarillento de la débil lámpara de la mesita de noche. Dejo caer la toalla y me meto desnuda, en la cama, a su lado. Como anticipando el movimiento, ella se gira, y me envuelve en un abrazo tirando de mi cuerpo contra el suyo. Me besa y yo retribuyo. También ella está desnuda. Cierro los ojos, y me rindo totalmente a sus manos. Mi cuerpo cede, mi cabeza se desconecta, reabro los ojos y encaro otros

ojos , azul oscuro, brillantes de deseo, el cabello negro despeinado...

§§§

Me despierto sobresaltada, con el sonido de mi propio grito. Me levanto de golpe, no queriendo creer en lo que acaba de suceder. Busco la imagen de Lisa, sus ojos turquesa, los rizos rubios, las imágenes van y vienen, para luego ganar vida otra vez, en la forma de un rostro delgado, de ojos de un azul improbable, y cabello negro desalineado. No voy a dejar que otra mujer se interponga en mis momentos con Lisa. Cierro los párpados con una fuerza innecesaria, hasta que me duelan los ojos, e intento, en vano, borrar estas últimas imágenes. Después de beber un vaso de agua helada, vuelvo a la cama, dispuesta a recuperar 'mi' realidad. Así que me acuesto, me duermo sin darme cuenta.

§§§§

Miro al techo, y no consigo identificar exactamente dónde estoy, mi corazón late rápido, siento el tejido de la sábana en mi espalda, y me doy cuenta de que estoy apenas en bragas. Sus manos se deslizan sobre mi, en un toque suave. Sin dejarme ver su rostro, coloca el cuerpo sobre el mío, y se deja deslizarse hacia abajo. Cambia de posición, me mordisquea ligeramente contra el tejido, que se interpone. Con cada movimiento de su mano mi cuerpo vibra. Sé que no voy a aguantar mucho más, contraigo los músculos buscando, sin éxito, posponer lo inevitable.

"¡Ahora!", murmuro.

"¡Te quiero mía!", me responde, en un acento italiano.

§§§§

Me despierto sudada y jadeante. ¡No es posible, esto no puede estar pasando!

La ventana deja entrar la luz del sol, mostrando que ya es de mañana. Busco el teléfono apoyado en la mesita de noche y llamo a hermano de Lisa, de repente hablar con él se vuelve la cosa más importante. Desde que Lisa murió él se volvió mi confidente en momentos difíciles.

"¿Cómo estás? Disculpa, ¿es muy temprano?"

"No, claro que no", dice.

"Necesitaba oír tu voz..., volví a soñar con ella." No explico más, pues la única cosa verdaderamente importante es oír su voz.

"Yo también la extraño."

**

Samuel llamó invitándome a cenar, como tantas veces hacía antiguamente. A pesar de no apetecerme, meforcé a aceptar, después de la noche pasada sé que necesito salir de casa.

"Hace mucho que no te veía Simone...", dice, "...vivimos en el mismo edificio, pero podría darse el caso de que estuviéramos en ciudades diferentes."

"Es verdad, he estado por casa intentando, dígame sin éxito, terminar un texto que tengo que entregar." Esta es mi frase hecha para lidiar con este tipo de comentario. "A propósito de ciudades diferentes, ¿cómo van los planes para Inglaterra?", pregunto, entre dos bocados, para luego agregar, "Hoy te superaste, el pescado está divino."

"Está todo confirmado, me quedo en Londres, y empiezo en diciembre, debo ir dos semanas antes para instalarme. La semana pasada me escribieron diciendo que ya tengo alojamiento, ¡está justo al lado del hospital!" Samuel prosigue la descripción, no disimulando su satisfacción.

Miro discretamente a Carmen, y veo que, al contrario de lo habitual, come en silencio, manteniendo los ojos fijos en el plato. Tengo que hablar con ella.

Mientras tanto, Samuel prosigue, "El plan es concluir la investigación en el espacio de un año..."

"¿Y crees que es viable?", pregunto, limpiando la boca con la servilleta de lino.

"Espero que sí. Ellos ponen la posibilidad de extender la beca por seis meses más, pero yo no quiero, no puedo, quedarme lejos tanto tiempo", dice mirando a Carmen y apoyando la mano sobre la suya, en un gesto afectuoso.

"El tiempo pasa rápido. ¿Te acuerdas cuando ellas se fueron a Cabo Verde?", pregunto de forma retórica, mirando también a Carmen, que sonríe, una sonrisa triste, sin decir nada. "Nos quedamos los dos aquí. Confieso que casi desesperé, si no fuera por ti, lo habría dejado todo, me habría metido en un avión e ido detrás." Lo miro y veo que baja la cabeza, fijándose en el pescado, en silencio, por una fracción de tiempo.

"¿Sabes cuánto te quiero, no?", exclama de repente, mirándome. "La verdad es que estoy preocupado. Claro que me acuerdo de cuando ellas se fueron. De la misma forma que me acuerdo de los veranos, de las navidades, no te voy a decir que siento la falta de ella de la misma forma que tú, pues sería insensato, pero Lisa me hace mucha falta."

No sé adónde quiere llegar, pero mi cerebro ya se desconectó de la conversación, en un instinto de autopreservación. Samuel continúa hablando y agarro una frase a mitad, "...tienes que intentar seguir con tu vida de una forma más saludable, tienes que forzarte a salir de casa, ver gente, quién sabe conocer a alguien. No es Lisa, nunca lo será, pero el objetivo no es recorrer el mismo camino otra vez, es encontrar otro camino, e intentar ser feliz."

La voz de Carmen se hace finalmente oír, cambiando el rumbo de la conversación. "El jueves, me encontré a tu colega Nicola, en *The Machine*. Estaba pésima, tiene migrañas, ¿lo sabías? Nos quedamos conversando allá abajo, durante un buen rato, ¿y acabé por invitarla a venir aquí a almorzar?"

"¿Aquí a casa?", pregunto incrédula.

"Sí, aquí a casa, ¿por qué?", responde Carmen, encogiéndose de hombros.

"No sé. Ella acaba de llegar y aparece en todos los lugares, aquí, en la facultad..." No termino la frase pues no la puedo concluir diciendo 'en mis sueños'.

"Es muy simpática. Al contrario de lo que decías no la encuentro engreída o exuberante, apenas una persona con un estilo propio."

"Parece llegada de Hollywood, pantalones de cuero, casco y lentes oscuros. Deberías ver el éxito que hace allá en la facultad."

"¿Y?..." Carmen, me mira, no escondiendo su interés en el tema.

Mientras tanto Samuel se levantó para sacar los platos y ocuparse del postre, dejándonos solas en la mesa.

"Y..., y ella aceptó. Cuando salieron, pasaron por mí, muy juntitas, intercambiando risas y miradas. Se fueron en la moto de Eric, con Ruth atrás, abrazada a Nicola." Cuando termino de decir la frase me doy cuenta de lo ridícula que puede sonar.

"¡Es una moto!..., ¡es así que las personas van! ¿Por qué eso te irrita?" Carmen aprieta los labios, y esboza una sonrisa clavada de ironía silenciosa.

"No sé, solo no me gusta ver a alguien que acaba de llegar y que, de un momento a otro, se vuelve el centro de las atenciones." Sé que estoy intentando justificar, lo injustificable, y cuanto más hablo, más Carmen parece burlarse de mí,

"Asume que hasta tú quedaste un poco encantada. No sé si es por el acento, el color de los ojos, o simplemente por la postura, pero ella tiene algo especial. Aún no te conté que, el lunes, recibí en la consulta a la hija de los Martinez, va mismo a hacer la pasantía con nosotros", dice frunciendo la frente y cerrando los labios, expresando su desagrado.

"¿Cómo es ella? Tengo curiosidad, no la veo hace tanto tiempo, en verdad ni me acuerdo de la última vez que la vi", pregunto, entrecerrando los ojos, al mismo tiempo que me sirvo una segunda dosis de mousse de chocolate.

Capítulo 5

Primera mirada

Carmen

"Parece una niña, no le daba más de veinticinco años, aunque la madre nos dijo el otro día que iba a cumplir veintiocho. Estaba de cola de caballo, tiene el cabello largo, castaño, y unos ojos rasgados, también marrones. Tiene un aire relajado, aunque me pareciera preocupada y cansada, tenía los ojos marcados como alguien que no duerme bien hace varias noches." Mientras describo a Emily, recuerdo los hoyuelos que hace en el rostro cuando sonrío, y sonrío también.

**

Un día más de consulta. Me siento sola en una mesa del comedor, voy comiendo la sopa, y soplando en cada cucharada, intentando conciliar el hambre que siento con la necesidad de no quemarme. Poco a poco me doy cuenta de una conversación que ocurre en la mesa de atrás. La voz femenina me es familiar y giro ligeramente la cabeza para intentar ver quién habla. Claro que es familiar, ¡es Emily! Conversa con el otro interno que entró ahora. Sabiendo que no es bonito, pero no consiguiendo evitarlo, comienzo a escuchar lo que dicen.

"¿Por qué no quieres que nadie lo sepa?", pregunta él en un tono que denota su sorpresa.

"Yo escribiendo poemas no es propiamente algo de lo que mis padres se enorgullezcan, y menos aún una cosa con la cual pueda sobrevivir.", dice riendo.

Vuelvo a oír la voz de él, "¡¿Qué importa lo que piensen tus padres?! ¡Caramba, ¿cuándo vas a conseguir distanciarte?!"

"Ellos no lo aprobarían, pero creo que las personas aquí del hospital tampoco. Ni te dije, la primera consulta con Carmen Porter cayó justo el día de mi audición. Pensé que iba a dar tiempo..., ella es genial, bueno..., continuando, llegó un punto en que yo ya estaba tan nerviosa que no paraba de mirar el reloj, fue tan malo, tan malo, que ella me mandó a casa."

"¿Y al menos la audición salió bien?"

"Pasé a la fase siguiente."

No consigo ver el rostro de Emily, pero la voz refleja claramente su entusiasmo. Entonces era eso, ¡era esa la urgencia!

"¿Qué te pareció Carmen?"

"Cuando mi madre me dijo que Carmen, la vecina con quien juega canasta, trabajaba en este servicio, no le di importancia, y, además, si mi madre cree que es una 'buena persona' es un motivo más para que yo esté en guardia", dice Emily, soltando una carcajada. "De repente, cuando llegué a la consulta, me topé con una mujer de ojos negros, cabello largo, preso descuidadamente detrás de las orejas..."

"No lo creo, Emily..."

Es mi turno de quedar perpleja, ¿qué quiere decir?

Ella continúa, "Sabes cómo es, pero después..., después salió todo lo peor posible."

Él suelta una sonora carcajada. "¿Y aquella chica con quien estabas el otro sábado cuando nos encontramos, la volviste a ver?"

"¿Quieres saber de Cristina, o de su amiga?" Es el turno de Emily de reírse.

"De las dos..."

"Cristina y yo pasamos ese fin de semana juntas. Salimos el lunes por la noche, después de la audición, ¡fuimos a celebrar!"

"Bella celebración, no sé si te quita la concentración o si te deja más inspirada."

"¡Me quita el aliento!"

"Bien visto, ¿y la amiga?"

"No la volví a ver, pero Cristina me pidió tu número de teléfono, tal vez tengas suerte." Ambos ríen a carcajadas.

No consigo oír el resto de la conversación porque ellos se levantan. Miro hacia atrás y los veo llevar las bandejas hasta los carritos, aún riendo, mientras se dirigen a la salida.

Entro en el consultorio y Emily ya está sentada en una silla a mi lado. Antes de que tenga tiempo de decir cualquier cosa, ni siquiera "buenas tardes", se levanta en un gesto formal y dice: "Quería disculparme una vez más por mi comportamiento. No se repetirá".

"Estoy segura de que no", respondo, regalándole una sonrisa mientras me siento, enciendo la computadora y saco el estetoscopio del bolsillo.

La tarde avanza y los pacientes van entrando uno tras otro. Es una consulta pesada, pero hoy ella está completamente enfocada y demuestra ser, de hecho, la persona ponderada e inteligente de la que vi algunos vislumbres la semana pasada.

La última consulta del día es una primera vez. Entra al consultorio una señora de cincuenta y tantos años, acompañada por su marido. Es él quien habla y me explica que ella ha estado diferente desde hace algunos meses. Ya consultaron a varios médicos y el diagnóstico siempre es el mismo: ansiedad. Hace algunas semanas, conversaron con un psiquiatra que, en la incertidumbre de un diagnóstico, los derivó a mí.

El rostro del marido deja entrever su preocupación y cierta desesperación. "¿Es una demencia?", pregunta temeroso.

Me dirijo a ella y procuro averiguar su grado de comprensión. Ella va respondiendo adecuadamente a lo que le pregunto, con pocas palabras, pareciendo no importarle mucho.

No me parece ansiedad, pero al mismo tiempo tampoco consigo pensar que se trata de una demencia. Por falta de alternativa, decido solicitar exámenes. Mientras miro hacia la pantalla de la computadora, escucho a Emily dirigirse a la paciente.

"Disculpe, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Está bien?"

"Sí", responde la señora sin levantar la cabeza, manteniendo los ojos fijos en el suelo.

"Su marido nos dijo que usted trabajaba en una empresa de contabilidad, ¿cierto?"

"Sí".

"¿Puede decirme qué hacía?"

"Trabajaba en la empresa de contabilidad..." La paciente habla despacio, pero sigue las preguntas sin dificultad.

"Sí, pero ¿qué hacía usted durante el día?"

"Hacía los trabajos de contabilidad, aquello... Aquello que se hace..."

Estoy sorprendida con la conversación. Paro lo que estoy haciendo, desvío definitivamente la mirada de la computadora.

"Querida, dile a la doctora qué hacías día a día. Organizabas las facturas y...", él se calla, intentando que ella prosiga.

"Eso... Las facturas, era eso lo que yo hacía", ella dice, mirándolo.

Emily prosigue su línea de cuestionamiento y yo, aunque no entienda su intención, no me atrevo a interrumpir. Cuando termina, nos mira a mí y a la pareja frente a nosotros, diciendo:

"Disculpen, no me parece que ella tenga una demencia, ni ansiedad. Creo que se trata de una afasia. No consigue nombrar, tiene una anomia. Las dificultades la ponen ansiosa, pero tampoco es capaz de verbalizar eso. Todo apunta en la misma dirección".

Es admirable lo que acaba de hacer. Muy probablemente esté en lo cierto. Es un diagnóstico raro

y difícil, incluso para alguien con experiencia.

Cuando terminamos, sigo por el pasillo, a esta hora casi desierto, pensando en lo que sucedió. Pobre mujer... ¿Y Emily?! ¿Qué diagnóstico extraordinario! Antes de que pueda dar continuidad al pensamiento, oigo su voz.

"Carmen, Carmen, espera...", grita mientras se acerca corriendo.

"¿Qué pasa? ¿Olvidé algo?", pregunto sorprendida.

"No... Bueno... Disculpa la pregunta, pero quería saber si tienes tiempo para un café." Emily está jadeante, mira al suelo y continúa: "No... Olvídalo, disculpa. Hablamos otro día, ya es tarde y debes tener prisa".

Miro el reloj, ya pasan de las siete y veinte. Samuel ya debe estar en casa con las niñas. Cuando voy a rechazar, la miro y termino respondiendo: "Sin problema, ¡vamos! Sólo déjame llamar a casa para avisar que llegaré más tarde".

Sentadas en la mesa del bar en la entrada del hospital, cambio el café por un agua tónica. Emily parece ansiosa, tal vez arrepentida de esta conversación, pero ahora es tarde, tendrá que decir algo. ¿Será que me va a contar lo que realmente pasó la semana pasada?

"¿Te importa si bebo una cerveza?", pregunta, mirando la taza de café frente a ella y haciendo una mueca.

"No, claro que no. ¿Por qué me importaría?"

"No sé. Estamos en el lugar de trabajo y... Bueno, ahora eres mi jefa".

"Nada de eso, aquí soy apenas una colega, quién sabe tal vez una amiga", digo abriendo una sonrisa, inmediatamente correspondida.

Después de beber, de una sola vez, casi la mitad de la cerveza, Emily parece haber ganado valor para empezar: "Sé que eres amiga de mis padres..."

Interrumpo inmediatamente, percibiendo que esa interjección significa que se siente intimidada:

"No sé si amiga es la mejor palabra. Juego cartas con ellos hace algún tiempo, digamos que es una amistad de conveniencia práctica, ya que el juego se hace de a cuatro. Por eso, no te sientas cohibida, puedes hablar conmigo con libertad".

"Cierto. De cualquier forma, siento que te debo una explicación".

Vuelvo a interrumpirla, y me doy cuenta de que estoy nerviosa: "No me debes nada. Lo que pasó la semana pasada es eso mismo, pasado".

"¡Déjame explicar! La semana pasada tenía una audición. Cuando el tiempo empezó a pasar, me puse nerviosa. Debería haber dicho algo, pero no tuve valor. Pensé que lo ibas a tomar a mal y preferí no decir nada".

"¿Por qué lo tomaría a mal?", pregunto sorprendida, sin decirle que escuché su conversación en el comedor.

"Adoro la poesía. Cuando era niña, escribía letras de canciones, poemas, historias. Mi madre siempre pensó que eso era una tontería, un pasatiempo. Cuando tuve que elegir, pedí, casi imploré, que me dejaran seguir letras, pero ellos fueron irreductibles. De forma sutil, pero incisiva, me dieron a entender que la única opción posible era medicina. No tuve fuerza para contrariarlos e hice lo que ellos querían..." Emily se detiene momentáneamente y bebe el resto de la cerveza que aún quedaba en el vaso. "Quería que lo supieras, no quiero pasar todo el tiempo escondiendo todo. Quiero dedicarme en cuerpo y alma a esta pasantía, pero también quiero mucho pasar a la próxima fase del concurso de Slam Poetry, declamación de poesía inédita".

Por más que quiera continuar esta conversación, tengo que irme. Cuando llamé a Samuel, sólo le dije que la consulta se había atrasado.

**

Hoy no trabajo, por eso es día de jeans, zapatillas y un desayuno tardío en The Machine. Haciendo parecer que el tiempo retrocedió, veo a Nicola sentada en la misma mesa donde la encontré la semana pasada.

"¿Cómo estás?", la saludo alegremente y, sin esperar la invitación, me siento frente a ella.

"¡Genial!", dice riendo, al mismo tiempo que pasa la mano sobre el cabello despeinado.

"¿Y en la Universidad? ¿Ya te integraste?", pregunto, recordando los comentarios de Simone.

"Más o menos. Es todo nuevo, no es fácil".

"No fue lo que me dijeron los pajaritos. Escuché que ya tenías al menos una fan. Con derecho a paseos en moto y todo", provoco.

"¿Estás hablando de Ruth?", dice sonrojándose. No dejo de notar que Nicola es una mujer muy atractiva.

"¿Por qué? ¿Hay otros paseos en moto? Dímelo tú", ironizo.

Aunque nos conocemos desde hace muy poco tiempo, se creó instantáneamente una intimidad que hace que la conversación fluya, como si fuéramos viejas amigas.

"Es una chica simpática".

"¿Chica?!"

"Sí, chica. Salimos a bailar y tomar unos tragos, fue agradable, pero nada más. No me mires con esa cara, realmente no pasó nada más y no va a pasar", afirma con total convicción, aunque yo preveo que la verdad de sus palabras estará mucho más en manos del destino que en las suyas propias.

"¿Y Simone?", pregunta Nicola, sin mirarme.

"¿Qué pasa con Simone?", pregunto fingiendo que no sé adónde quiere llegar, forzándola a continuar.

Capítulo 6

No es porque no lo pensemos que no existe!

Nicola

"Conversé con ella el otro día en la facultad, intercambiamos algunas palabras, pero fuimos interrumpidas. Sugerí que tomáramos un café, pero ella se esquivó de todas las formas posibles. Terminó diciéndome que me enviaría un e-mail cuando tuviera tiempo. Estoy pensando que ese día nunca va a llegar".

Carmen va masticando el croissant y parece ponderar lo que va a decir a continuación. "Tienes razón, ese día no va a llegar", acaba profiriendo.

"¿Y qué hago?", pregunto, esperando sinceramente que no haya notado la ansiedad en mi voz.

"Para tu propio bien, no deberías apostar por Simone. Entiendo la atracción que despierta, soy amiga de ella hace suficientes años para ver el poder que ejerce sobre los demás, pero..."

"¿Pero qué?" Me endezco en la silla, inquieta con la lentitud de las palabras de Carmen.

"Pero... No me parece que Simone esté lista para una relación, y por tus ojos, es eso lo que buscas".

Carmen se calla y deja que un silencio pesado se instale.

"No busco una relación con nadie, mucho menos con Simone", murmuro entre dientes, no estando segura si Carmen me escuchó.

Recuerdo la respuesta de Gio a mi último e-mail.

'Querida Nico,

Me alegra saber que estás bien, aunque tus palabras me preocupan. Nunca dejarás de ser quien eres... Saliste de aquí para poder tener un tiempo para reorganizarte, sumergirte en una pasión no va a ayudar. Y estoy segura de que lo sabes (...)

Sé que has estado "conversando" con Francesca... No te sonrojes... Quédate tranquila, ella jamás me contará los detalles de sus conversaciones. No le des importancia, sabes que sólo estoy bromeando. Ella te extraña... Y con eso, trabaja cada vez más. Quiere avanzar con el Proyecto y se vuelve urgente que tengamos un nombre. ¿Cuándo crees que conseguirás darnos alguna información? Por tu e-mail, deduzco que la evaluación es favorable. Si es así, puedes hablar con Simone. Si ella acepta, a Francesca le gustaría conversar personalmente con ella y, a mí también. (...)

Ciao, hasta muy pronto, Gio'.

Carmen demuestra que escuchó mis palabras y dice: "Claro." Su tono muestra lo poco que cree en esa declaración. Sin dejarme decir nada más, ella continúa hablando sobre Simone: "Después de la muerte de Lisa, ella se dejó sumergir en un mar de dudas y retórica que disimula como trabajo, pero que en realidad constituye sus propias emociones".

"No digas eso. Simone es brillante y lo que escribe es extraordinario", soy impulsada a defenderla aun sabiendo que Carmen no está atacando.

"No estoy diciendo que no lo sea, confieso que muchas veces no alcanzo ni la mitad de la profundidad de sus ideas. Lo que te estoy diciendo es que ella vive en una realidad propia, que es sólo de ella. Donde impera la fantasía que, de tan racional, se vuelve factual. Sería genial que consiguieras acercarte, ella vive completamente sola. Además de mí y de Sam, las únicas personas con las que mantiene un contacto regular son los padres y el hermano de Lisa. Va a cenar allí al menos dos veces al mes."

Paso la mano por el cabello, en un gesto repetido que me es característico, y llevo la mano a la

oreja, jugando con el piercing. "Me invitaron a dar clases en el doctorado. Inevitablemente nos vamos a encontrar. El único problema es que las clases sólo comienzan en unas semanas", digo, trayendo otra vez la conversación a mi necesidad de hablar con Simone.

"¿Qué vas a hacer hoy?", pregunta de forma extraña, pero aparentemente inocente.

"Pensé en dar una vuelta, ¿tienes alguna sugerencia?"

"Por casualidad hasta tengo una. Aquí cerca hay un jardín japonés. Creo que te va a encantar. Cuando entres por el portón del jardín, sigue por el lado izquierdo y busca un lugar con bancos, un tanto oculto, justo al lado del río que corre entre las piedras y los árboles." Carmen mira el reloj y, de forma involuntaria, miro también el mío. "El mejor horario para ir es alrededor de las cuatro. Ya no está tan caliente y la luz del final de la tarde vuelve los colores aún más sublimes", ella dice en tono de consejo.

Cuando ella se va, me quedo sola. Pido un crepe de queso y salami, una ensalada y un jugo. Comer siempre me ayudó a pensar mejor y sirve para pasar el tiempo.

Perdida en pensamientos, voy bebiendo lentamente y masticando el crepe que se derrite en la boca. Visualizo a Simone sentada en el anfiteatro, tan distante, tan ausente de todo y, al mismo tiempo, tan presente en todos los comentarios. Mi cabeza vuela sin rumbo, atraviesa las calles de la ciudad en la moto de Eric, con las manos de Ruth firmemente agarradas a mi cintura, el sabor del beso robado por ella a la salida del bar. El sufrimiento de ser abandonada, la partida de Milán, la llegada a Roma, Francesca... Y, en un instante, la mente me traiciona y la imagen de Francesca entre sábanas es reemplazada por la de Simone, en un anfiteatro oscuro, con olor a madera antigua.

Después de mil vacilaciones decido acatar la sugerencia de Carmen. Salgo a pie y voy caminando entre los edificios que bordean la calle que conduce al parque. Me alegro de haber traído la chaqueta, aunque haga sol, se siente un viento fresco. Voy mirando a quien pasa, escuchando la música que suena bien alto en mis auriculares.

Atravieso el parque en busca del Jardín Tanoshii. Camino más de diez minutos hasta avistar la entrada entre los árboles y el follaje. El paisaje cambia ante mi mirada incrédula. Los árboles en filas, los bancos de madera y el césped del parque dan lugar a un espacio geométrico, cuidadosamente calculado, en un tablero de piedra y arena, con los árboles meticulosamente distribuidos y copas esculpidas por manos artistas. Nada quedó librado al azar. Apago los auriculares y me dejo sumergir en el silencio, apenas cortado por el sonido del agua corriendo.

Sonrío para adentro y me siento feliz por haber seguido el consejo de Carmen. Un puente de madera roja atraviesa el río, donde el agua parece detenida, si no fuera por el ruido. Unos metros al lado del puente, círculos de piedra permiten que se camine sobre el agua, cruzando al otro lado. Avanzo y avisto, al fondo, un espacio formado por múltiples filas de bambú de varias alturas, con bancos de piedra en su interior.

Aunque no he visto más de tres o cuatro personas de este lado del jardín, infelizmente hay alguien sentado en uno de los bancos. ¡No puede ser! Me quedo inmóvil y fijo la mirada. Es ella quien está sentada en el banco, con un cuaderno en la mano. Instantáneamente, mi corazón se dispara. Respiro hondo y procuro calmarme. Qué situación insólita. La coincidencia tiene de estas cosas. ¿O tal vez no sea una coincidencia? Recuerdo las especificaciones de Carmen - el camino del lado izquierdo, venir a las cuatro por el calor.

"¡¿Simone?!", exclamo más en tono de pregunta, acercándome por detrás.

Ella se da vuelta súbitamente y, con el movimiento, deja caer el cuaderno. Me apresuro en correr para ayudarla a recogerlo.

"¡Nicola! ¿Qué estás haciendo aquí?", la voz suena hostil.

Finjo no notar el tono y respondo: "Necesitaba un lugar tranquilo para leer. La casa de Eric es muy simpática, pero son apenas treinta metros cuadrados. Hoy en la mañana me encontré con Carmen y ella me sugirió que viniera hasta aquí".

"¿Carmen?", Simone repite en voz baja, pero lo suficientemente alto para que yo consiga oír.

"No quiero molestar. Este lugar es sublime, pero ya me voy. Vengo otro día".

Sin darme cuenta, sigo agachada, en el mismo lugar donde vine a recoger el cuaderno. Me levanto y me alejo, saliendo de aquel reducto que, aunque sea al aire libre, marca claramente una frontera con el exterior.

Cómo voy a conseguir hablar con ella algún día, o peor aún, hacer la propuesta, pienso. No sé si la paz de este espacio proviene de su armonía, o si es exactamente lo contrario, si es mi paz interior la que me hace sentir que todo está en armonía.

Me quedo parada a poca distancia y, pasados algunos minutos, oigo la voz de Simone por entre las hojas de bambú: "El otro día dijiste que querías hablar conmigo. Ahora puede ser un buen momento. ¿O lo que tienes para leer es muy urgente?"

No entiendo si la pregunta es genuina o sarcástica, pero aprovecho la oportunidad: "Si no te estoy interrumpiendo, será un placer." Doy rápidamente la vuelta y me siento en otro banco.

"Estábamos hablando sobre el doctorado, Teresa de Ávila. Una mujer y tanto, aunque ella también se haya inspirado en otras que la antecedieron." Me quedo admirada por la capacidad de Simone de recuperar nuestra conversación con tanta precisión.

"Y tú decías que querías que pensáramos juntas, que nuestras dudas fueran el motivo para certezas compartidas", añade, mordéndome el labio inferior.

"No recuerdo haber mencionado dudas, pero esas palabras podrían ser mías", ella dice, esbozando por primera vez una sonrisa.

"La idea es tomar aquello que leen en los libros y cuestionarlo a partir de ahí. ¿Será que realmente no podemos confiar en nuestros sentidos? El hecho de que yo te vea sentada ahí, ¿te vuelve real? Si cierro los ojos por un instante, ¿dejas de existir?"

"¿Quieres explorar a Platón? ¿Los racionalistas? Pensé que nos centraríamos en la perspectiva femenina", prosigo, pensando en voz alta. "Podríamos abordar temas clave e intentar entender si hay diferencias cuando miramos desde una perspectiva femenina. Tu mirada sobre una misma realidad es seguramente diferente. ¿Alguna de ellas es más verdadera? ¿Las nuestras son más parecidas porque somos mujeres? En realidad, nunca lo sabremos, ¿no?"

Aunque mi pregunta es retórica, ella interrumpe: "No. No lo sabremos, pero probablemente no es importante que lo sepamos. La realidad absoluta no interesa, la verdad absoluta no existe. El privilegio de la primera persona, tantas veces evocado, tiene el mérito de confrontarnos con la relatividad del yo versus los otros. ¡No es porque no lo pensemos que no existe!"

El peso de esa afirmación se hace sentir y ninguna de nosotras dice nada por algunos instantes. Ella cruza las piernas sobre el banco, se inclina en mi dirección y apoya la cabeza en uno de los brazos, en una posición de pensador griego.

Termino siendo yo quien retoma la conversación: "Nunca había reflexionado sobre eso así, pero concuerdo. '¡No es porque no lo pensemos que no existe!' La realidad absoluta tiene que ser menos egocéntrica".

Simone parece haberse entusiasmado con la conversación. Sus ojos readquieren el brillo que vi aquella tarde en el anfiteatro y el tono se vuelve más cálido: "Eso... Deberíamos decir 'pensamos, luego existe'. Pero no somos capaces de pensar en plural. Cada uno de nosotros, en su íntimo, sólo está preocupado con su propia y muy limitada realidad".

Es mi turno de no dejarla terminar. Paso distraídamente la mano por el cabello, abro el cierre de

la chaqueta y me pongo los lentes en la cabeza, mirándola fijamente: "¿Sabes una cosa que toda la vida me dio cierto consuelo? Es pensar que aquello que siento, que pienso y que soy, es tan verdad como yo creo".

Simone da una carcajada y me hace mirarla, sin entender exactamente qué le hizo gracia.

"¿Vienes aquí muchas veces?"

"Casi todas las tardes", ella dice, sacándose los lentes y frotándose los ojos con las dos manos. Cuando me encara, aún no se ha puesto los lentes de vuelta. Su rostro parece diferente, más leve, más humano. Comienzo a pensar que la casualidad no tiene nada que ver con este encuentro.

Simone prosigue: "Me gusta estar aquí. Pienso mejor y, a veces, hasta consigo escribir. En estos últimos tiempos ando profundamente improductiva. Las palabras se rehúsan a la organización que quiero imponerles, luchan para no darle forma a las ideas. Juro que si supiera dibujar, abdicaría de ellas y transformaría las ideas en imágenes".

"No digas eso. Tus textos fueron fundamentales en mi recorrido. No creo que hubiera sido capaz de interpretar imágenes de la misma manera. ¿Crees que serían imágenes abstractas o figurativas?"

Ambas reímos a carcajadas, imaginando el resultado. Simone parece, por fin, haber bajado un poco la guardia. Por primera vez desde que nos conocemos, siento que ella me mira y realmente me ve. Podría ser el tema para una nueva reflexión: "lo que soy y lo que ella ve".

"Somos vecinas y no sé nada sobre ti", ella dice de repente, tomándose por sorpresa.

"¿Qué quieres saber?", pregunto, intentando ganar tiempo antes de decir algo. Claro que no sabe nada, nunca preguntó, nunca dio oportunidad.

Capítulo 7

Una historia del médio

Simone

"¡Todo! Nada menos que eso..."

Cuando Nicola se quitó los lentes de sol y me miró directamente, sentí un malestar. Fue como si volviera a sumergirme en el mar azul de la mirada de Lisa, esta vez en una tonalidad más oscura, pero con la misma inmensidad. No me gusta esta mujer, me repito a mí misma, movida por una curiosidad difícil de controlar.

"No sé por dónde empezar", ella dice con su acento característico, recostándose más hacia atrás y casi desequilibrándose.

"Empieza por el medio. El medio de las historias siempre es lo más importante, es aquello que nos hizo actuar, el punto de inflexión de la curva", digo, levantándome. No quiero compartir este espacio con ella, por eso la mejor opción es aprovechar y estirar un poco las piernas.

"¿Quieres dar una vuelta? Puedo mostrarte el resto del jardín. La única forma de darte la verdadera dimensión de su belleza es dejar que tú misma lo evalúes. A cambio, me cuentas una historia." No resisto provocarla, es más fuerte que yo. También, de dos una, pienso, o ella tiene capacidad para jugar este juego, o no valdrá la pena continuar. Ya veremos.

"¡Pascal! Si el jardín es bello, disfruto de su belleza; si no lo es, disfruto de tu compañía por más tiempo. ¡Es siempre una apuesta ganada!"

Touché, pienso.

"Empezar por el medio es una contradicción semántica. Pero, al final, ¿qué podría esperar de ti, la maestra en dialéctica?", día antes de levantarse.

Mientras cruzamos el puente, decido avanzar de forma más asertiva. Sé que, en este momento, el juego está de mi lado. Por eso, puedo prescindir de la cortesía y jugar a mi manera. Si a ella no le gusta, no será yo quien la retenga.

"¿Dónde estabas hace un año? Precisamente hace un año atrás... ¿Qué hacías?", pregunto, sabiendo que invado terrenos que no me conciernen.

Nicola se detiene y parece pensar. Durante unos momentos no dice nada. Después, como si finalmente hubiera encontrado el recuerdo correcto, empieza a hablar: "Yo estaba en París. Hace exactamente un año ahora, me estaba preparando para una fiesta en uno de los hoteles más lujosos de París".

No era la respuesta que esperaba. ¿Cómo puedo tener la pretensión de anticipar algo? No la conozco, pero necesito llenar los espacios en blanco. Y soy pródiga en inventar realidades plausibles, plausibles no por ser la de ella, sino por ser aquellas que soy capaz de imaginar para ella. Y, en mi realidad, Nicola no va a fiestas de lujo en hoteles de París. "¿Sola?", pregunto.

"No...", antes de decir algo más, ella me mira, "...¿estás segura de que quieres saber esta historia?"

"¡Claro, y ahora que preguntas, más todavía!"

"Cierto. El jardín es precioso." Nicola hace una sonrisa cómplice y prosigue: "Nunca sabremos si vemos la misma belleza, pero me sirve de consuelo saber que estamos de acuerdo en el atributo. ¡Apuesta ganada!"

No sé a qué se refiere cuando dice las últimas palabras. Pero reconozco que estoy ante una jugadora de élite. "¿La historia?", insisto. "¿Quieres sentarte? Allá atrás hay un banco." Ella parece contenta con mi sugerencia. Nos encaminamos hacia allí y nos sentamos.

"Viajé a París con Francesca. Ella tenía una reunión y me invitó a acompañarla. Conocí a

Francesca cuando fui a Roma. Fue una época difícil".

Nicola deja de hablar como si recordara cada paso de lo que describe, y deja en el aire que algo verdaderamente grave habrá ocurrido. Procuro integrar la información con aquello que leí en su currículum, cuando aprobé el intercambio de profesores. La persona que debería venir a ocupar el lugar de Eric no era Nicola, sino otro colega. Hace cerca de un mes, de forma completamente inusitada, informaron que, por razones personales, él no podría venir y sería sustituido por ella. Nicola tiene una trayectoria impresionante, se graduó en Milán y se doctoró en Roma, con treinta y tres años, obteniendo la máxima calificación. Sus estudios sobre Spinoza son actualmente referencia en toda Europa.

"Estoy curiosa. ¿Qué fiesta era esa?", digo, haciéndola girar el cuello y mirarme. Contra todas mis expectativas, es agradable escucharla.

"Era una fiesta de la 'Sphere'..."

No sé qué es la 'Sphere', pero tampoco me parece el momento oportuno para preguntar.

Nicola, que momentáneamente se quedó con el rostro cerrado, ojos semicerrados y frente arrugada, vuelve a relajarse y prosigue. "Aquella noche vestí un traje negro, de pantalones planchados y saco satinado, una camisa también negra. Francesca vestía un vestido azul, de falda ajustada que se extendía hasta los pies. En el cuello, inevitablemente perlas. Volví a ver rostros conocidos y fui presentada a algunas personas que nunca había visto. Una de esas personas, una física de la Universidad de Berlín, Analise, ese era su nombre, me hechizó con su conocimiento de estrategia y geopolítica. Hablaba de forma animada, traduciendo en la expresión mucho de la emoción que ponía en las palabras. En un determinado momento, me dejó sola para ir a buscar más champán. Cuando volvió, se inclinó para darme la copa y, en ese momento, me besó en los labios. Volvió a sentarse a mi lado como si nada hubiera pasado y continuó hablando. Mi cuerpo reaccionó al beso y mi cabeza dejó de conseguir concentrarse en las palabras. Recuerdo que coloqué una mano sobre su pierna, pasando los dedos por debajo de la falda que usaba. Ella me miró, sonrió y, una vez más, continuó, como si mi mano no existiera. Estábamos allí, solas en medio de tanta gente, indiferentes a lo que nos rodeaba. Fui deslizándola la mano sobre su muslo, y ella... ella continuaba conversando y bebiendo su champán. En cierto momento, se acercó a mí, permitiéndome mayor amplitud de movimientos. Si no fuera por la aceleración de la respiración y por su rostro que se puso ligeramente ruborizado, parecía que nada estaba pasando."

Nicola interrumpe lo que está diciendo, también ella más jadeante, también ella con el rostro ruborizado. Me mira y se levanta, quedando de pie. Me extiende el brazo y me jala, ayudándome también a levantar. "Se está haciendo tarde. Ya debes estar cansada de mi historia. Disculpa, no sé por qué, pero preguntaste dónde estaba hace un año, y me dejé llevar en un mar de recuerdos."

"No, no pidas disculpas. Me gustó tu historia del medio. En serio, me gustó mucho. Al contrario del inicio y del final, que son momentos inevitablemente cortos, el medio es tan grande. Creo que debes tener muchas más historias para contar." ¿Tiene poco sentido! Tiene muy poco sentido que yo, justo yo, quiera escuchar historias de una desconocida. Tiene poco sentido que ella se exponga así. Pero sé que son las cosas que tienen poco sentido aquellas que me hacen sentir viva. "¿Tienes frío?", me pregunta cuando tiritó y me frotó los brazos con las manos. Sin dejarme responder, Nicola se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros. El aroma de la piel se mezcla con el de su perfume. "¿Vas para tu casa? Podemos ir juntas, al final somos vecinas", dice como si fuera necesario aclarar esa evidencia.

"Si quieres, puedes venir hasta mi casa. La vista desde mi terraza no es París, pero creo que vale la pena".

Aquí afuera, sentadas en la mesa de la terraza, yo ya con un suéter puesto y ella, claro, con su

chaqueta de cuero cerrada hasta el cuello, bebo un gin y ella un agua con gas. El sol descende en el horizonte y deja el cielo listrado de rosa y naranja, en una mezcla de colores que calienta el alma. Nicola no volvió a hablar de la fiesta o de París, y yo, aunque quisiera saber mucho más, no me atrevo a preguntar. La conversación se concentra en el doctorado y en la organización del próximo año lectivo.

Después de vacilar varias veces, digo lo que me quema la garganta: "El otro día te vi saliendo con Ruth..." Ni siquiera llego a hacer de hecho una pregunta, es apenas un breve comentario, pero es lo suficiente para que ella me responda.

"¡Ella es muy simpática y hermosa! Me invitó a ir a un nuevo bar en el centro. Fue una noche bien pasada, buena música y buena conversación."

No me basta, no es eso lo que quiero saber, pienso.

Con la misma desenvoltura de antes, y sin esperar por mi intervención, ella simplemente prosigue: "...Ruth es una chica muy atractiva. Ya aquí afuera, antes de despedirse, me robó un beso. Quién sabe..."

Me siento incómoda. La miro y veo que su vaso está vacío. La dejo en la terraza y voy hasta la cocina, volviendo con dos vasos llenos - agua para ella y gin para mí, esta vez un poco más fuerte.

Volvemos a perdernos en temas filosóficos y en el papel invisible que las mujeres tuvieron a lo largo de la historia. Nicola sabe mucho más del asunto de lo que yo podría imaginar. Siento el alcohol empezar a hacer su efecto. El cielo ahora está completamente negro. Las noches estrelladas, la vista, esta silla, todo me hace recordar a Lisa. Cuántas noches pasamos aquí, conversando hasta de madrugada. Cuando ella ya estaba enferma, veníamos aquí afuera, el aire fresco aliviaba un poco las náuseas y los vómitos. Sacudo la cabeza intentando físicamente alejar los pensamientos. Miro hacia el lado y veo que Nicola me observa fijamente, sin decir nada. ¿Cuánto tiempo habré estado ausente, perdida en mis fantasmas? "Disculpa. Estaba perdida en recuerdos."

"¿Lisa?"

"¡Sí! Lisa."

"No sé si debo preguntar, pero siéntete completamente en libertad para mandarme callar o para no responder. El otro día conversé con Carmen y ella me habló sobre Lisa."

"Lisa y Carmen eran más que colegas, eran amigas, hermanas. Me acuerdo del día en que ella llegó de la facultad y dijo que había encontrado a 'mi' persona. Semanas más tarde me presentó a Lisa." Agarro el vaso que estaba apoyado sobre la mesa y termino el líquido que aún queda. El vaso de Nicola permanece prácticamente intacto, posado del otro lado. "Si vamos a hablar sobre Lisa, tienes que dejarme ir adentro a buscar otra bebida. Deduzco que tú no vas a querer más."

Vuelvo con el vaso nuevamente lleno y me sumerjo de cabeza en un tema que me provoca sentimientos contradictorios: Lisa. "Ella me sacó del universo de luz y sombras donde siempre me refugié. Con ella todo era sentido, tocado, saboreado. Tenía una inteligencia emocional mucho más allá de lo que consigo decirte. Contemplaba el mundo a su alrededor y miraba dentro de las personas. No creo que se haya detenido un minuto siquiera para pensar qué es la realidad o debatirse con la conciencia que tenemos de las cosas. Para ella, la verdad era tan simplemente lo que la rodeaba y ella creía... Creía en la pureza de las cosas, en la honestidad de las personas porque, como ella misma decía, incluso cuando alguien miente, está diciendo su verdad, y es nuestro deber interpretar no sólo la verdad, sino la verdad de la mentira." Respiro hondo y bebo un poco más. Hace mucho tiempo que no hablaba de Lisa con alguien además de Carmen. Miro hacia Nicola, que entretanto desvió el rostro y observa las luces de la ciudad a nuestros pies.

Inmersa en mis memorias, no soy capaz de parar. "Lisa vivía como si tuviera todo el tiempo del mundo y, al mismo tiempo, ponía en cada gesto la intensidad de quien sabe que todo terminará mañana. Cuando fue diagnosticada, encaró la situación de forma optimista, convenciénos a sí misma y a mí de que todo estaría bien. Y durante los primeros dos años esa fue nuestra realidad. Fue nuestra realidad porque nos convencimos de que era real. Ignoramos lo que todos los demás veían y rediseñamos nuestro paisaje, hasta..." Respiro hondo y me froto los ojos, pero ni así consigo contener una lágrima que se empeña en caer.

Cortando mi silencio, Nicola murmura bajo, pero lo suficientemente alto para ser oída: "Me gustaría haberla conocido."

"Estoy segura de que te habría gustado", hago una pausa, "...y de que a ella le habrías gustado tú."

"¿Por qué?"

"Porque tienes la misma energía. Llenas el espacio." Siento la cabeza dando vueltas, creo que bebí más de lo que debía.

Miércoles, un juego de cartas más con los Martínez y una victoria más. Esta vez ni siquiera hubo lucha, fue demasiado rápido. Prometiéndos asistir al próximo desafío, Grace y David nos felicitaron por la victoria en el torneo, no sin antes hacer algunos comentarios ácidos sobre la suerte en el juego.

Grace enfocó toda la conversación en Emily, llevando a Carmen a concentrarse en el juego mucho más de lo habitual, aunque fuera para escapar del interrogatorio.

Embriagada con el aroma de mi panqueque de fresa, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

"¿Estás bien?", pregunta Carmen.

"Óptima", respondo. "Eres tú quien está rara. Parecía que estabas evitando a Grace. Ella quería saber de su hija y tú fuiste desviando la conversación, terminando por no decirle nada a la pobre mujer. ¿Pasó algo?"

"Digamos que conocí un lado de los Martínez que no sabía que existía. Pasamos horas y horas juntos, sin en realidad saber nada unos sobre otros. ¡Y ahora creo que hasta es mejor así!", responde ella, dejando entrever que ocurrió algo más.

"¿Tiene que ver con Emily?", indago.

"Es una joven inteligente y talentosa."

"Pero...", por el tono, anticipo que viene un "pero."

"Pero... me di cuenta de que los padres son muy castradores. Al contrario de lo que Grace nos hace creer cuando habla de su hija, ellos no tienen ninguna cercanía. Tal vez por eso nunca nos hemos cruzado con ella aquí en el edificio", concluye Carmen, dedicando toda su atención al panqueque.

Cortando el hilo de la conversación, empuño el tenedor vacío en el aire y disparo: "Supe que ahora tú das consejos a las personas sobre los mejores parques para estudiar. Una lectura tranquila, un lugar a la sombra. ¿Vas a dedicarte a eso? ¿O tienes otras intenciones aún más oscuras?", ironizo.

"¿De qué estás hablando?", pregunta ella, soltando una risita, lo suficiente para derramar parte del cappuccino que está bebiendo.

"De un cierto encuentro del destino. La casualidad conspira a mi favor o contra mí, aún no lo he decidido".

Capítulo 8

Fizemos tudo o que era possível

Carmen

"¿Se encontraron?", sonrío contenta porque mi plan haya dado resultado.

"Nos encontramos."

"¿Sólo eso? No me digas que la mandaste a casa. ¡Pobre!"

"No, no la mandé. De hecho, terminé invitándola a mi casa..."

"¿Qué? ¿A tu casa?", pregunto elevando la voz con sorpresa, sin dejarla concluir.

"Sí, terminamos en la terraza discutiendo el doctorado..."

"¿Discutiendo el doctorado en tu terraza?" Mi cara ciertamente refleja mi incredulidad.

"Deja de repetir todo lo que digo. Me estás irritando", dice ella, al mismo tiempo que frunce las cejas y contrae las comisuras de los labios en una expresión cómica.

Desde que Lisa murió, no recuerdo que ella haya invitado a alguien, además de mí y de Samuel, a su casa. "¿Y qué pasó? ¿Hablaron de filosofía?"

"Creo que estaba equivocada con respecto a ella. Es inteligente." Ese es uno de los mayores elogios que Simone puede hacer a alguien. No digo nada y espero que continúe. "En otras circunstancias, quién sabe."

"¿Qué circunstancias? Tú estás aquí, Nicola está interesada. ¿Qué falta?"

"Nunca habrá espacio para nadie más".

**

Llego cinco minutos antes de las ocho de la noche para comenzar doce horas de guardia. El pase de turno es rápido y el equipo está completo, sólo falta que Emily llegue. ¿Cómo es posible que se atrase, sin siquiera avisar? Ya pasa de las nueve cuando ella surge al final del pasillo, caminando a paso lento. Procuro tragar mi irritación.

"Carmen, necesito hablar contigo un minuto." Ni siquiera es una pregunta, sus palabras suenan como una imposición. No sé si es de ella o de esta nueva generación, pero el tono tiene el don de irritarme aún más.

"¡Ahora no! ¡Estás una hora atrasada y tengo un equipo que gestionar!" Mi voz está alterada y no hago ningún esfuerzo por disimular. "Lo que sea que tengas para decirme tendrá que esperar. Escoge una sala libre y comienza a llamar pacientes, que el tiempo de espera es de más de dos horas."

Trago mi indignación e inicio una visita rápida, pasando por cada uno de los pacientes en observación. Hay dos que están mucho mejor y, si continúan así, podrán recibir el alta en las próximas horas. Otros dos aguardan una cama para poder subir a la enfermería, y los demás aún están siendo examinados o esperan exámenes.

La calma aparente se quiebra por el sonido de voces gritando y por el disparo de la señal de emergencia, indicando que hay un paro cardiorrespiratorio. Suelto lo que estoy haciendo y corro hacia la sala de reanimación. Allí dentro ya están otros dos médicos y tres enfermeros. Se trata de una joven que acaba de llegar en ambulancia, ya en paro. Durante el transporte, intentaron reanimarla y consiguieron que tuviera pulso, pero cuando entró al hospital, volvió a parar. La enfermera que está haciendo masaje cardíaco cambia con uno de los médicos, exhausta. Alguien agarra el ambú y va ventilando, mientras yo voy al frente y pido material para intubar. La intubación es fácil y rápida. Finalmente, tras casi cuatro minutos y dos dosis de adrenalina, entra en taquicardia ventricular. Se colocan las palas y se prepara el choque. En una milésima de

segundo, cierro los ojos esperando lo mejor. Ritmo sinusal... El equipo respira aliviado al unísono.

Me explican que la joven estaba jugando fútbol cuando, sin motivo aparente, cayó inconsciente. Fueron las entrenadoras quienes llamaron a la emergencia y, hasta ahora, no se sabe nada más sobre la situación, excepto que se trata de una chica de veinticinco años, atleta profesional y aparentemente saludable.

Interrumpiendo el bullicio de voces, la alarma del monitor vuelve a sonar, el ritmo disminuye - cincuenta, cuarenta... veinte, hasta quedar apenas una línea horizontal. Se reinicia el ajetreo, pero esta vez nadie parece creer que conseguirá revertir la situación. Minutos después, soy yo quien declara el óbito.

Me quito los guantes y los arrojo con un gesto de rabia a la basura. Es todo lo que me permito hacer, pero es indiscutiblemente muy poco para exorcizar la impotencia que siento. Salgo por la puerta y me dirijo a la sala de espera sin detenerme a pensar, sabiendo de antemano que, si lo hago, no conseguiré encarar lo que me aguarda.

Le pido a uno de los enfermeros que identifique a los padres y los traiga hasta una sala más reservada en el interior. Entran a la sala tres personas que se identifican como el padre, la madre y la novia. Esta última, bañada en lágrimas, permanece abrazada a la madre de la joven que acaba de fallecer. No hay maneras fáciles de dar noticias como esa. Hago aquello que nos enseñan - después de cerrar la puerta y que todos se sienten, informo que hicimos todo lo que era posible, pero que ella no resistió y terminó falleciendo. Siento las lágrimas viniendo a los ojos, pero me contengo, percibiendo que no tengo el derecho de dejar que mis sentimientos se interpongan en este momento.

Son casi las tres de la madrugada cuando el servicio finalmente disminuye. La sala de observación está con las luces semi-apagadas y, en la oscuridad, pacientes y enfermeros parecen descansar, escuchándose apenas el ruido constante de las máquinas. Es mi turno de ir a descansar.

Cuando entro, la sala de trabajo está vacía. En la mesa grande, aún son visibles los restos de la cena. Con todo esto, ni siquiera tuve tiempo de pensar en comer. Me acerco y agarro un paquete de leche con chocolate. Me siento en un sofá y me recuesto hacia atrás hasta quedar prácticamente acostada. Dejo que el azúcar de la leche haga su efecto y finalmente puedo reflexionar sobre todo lo que acaba de suceder.

Recuerdo los ojos de aquellos padres, incrédulos, sin poder creer lo que yo estaba diciendo. En cuanto a la novia, creo que ella ni siquiera consiguió tomar conciencia de las repercusiones, serán días difíciles. No hay un paciente que muera que no me haga pensar en aquella tarde...

La puerta se abre y Emily entra en la sala. Rápidamente me limpio los ojos con el dorso de la mano y me endezco. "¿Qué estás haciendo aquí?", pregunto. "¿No deberías estar descansando? Vi que hiciste el primer turno".

"Necesito hablar contigo".

"Emily, conversaremos mañana, ahora no es un buen momento", no me siento con valor para decirle todo lo que es necesario, ni estoy con ganas de escuchar sus explicaciones.

"¡Es rápido!", dice ella, quitándose la bata, sin sentarse.

"¡Voy a renunciar a la residencia! Terminó esta guardia, pero no volveré ni a los ambulatorios, ni a nada más."

Sus palabras me toman totalmente desprevenida, podría imaginar cualquier cosa, menos eso.

"No puedes renunciar", qué comentario idiota el mío.

"¡Puedo, caramba! ¡Claro que puedo! ¡No aguanto más! No aguanto más pasar el tiempo

pidiendo disculpas a todos porque nunca consigo estar entera en ningún lugar. Prometí que no iba a pasar de nuevo. Y mira, menos de dos semanas después, aquí estamos otra vez. Falté a un compromiso, puse al equipo en riesgo y falté el respeto a los pacientes. Sí, tengo total conciencia de todo eso... No es necesario que lo digas. Pero, aun así, no conseguí hacer diferente, lo que me lleva a concluir que nunca será diferente. Ni siquiera contigo..."

Me quedo prendada a la última frase. ¿Qué quiere decir con 'ni siquiera contigo'? Parada, de pie frente a mí, con una camisa blanca y unos jeans ajustados, Emily parece tan indefensa que tengo que contenerme para no abrazarla. "Siéntate, por favor... No puedes decidir una cosa así de repente, a las tres de la madrugada. ¿Por qué llegaste tan tarde?"

"Tenía que entregar un trabajo del concurso de poesía hasta hoy a medianoche. Aunque ya sabía del plazo hace una semana, los días fueron pasando y no conseguí hacer nada que sirviera. Ayer era el cumpleaños de mi padre y mi madre insistió para que fuera a casa, a pesar de que generalmente no voy a ese tipo de celebración. Una vez más pensé que era posible conciliar todo. La realidad terminó siendo bien diferente. La comida fue demorada y mi madre aprovechó la noche para ponerme en jaque. No se cansaba de hablar de mi trabajo, de mi nueva pasantía y, claro, de la necesidad de encontrar un buen chico para salir. Me fui irritando, miraba el reloj y veía los minutos pasando."

Emily, que entretanto se sentó en una de las puntas del sofá, se pasa la mano por el mentón y después por el cabello, prendiendo un mechón detrás de la oreja y echando la trenza hacia atrás.

"Terminé la noche en la casa de mis padres, discutiendo con ellos y con todos los demás, que son aún más conservadores. Dije lo que debía y lo que no debía, mencionando que mi novia me estaba esperando. Cayó como una bomba, nunca había dicho que salía con alguien y mucho menos que salía con mujeres. Para ser sincera, no sé si fui yo quien salió por la puerta o si fue mi madre quien me empujó por la puerta."

Emily se levanta y va hasta la nevera a buscar una botella de agua, trayendo una para mí también. Acepto y sonrío, en un intento de transmitirle algo de consuelo. Ella vuelve a sentarse, esta vez más cerca. "...como puedes imaginar, no escribí ni una línea que sirviera. Hoy, con el tiempo agotándose, me senté frente a la computadora, puse la música en el último volumen y decidí que sólo saldría de allí después de terminar. Acabé consiguiéndolo. El problema fue que cuando apreté el botón de enviar, ya pasaban treinta y cinco minutos de las ocho."

"No fueron momentos fáciles, pero también imagino que no sea previsible que se repitan. No puede ser ese el motivo para que renuncies a la residencia, no ahora. No puedes hacer eso", digo sin saber bien qué decir, pero tomada por una voluntad férrea de convencerla de no desistir.

"¿Cómo así, 'hacer eso'?"

"Vamos a intentar hacer esto juntas. Ya entregaste el trabajo, ¿cierto?"

"¿Cuál, el de poesía?"

"Sí, ¿tienes otro?"

"Tengo, tengo un informe atrasado y mi orientadora de neurología no me deja en paz. También tengo el informe de la pasantía que hice en otorrino, pero como el responsable está fuera del país, voy teniendo excusa para no entregarlo. En fin, mi vida últimamente es una colección de atrasos." Emily intenta traer una nota de humor, pero todo lo que consigo ver mirándola es una joven perdida en la confusión que se instaló en su vida.

"¿Qué te parecería ir conmigo al Congreso de Patología en el Paciente Muy Anciano?"

"¡Me encantaría!", responde ella sin dudar, antes de tener tiempo de pensar y comenzar a levantar todo un conjunto de objeciones. "Pero no puedo. Primero, el congreso es ya la próxima semana. Después, no tengo inscripción, viaje, hospedaje. Y como si todo eso no fuera suficiente,

no tengo tiempo..., ni dinero."

"¡Un problema a la vez! ¿Te gustaría de verdad ir al congreso?", pregunto, intentando sondear el terreno antes de hacer un movimiento más definitivo.

"¡Claro! ¡Me encantaría!" Finalmente hace una sonrisa verdadera, dejando a la vista los hoyuelos en las mejillas.

**

El desayuno tardío en The Machine, en los días libres, se volvió un hábito. Y claro, de esa rutina forma parte un encuentro no combinado, pero esperado, con Nicola. Cuanto más la conozco, más pienso que es una mujer muy interesante, capaz de hablar, pero también de escuchar, lejos de la destructora de corazones que Simone describe. No consigo distanciarme de lo que ocurrió esta noche y le narro parte de lo que Emily me contó. Ella se mantiene prácticamente en silencio, pero por sus expresiones faciales puedo percibir que piensa mucho más de lo que me dice.

"Acabé consiguiendo que no desistiera de la residencia. Por lo menos por ahora. Fui invitada a un congreso que tal vez fuera interesante para ella, ¿crees que debería proponer su nombre? El congreso es ya al inicio de la próxima semana, pero aún deben conseguir arreglar inscripciones y los viajes son fáciles. Aunque el hospedaje sea más complicado, ella puede compartir el apartamento conmigo. ¿Qué opinas?" Las ideas se suceden en mi mente, haciendo que las palabras se atropellen. Cuanto más pienso, más sentido tiene.

"No opino nada", Nicola responde, haciendo al mismo tiempo una mueca que no sé cómo interpretar.

"Vaya, ya nos conocemos hace tiempo suficiente para que yo exija una respuesta más convincente."

"Creo que debes pensar por qué razón quieres invitarla", dice ella de una forma extraña.

"Sentí pena por ella", respondo sin dejarla proseguir. "Quiero que sienta que tiene a alguien de su lado. Es lo que me gustaría que hicieran por mis hijas."

A pesar de mi respuesta, el comentario de Nicola me dejó incómoda, como si tuviera que justificarme, que defenderme.

Capítulo 9

La verdad en la mentira y la mentira en la verdad

Nicola

"Disculpa la franqueza, pero no me parece para nada que tú mires a Emily y veas a tus hijas."

Puedo adivinar que hay algo más pasando. Tal vez ella misma no sea consciente de esto, pero el modo en que habla de Emily, el brillo en su mirada, tienen un significado muy diferente.

Carmen suelta bruscamente la cuchara y me fulmina con la mirada, no dejándome, una vez más, terminar la frase: "¿Qué quieres decir con eso? No me gustan las medias palabras, si tienes algo que decir, ¡dilo!"

"¡Tampoco me gustan las medias palabras!", reitero. "Lo que estoy diciendo es que, por lo que me has contado, me parece que puedes tener un interés diferente."

Carmen tiene el rostro rojo y no me mira. Claramente no le gustó lo que escuchó. De forma imprevisible, se levanta, empujando la silla hacia atrás con tal violencia que la hace caer al suelo con estrépito.

"¡No lo admito! No me conoces".

"Siéntate. Por favor, no te vayas así", digo en voz baja, intentando hacerla reconsiderar. "No quise ofenderte. Sólo pensé..." Esta vez soy yo quien, a propósito, deja la frase a medias.

A pesar de mi intento, ella no se conmueve. Vuelve a colocar la silla de pie, da la espalda y sale, sin mirar atrás.

Me quedo sola, clavo la mirada en la taza vacía e intento entender el sentido de lo que acaba de suceder. La abrupta salida de Carmen me dejó angustiada, haciéndome retroceder a una época en que gritos y discusiones se sucedían casi a diario. Espero que no se enoje, no puedo darme el lujo de perder a una de las únicas amigas que tengo aquí, reflexiono.

Sola, dejo que la mente divague, contemplando las piezas de maquinaria que me rodean, buscando ganar valor para reabrir la computadora y volver al e-mail que estaba escribiendo.

"Querida Amiga,

Hace casi tres semanas que estoy aquí y el peso de la nostalgia comienza a hacerse sentir. He hablado con Francesca, pero sabes cómo es ella... Siempre bromeando. Nunca consigo entender totalmente lo que dice (...). Ella no lo admite, pero quiero creer que también siente mi falta.

Las clases sólo comienzan dentro de veinticuatro días. No sé si fue una buena idea haber venido tan temprano. Ya sé que tú crees que yo no podía quedarme ahí. Y también sé que tienes razón. Estar aquí me obliga a dejar los fantasmas encerrados en el pasado, donde pertenecen. Aquí todos piensan que soy alegre y bien humorada, siempre con una sonrisa. Es así como quiero ser, y es así como volveré a ser, porque, a pesar de todo, yo soy esa persona.

Me preguntabas en tu último e-mail si estoy bien. Físicamente estoy óptima, no siento nada. Nada físico, porque el resto... El resto nunca va a desaparecer (...)

¿Y ella, volvió a dar noticias? Disculpa preguntar, sé que no me vas a responder, pero es más fuerte que yo.

Cambiando de tema, aún no te conté que anteayer conseguí finalmente tener una conversación con Simone. Nos encontramos por casualidad, o tal vez no tanto, pero el hecho es que nos encontramos en un jardín aquí cerca. Hablamos de la facultad y del doctorado, y al final ella me invitó a su casa a beber un gin. Sabes que, por estos días, no estoy bebiendo, pero bueno, agua con gas hizo el mismo efecto. Conversamos por horas. ¡Ella es una mujer extraordinaria! Dudo que algún día vaya a querer salir de aquí, pero es

todo aquello que tú describías y, por ventura, aún más (...)
Chau. Nico."

Pasa poco de la una y media cuando salgo del café y voy caminando despacio, apreciando los edificios a cada lado de la calle. Las personas pasan apresuradas, buscando encontrar áreas de sombra, huyendo del calor que hoy se hace sentir. Yo sigo el camino, siempre hacia adelante, deteniéndome sólo para cruzar la calle y luego seguir una cuadra más. Cuando entro al parque, el aire se vuelve más fresco, fruto de los árboles que se perfilan de un lado y del otro, en una alameda verde, mecida por el movimiento suave de las hojas, que desafían mis oídos en una agradable melodía. Buscando no perderme, recuerdo las instrucciones y sigo por el lado izquierdo.

En pocos minutos entro al jardín japonés. El espacio está desierto. Escojo el mismo banco donde Simone estaba sentada el día en que nos encontramos.

Soy despertada de mi lectura por algo que no identifico de inmediato. No escucho nada más allá del correr del agua, no veo a nadie, pero me quedo completamente inmóvil, con la certeza de estar siendo observada. Me giro hacia atrás, a algunos pasos de distancia está Simone, parada, mirándome. De inmediato, como si fuera lo más normal a hacer, miro el reloj - cuatro de la tarde. "¿Ocupaste mi 'oficina'?", dice en un tono mixto de certeza e interrogación, atravesando la corta distancia que nos separa.

"¡No! Apenas decidí que podía ser un gabinete compartido", respondo manteniendo la seriedad en las palabras y en la mirada.

"Es justo", dice lacónica, sentándose en el banco que queda inmediatamente a mi derecha.

"Tenemos que colocar un aviso diciendo que la sala está llena, no vaya a ser que alguien más decida querer dividir el espacio con nosotras".

El lugar donde nos encontramos no tiene paredes ni techo, puertas o ventanas, sólo hileras de bambú de varias alturas, dispuestas de tal forma que dan una sensación paradójica de estar dentro de una sala al aire libre. Debe ser por esa contradicción que Simone se siente tan bien aquí.

"¿Qué estás leyendo?", pregunta, no dándome tiempo de guardar el libro.

"Reflexiones sobre la verdad en la mentira y la mentira en la verdad. ¿Lo conoces?", pregunto con una carcajada.

"Es antiguo."

"No tanto." Miro la fecha de publicación, tiene dos años.

"Lo escribí cuando Lisa estaba muriendo", Simone dice casi en un murmullo que se extingue, dejándola perdida en sus propios pensamientos, con la mirada distante, clavada en el infinito.

No me atrevo a moverme. Casi no me atrevo a respirar.

"Escribí una parte de ese texto cuando ella aún estaba viva. Durante aquellos meses, semanas, tengo certeza de que mi verdad era diferente a la de todos los demás. Muchas veces me cuestioné si sería real. Si sería verdad lo que yo estaba sintiendo. Pero, si fuera mentira, ¿quién vendría a alertarme? Yo tenía que decirme a mí misma que la realidad que yo veía no era la 'realidad correcta'." Simone deja de hablar y me mira. No sé si busca silencio o respuestas, pero no soy capaz de decir nada.

"Lisa y yo pasamos muchas noches acostadas en la terraza, con las estrellas sobre nuestras cabezas, recordando historias vividas e inventando aquellas que sabíamos que no tendríamos tiempo de vivir. Construimos un libro de memorias, un álbum de fotografías, de una realidad compartida que sólo existió dentro de nuestra imaginación".

El poder de las palabras es tal que tengo dificultad en encontrar espacio para entrar en la conversación, si es que de una conversación se trata. De repente, ella parece volver a tener

conciencia de que estoy aquí y pregunta, de la nada: "¿Te está gustando?"

"¡No sé!" Me arrepiento inmediatamente, claro que me está gustando.

"Creo que fue la respuesta más honesta que escuché hasta ahora sobre ese libro."

Yo ya me preparaba para volver atrás e intentar arreglar mi comentario, pero ante la afirmación de ella, me arriesgo a decir exactamente lo que siento sobre el libro.

"No sé si me gusta, sobre todo porque no sé si lo entiendo".

"Genial, yo ya lo leí varias veces y tampoco sé si lo entiendo".

Las dos reímos, en una comunión que nos une por un instante. Enseguida, guardo el libro dentro de la mochila y me siento con las piernas dobladas sobre el asiento del banco y los brazos apoyados en las rodillas.

"Ya que guardaste el libro, ¿puedo preguntar qué vas a hacer ahora?", Simone indaga.

Su capacidad de alternar momentos como este, de una proximidad aparente, con otros de enorme distanciamiento, me deja perpleja.

"Nada, me voy a quedar aquí conversando. Si tú quieres, claro".

"Quiero. Pero no aquí".

Sin esperar por mi respuesta, ella se levanta y no me queda alternativa sino seguirla. Caminamos junto al río, atravesamos el puente de madera roja y seguimos el camino que bordea la arena, por entre los pequeños árboles coloreados de violeta y blanco, hasta llegar a un portón de acceso al parque que yo no conocía. Ya del otro lado, ella continúa la marcha, mostrando que sabe hacia dónde va.

Llegamos a un área cubierta de césped en un patrón ondulado, formando pequeños montes y valles, con árboles dispersos aquí y allá, como si la naturaleza hubiera dispuesto allí sus propios sillones y sombrillas. Simone se dirige a uno de los pequeños montes a la sombra, se sienta en el césped y se inclina hacia atrás, haciendo del declive del paisaje el respaldo de su sofá.

"No sé nada sobre ti".

"No es verdad. Hace poco te conté una historia".

"Cierto, me mostraste una página. Me gustaría leer el libro. ¿Por qué viniste para acá? Después de nuestra conversación, fui a buscar tu currículum. Lo leí en la época, pero confieso que sin la atención que me mereció ahora." Simone interrumpe y me mira. No consigo encararla y desvío los ojos. No sé si quiero tener esta conversación.

"¡Nicola de Luca! Una figura reconocida en Italia e incluso fuera, profesora de una universidad de prestigio, investigadora del grupo de trabajo de la ineludible Gio, Giovanna Rossi, que según pude averiguar está a punto de publicar una importante obra de revisión sobre las contradicciones cartesianas. ¿Por qué dejar todo de repente y venir para acá?"

"Tenía que alejarme. Tenía que..." No consigo terminar la frase. ¿Qué voy a decir?

"Disculpa." Simone se levanta y se sienta a mi lado, pasando la mano en mi rostro. Y en ese exacto instante, percibo que lágrimas están escurriendo. Me apresuro en limpiarlas con la mano.

"No te disculpes. Todos cargamos nuestra dosis de historias. No siempre alegres. ¿Cambiamos de tema? Cuando investigué tu nombre, no pude dejar de ver algunas fotografías. ¿Una femme fatale?"

"No sé lo que viste", digo, aún con el gusto salado de las lágrimas que escurrieron hasta la boca.

"No importa lo que vi, cuéntame".

"¿Qué? ¿Las aventuras de una conquistadora?", ironizo.

"Por ejemplo", responde ella, acomodando los lentes y sin desviar la mirada.

Sonrío por dentro y me transporto a Roma. "¿Te acuerdas que te hablé de Francesca? La conocí poco tiempo después de llegar a Roma. Francesca es una mujer madura, no por eso menos

seductora. Ella sí merece el apodo de Femme Fatale. Me enseñó que la vida puede ser vivida de una forma más intensa, más libre y, con eso, inevitablemente, más narcisista. Como tantas otras mujeres, me rendí a sus encantos, de formas que no puedo verbalizar y sobre las cuales tú sólo podrías fantasear. Pero Francesca no es mujer de relaciones, por lo menos en lo que se refiere al amor. Yo soy buena alumna y aprendí rápidamente con la mejor. Conocí personas y me dejé llevar por el ambiente. Nunca la frase 'en Roma, sé romano' se aplicó tan bien. Yo, que había tenido una relación, absolutamente convencida de que sería para toda la vida. Sólo olvidé que 'toda la vida' es mucho tiempo. En aquella época, Francesca me invitaba a todas sus fiestas. En cada una de ellas, tuve oportunidad de conocer personas excepcionales."Voy hablando y, envuelta en mi propio discurso, me olvido de dónde estoy y hasta de que Simone está a mi lado. Si así no fuera, nunca diría ciertas cosas.

"¿Conocer?", pregunta ella de forma provocativa.

"Conocer, conversar... Conversar siempre fue la principal actividad de esas fiestas - las variaciones bursátiles de Wall Street, los movimientos artísticos de Corea o la educación de las mujeres en Medio Oriente. Imagina mi espanto cuando comencé a percibir que el mundo gira movido por fuerzas que yo nunca podría anticipar. Al inicio, observaba todo con inmensa admiración y salía siempre con la sensación de ser completamente ignorante. De a poco presté más atención y reconocí algunos rostros del panorama político mundial, otros del mundo financiero, y así sucesivamente. La propia Francesca es presidenta de uno de los mayores grupos de tecnología de Europa... y yo tardé más de tres meses en darme cuenta".

Simone continúa sentada a mi lado, tan cerca que casi consigo sentir su calor, aun sin tocarnos. Aunque no dice nada, pide la continuación de mi relato. No puedo negar que estoy adorando tener su atención.

"A medida que me fui acostumbrando, también fui aprendiendo el arte de la seducción. Un juego de miradas, un toque, un beso robado. Me fui convirtiendo en maestro en lo que, en la mayoría de las ocasiones, era apenas y tan solo eso mismo - un coqueteo."

Ante mi pausa, Simone se endereza en el césped, parpadea los ojos en un gesto cómico y dice: "¿Me vas a dejar así? ¡Quiero el placer de los sentidos, Señora Profesora, más empirismo y menos racionalismo, por favor!"

Me río ante aquellas palabras, que sólo alguien como ella podría proferir. "Muy bien, una historia del medio a cambio de una ginebra. O un agua con gas, con vista sobre la ciudad, ¿qué tal?"

En el camino hasta su casa, le cuento que me encontré con Carmen esta mañana, en *The Machine*, pero omito la conversación sobre Emily y su salida intempestiva.

Tomo el vaso que ella me extiende y doy un trago. El agua está helada, y frunzo la frente con el frío.

"¿Demasiado fuerte?", ella pregunta con una carcajada, mientras se sienta en la silla a mi lado, inclinando la espalda hacia atrás.

"No, ¡está perfecto! Tú cumpliste tu parte y pretendo cumplir la mía. ¿Algún pedido especial?"

"¿Lo que yo quiera? ¿Estás segura?"

"Sí, ¿por qué? ¿Vas a hacer pedidos comprometedores?", pregunto, sin mirar hacia ella, inclinando también el respaldo de mi silla. "Tal vez", ella responde bajando intencionalmente el tono de voz, antes de beber casi la mitad del contenido del vaso.

"Puedes pedir..."

"Puedes pedir..."

Capítulo 10

Estaba preparada para todo, menos para ti

Simone

Una ola de calor me atraviesa, no sé si por la perspectiva de lo que voy a oír, o por la presencia de ella, con los ojos cerrados, sentada aquí, en la terraza, a mi lado.

"Si te hace sentir más cómoda, olvida que estoy aquí escuchando", digo, cerrando yo también los ojos. La oigo respirar hondo y tragar saliva. Mi corazón se acelera, y me pregunto si tendrá el coraje de continuar.

"Estábamos en una discoteca en el centro de la ciudad, una amiga de Francesca cumplía años y había reservado la sala sólo para nosotras, unas treinta personas, casi exclusivamente mujeres. Fuimos bailando y conversando. Por el espacio circulaban bandejas de sushi y mucho champán. Cuando me di cuenta, Francesca se había alejado, estaba sentada en una de las mesas, con alguien que yo no conocía. Recuerdo sacudir la cabeza y sonreír..."

Nicola hace una pausa y bebe el agua que aún queda en el vaso. Me mira con una intensidad tal que siento dificultad en no desviar el rostro. Tiene unos ojos de un azul oscuro que nunca antes vi.

"Una de las amigas de la cumpleaños era cantante, a la una de la mañana, nos regaló un espectáculo improvisado, repleto de romanticismo. Cuando terminó se sentó justo a mi lado. Empecé a intentar conversar, al final no nos conocíamos. Antes de lograr decir algo con sentido, acercó la boca a mi oído y cantó bajito un extracto de una de las canciones que acababa de interpretar. Mientras su voz se hacía oír, su mano recorría mis piernas, sin ninguna ceremonia. En ese momento fui invadida por una confianza inusual, que fue creciendo en la medida directa de mi deseo. Me levanté, y la arrastré detrás de mí hasta el vestidor de la entrada, donde recordaba haber dejado el abrigo, y que ahora era un espacio desierto, sólo con los abrigos dispuestos en filas de perchas. La conduje hasta el fondo de la pequeña sala. Hice que se acostara, con el movimiento el vestido subió, exponiendo su ropa interior de encaje negro."

A medida que Nicola prosigue, voy bebiendo, hasta no quedar nada dentro del vaso, pero eso no me calma. Hace mucho que no sentía lo que estoy sintiendo ahora. Pero, al mismo tiempo, no quiero, no quiero desear a nadie, no a alguien que no es Lisa.

Parece que hay una diferencia sustancial entre lo que quería y lo que realmente quiero. Sin poder evitarlo, poso la mano sobre la pierna de Nicola. En un primer momento ella no se mueve y continúa hablando. Luego, sin interrumpir lo que está diciendo, coloca la mano sobre la mía.

"Ella puso los brazos detrás de la cabeza, me miró a los ojos, para, inmediatamente después, cerrarlos. La toqué con intensidad, con una fuerza que ni sabía que poseía, sin pedir permiso, sin ceremonia, la oí contener un grito ronco, y vi sus ojos reabrirse. Volvimos a la sala, donde todo continuaba igual, algunas personas conversaban y otras bailaban en la pista. Francesca debía haber decidido terminar su noche en otro sitio, pues ya no se vislumbraba. Salí unos minutos después, y nunca más la volví a ver. Muchas veces, después de eso, escuché sus canciones, y, en cada una de ellas, recordé el sabor de aquel momento."

Nicola deja de hablar y se gira hacia mí, no mueve la mano y yo tampoco muevo la mía.

"¿Es una buena historia?", me pregunta.

No soy capaz de responder.

Ella posa la mano sobre mi vientre y, suavemente la deja deslizarse hacia arriba, fingiendo no percibir que toca zonas, cada vez más sensibles. En mi cabeza pasan cientos de palabras, miles de imágenes, y millones de sensaciones. Quiero mucho aquella mano, quiero más, pero no

puedo.

Nicola pasa los dedos sobre mis labios, e, instintivamente, los entreabro, tocándolos con la lengua. Es lo que basta para que ella salga de su silla y se incline sobre mí. Ninguna de nosotras dice nada, y sostenemos el tiempo para que el momento se eternice.

Anocheció, veo los brillos de las luces mezclados con el punteado de las estrellas, y la imagen de Lisa se apodera de mí, el sonido de su risa, el olor de su cabello y el dolor en la mirada de las últimas semanas.

Me levanto abruptamente, haciendo tambalear la silla y caer el vaso que estaba posado en el suelo. El sonido del vidrio rompiéndose hace eco, y, en un movimiento inconsciente cruzo los brazos sobre el pecho, como si aquel abrazo a mí misma tuviese la fuerza para contener el torrente de emociones.

Nicola es claramente sorprendida con mi actitud y se asusta con el estallar del vidrio en la piedra. Se recupera rápidamente, y ya de pie, se aproxima, sin tocarme.

"Vamos adentro, dentro de un rato vengo aquí afuera a recoger los vidrios."

No la contradigo, y entro a la casa. Ella se mueve como si conociera el espacio. Va hasta la cocina y regresa con una escoba y una pala. Atraviesa la puerta de la terraza, y retorna minutos después, cerrando los pedazos del vaso destrozado en una bolsa. Oigo el sonido de la máquina de café.

"Disculpa", dice, levantando la cabeza, y extendiéndome una de las tazas humeantes.

"No tienes por qué pedir disculpas, yo soy la que te debe disculpas. Pensé que era posible."

"¡Y lo es!"

"No, ¡tú no puedes comprender, no estabas aquí, no sabes...!", digo casi a los gritos. La urgencia de recuperar mi espacio, mi intimidad, se apodera de mí. "¡Por favor, vete! ¡Necesito estar sola!", imploro, levantándome.

Pensé que ella iba a protestar, insistir en quedarse, pero hace precisamente lo contrario. Se levanta, sin decir nada más, y avanza en dirección a la entrada, cogiendo la mochila que quedó posada en el suelo. Abre la puerta y sale, sin volver a mirar hacia mí.

Me quedo sentada en el sofá, sosteniendo la taza vacía en la mano. Estaba preparada para todo, menos para ti, pienso.

Respiro profundamente, apoyo la taza y avanzo hasta el escritorio poniendo las manos sobre el teclado. Leo y releo las últimas frases que escribí antes de salir, buscando retomar el texto. No son precisos muchos minutos para percibir que este es un ejercicio condenado al fracaso. Considero las alternativas, sólo pensar en comida es suficiente para dejarme con náuseas, es muy tarde para salir, puedo intentar leer, pero casi con certeza no lo voy a conseguir, podría tomar una pastilla e intentar dormir. Ninguna de las opciones es buena. Vuelvo al sofá, me acuesto, poniendo un cojín debajo de la cabeza, y recuerdo su mano sobre mi pecho.

Me vuelvo a levantar, lanzando con fuerza el cojín hacia el otro extremo de la sala, en un gesto que traduce la frustración que siento. Presiono el teclado y enciendo la pantalla, cierro el archivo con el texto por terminar y, en el motor de búsqueda, escribo el nombre de Nicola.

Voy simplemente abriendo y cerrando páginas. Surgen fotografías, unas más actuales otras más antiguas, imágenes de una Nicola joven de aspecto dulce y delicado, contrastan con otras de una mujer adulta, de rostro más duro, más asertivo. El azul de sus ojos no se modificó, pero el brillo de la mirada parece diferente. La mayoría de las veces aparece sola, recibiendo premios o haciendo presentaciones, en algunas fotografías antiguas surge al lado de una mujer que no sé quién es. Voy escudriñando en una miriada de información y consigo reconstruir parte del recorrido. La información más antigua la sitúa en Milán, sonriente, de cabello largo, preso en una

trenza oscura, y ojos brillantes, más delgada, de vaqueros y camisas de mangas dobladas por el codo. La mujer desconocida, que parece ser mayor, aparece varias veces a lo largo de los años. Tiene una pose clásica, cabello largo, bien peinado, trajes de falda y chaqueta immaculados, y zapatos de tacón. ¿Colegas? ¿Amigas? ¿Amantes? No lo sé decir. Me doy cuenta, por una noticia de la revista de la Universidad, sobre un texto premiado, que es psiquiatra. La misma revista, en un número del año siguiente, sobre la apertura del año lectivo, tiene una nota corta dando cuenta que, Nicola estará ausente y no dará su seminario.

El conjunto de información que reúno a continuación se refiere a su doctorado, ya en Roma. Extraño, en estas fotografías ella surge aún mucho más delgada, parece diferente, casi enferma. La mujer de tacones altos, dejó de aparecer. El estilo de Nicola se alteró profundamente, no sólo por el corte de cabello, por la sustitución de los vaqueros por otros de cuero, sino por su postura, que se volvió más afirmativa. Inesperadamente me topo con una fotografía que me quita el aliento. Es una imagen captada en el Ritz de París, hace alrededor de un año. Nicola atraviesa la puerta de entrada, está en traje de noche, en un traje, seguramente diseñado por un estilista. al mismo tiempo austero y glamoroso. A su lado una mujer mayor, viste un vestido largo, y transmite, en la mirada que fija la cámara, la confianza de los dioses. Debe ser Francesca, pienso. Resisto la tentación de guardar la fotografía y continúo la investigación. Hay diversos textos escritos por ella, presentaciones e incluso la grabación de algunas conferencias. La Universidad de Roma es muy dinámica, por lo que se vuelve fácil seguir su trabajo.

Siento hambre y miro el reloj, no es de extrañar, son casi las once. Irritada conmigo misma, me levanto y voy hasta la cocina. Caliento una sopa ya preparada. Cuando termino mi frugal comida, no me siento mejor. Tal vez hablar con Carmen ayude.

El teléfono suena apenas una vez antes de que ella conteste. "¿Está todo bien?", pregunta antes incluso de decir buenas noches.

"Sí, necesito hablar contigo"

"¿Qué pasó? ¿Quieres que vaya ahí? Estoy en casa."

"No, no necesitas venir, lo que tengo que decir puede ser por teléfono", tal vez incluso sea más fácil, pienso.

"Entonces dime, soy toda oídos. En realidad, también te quería contar una cosa."

Sin dejarla cambiar de tema, avanzo, "Nicola estuvo aquí en casa. Fue bueno, conversamos bastante..., nos encontramos en el parque, y yo la invité... No sé por qué, ¿no debía?! Acabé por pedirle que se fuera."

"Sisi, ¡organiza las ideas, por favor! No estoy entendiendo nada."

Por el tono de Carmen me doy cuenta de que mi discurso es incoherente. Hago un esfuerzo e intento recomenzar, siguiendo una narrativa más estructurada.

"Hoy, cuando llegué al jardín, Nicola estaba ahí, sentada en mi banco, con un libro en la mano."

"¿Estaba esperándote?", indaga Carmen, sin dejarme proseguir.

"No lo sé, tal vez. Lo cierto es que estaba ahí sentada, absorta en la lectura, por cierto de un libro mío, comenzamos a conversar, una cosa lleva a la otra y, cuando me di cuenta, estaba aquí en la terraza escuchándola contar historias de su vida."

"¿Así, sin más ni menos, ella te cuenta historias de su vida? De las veces en que hablé con ella siempre me pareció que, por debajo de aquella imagen extrovertida había una persona tímida y contenida."

"Tal vez yo haya insistido un poco, ¡no importa! Ella fue contando historias y yo me dejé llevar. En un momento dado, nuestras manos se tocaron..."

"¿Cómo que se tocaron?"

"Así mismo, ella puso la mano en la mía y yo la mía en la de ella", sé perfectamente que fue al revés, que fui yo quien primero tocó su pierna, pero en este momento, es así como la historia tiene que ser contada.

"¿Eso quiere decir que te sientes atraída por ella?" incluso por teléfono la voz de Carmen no esconde el asombro.

"¿Tú crees? ¡Ni pensarlo! Fue sólo cosa de un momento, había bebido un poco, ya sabes cómo es, el final de tarde en la terraza, el anochecer, en fin..., cosa del momento."

"No sé si lo creo, pero está bien. En ese caso, no entiendo cuál es el problema."

"El problema es que ella lo entendió mal, y quiso avanzar."

"¿Cómo que quiso avanzar?"

"No repitas todo lo que estoy diciendo, siempre haces eso", digo, esbozando una sonrisa, que ella no puede ver. "Quiso avanzar, me tocó, se acercó, y yo me asusté. Me alejé y la alejé. Acabé por pedirle que se fuera, y se fue."

"No sé si entendí completamente lo que pasó, pero tampoco es relevante, lo que importa es saber lo que 'tú' quieres, y más aún, lo que sientes."

Aunque noto que Carmen intenta poner toda la suavidad en las palabras, no dejo de responder de forma irritada, "Sabes perfectamente, sabes mejor que nadie, que yo no puedo, y no quiero, sentir nada por nadie. Yo estoy enamorada de Lisa, y no importa que ella haya muerto."

"¡Sisi, para! Tienes cuarenta y dos años, no puedes impedir que la vida suceda. Eso no implica olvidar a Lisa, implica, sólo y únicamente, estar viva. Creo que a ella le gustaría que volvieras a estar con alguien, es más, no es 'creo' es 'estoy segura'. Lisa habló muchas veces conmigo sobre lo preocupada que estaba por ti, que te encerraras, que dejaras de vivir tras su muerte, y tenía razón, eso fue exactamente lo que hiciste. No tuve la fuerza para impedírtelo, pero ahora, han pasado casi tres años, es tiempo de volver a abrir la puerta. No sé si Nicola es la persona capaz de eso, pero, tarde o temprano, alguien lo va a conseguir."

No digo nada, y escucho en silencio las palabras de Carmen. Es fácil imaginar a Lisa teniendo esa conversación. Cuántas veces me hizo prometer que seguiría con mi vida, que encontraría a alguien para acompañarme a todos los lugares donde queríamos ir y no tuvimos tiempo, alguien que me diera la mano y me hiciera sentir menos miedo.

Carmen prosigue, sabiendo que la escucho. "Pobre Nicola, esta mañana nos encontramos en The Machine, ya se está volviendo un hábito en mis días libres. Conversamos y le conté que estoy pensando invitar a Emily para que venga conmigo a un congreso la próxima semana. Ella tomó mis palabras de forma equivocada, pensó que podía haber otras intenciones, imagínate, ¿yo con otras intenciones con Emily, la hija de Grace? No tiene sentido, lo sé, pero ella insinuó que podía haber un interés, y eso me irritó. Ya sabes cómo soy, mucha calma hasta convertirme en fiera. Me levanté con estruendo y salí furiosa, dejándola clavada en la mesa mirándome. Ahora por la tarde, eres tú quien la echas, ya me está dando pena, debe pensar que aquí todas estamos locas." Carmen termina con una carcajada, haciéndome reír también.

"¿En serio? ¿Tú y Emily?", ironizo.

"¡Para! ¡No empieces! Sabes muy bien que eso no tiene sentido, ella es casi una niña."

"No exageres, ella es una mujer adulta, y por lo que me contaste perfectamente segura de sus deseos." Doy nuevamente una carcajada. "No sabía que te interesaban las mujeres", continúo, provocándola.

"¡Para Simone! ¡Por favor para!"

"El asunto es más serio de lo que pensé, hasta ya pasé a ser 'Simone'."

"No es 'serio' de la forma que estás pensando, pero es serio porque estoy preocupada por ella."

Tengo miedo de que, con tanta presión, acabe desistiendo del internado."

Me concentro en lo que Carmen está diciendo, e intento olvidar mis propios problemas. Algo pasa, y no estoy logrando entender su alcance. Carmen siempre estuvo con Samuel, nunca le conocí ningún otro novio. ¿Será posible? ¿Carmen seducida por una mujer?

"¿Qué tiene que ver ese congreso con que ella desista o no del internado? ¿Y por qué quiere desistir?", pregunto con la única intención de alimentar la conversación.

Capítulo 11

Lo que pasa aquí, se queda aquí

Carmen

"Ella está cansada, pensé que, si salía de aquí unos días, tal vez la presión que siente disminuiría. Ella está haciendo un curso avanzado de poesía y al mismo tiempo participando en un concurso. Es todo lo que le interesa, la medicina es sólo un medio para ganar dinero y complacer a sus padres. Ayer, en urgencias, me dijo que no aguantaba más. Entonces me acordé que la semana que viene voy al congreso. Son cuatro días fuera, lejos de todo, tal vez sea lo que ella necesita". Simone no dice nada más y soy yo quien cambia de tema, "Mira Sisi, volviendo a Nicola, ella parece ser una persona inteligente y agradable, no estoy diciendo que vaya a ser el nuevo amor de tu vida, pero piénsalo, ella sólo va a quedarse aquí unos meses, puede ser una aventura sin compromiso. Encara el proceso como una terapia, te haría bien."

**

Las casas allá abajo se van haciendo cada vez más pequeñas hasta que es imposible distinguirlas. El suelo desaparece y todo lo que consigo ver es un cielo azul, aquí y allá salpicado por la espuma blanca de una nube que cruza nuestro camino. Es muy temprano, y el vuelo está casi vacío. Discretamente, miro hacia el lado, ¿será posible que se haya dormido tan rápido? Acabamos de despegar. Tal vez tenga miedo de andar en avión, o tal vez no quiera conversar. La media hora siguiente pasa sin ningún sobresalto, el tiempo está bueno, y el avión parece ni moverse. Emily está en la misma posición, desde que la miré por primera vez, ¿estará bien? Mientras me detengo en esa reflexión, una de las azafatas se dirige a nosotras, preguntando si queremos algo para beber. Emily abre los ojos y se endereza en el asiento, pidiendo un agua. Al final no estaba durmiendo.

No puedo evitar y, en cuanto la azafata se aleja, pregunto, "¿Estás bien? ¿Necesitas algo?" Qué maternalista suena mi abordaje.

"Disculpa venir tan callada, pero necesitaba unos minutos sólo para mí", dice regalándome una de esas sonrisas que provocan hoyuelos en sus mejillas.

"No hay problema, sólo estaba preocupada de si estabas bien."

"¡Estoy genial! ¡Gracias! Gracias por haber hecho esto posible. ¿Estás segura de que no te importa compartir el apartamento conmigo? Yo podría intentar reservar una habitación en algún lugar, aunque, por lo que entendí está todo lleno."

"No me importa ni un poco, yo duermo en el cuarto y tú te quedas en la sala, está perfecto, hasta me gusta tener compañía."

--

Sentada en el sofá con las piernas cruzadas, Emily está concentrada en cambiar consecutivamente los canales de la televisión, de tal forma que la búsqueda parece ser un fin en sí mismo. Deberíamos salir a cenar, pero por su actitud, imagino que no sea ese su plan.

De repente, se gira, y tanto yo como ella nos asustamos con el movimiento.

"Tengo hambre, no sabía que estabas ahí, iba a llamarte para preguntarte si quieres salir o si podemos pedir algo y quedarnos aquí mismo."

"Podemos comer aquí", respondo.

"Genial, voy a pedir sushi, ¿todo bien para ti?", sin esperar mi respuesta agarra el celular, y con una agilidad sorprendente, desliza los pulgares sobre la pantalla.

Comemos sentadas en el suelo, en la alfombra de la sala, apoyando los platos en la mesita junto al sofá. Ella parece relajada, me va contando episodios de su día a día, mezclando el hospital con

las clases de poesía, historias de novias, con otras de su compañera de apartamento.

Pidió cervezas y voy bebiendo la mía a una velocidad superior a lo que normalmente hago. La presencia de Emily tiene tanto de agradable como de incómodo. No logro dejar de pensar en las palabras de Nicola.

La televisión quedó sintonizada en un canal de noticias y ella va comentando sobre el estado del mundo.

En cierto momento comento que ayer Simone y yo volvimos a ganarles a sus padres: "Simone juega muy bien, y ya jugamos juntas hace mucho tiempo."

"Yo también solía gustar, pero en cierto punto me harté tanto de los comentarios de mi madre, siempre criticándome, que nunca más jugué."

"Tienes que volver a jugar, quedamos para una partida cualquier día de estos."

Emily no me responde y dice, levantándose: "Déjame llevar las cajas a la basura y agarrar otra cerveza." Pasa por detrás de mí, y cuando retira las cajas que están delante de mí, deja que su cuerpo se apoye en mi espalda.

"La convivencia con ellos se volvió imposible. En la universidad me fui a vivir con dos compañeras, tuve la suerte de estar en una ciudad relativamente pequeña, donde todas las personas terminaban conociéndose. Fueron buenos años, tuve mi primera pasión, y mi primer rechazo cuando ella me dejó."

"¿Y tus padres?", pregunto, aprovechando la pausa.

"Mis padres nunca supieron nada." Emily se recuesta hacia atrás, apoyándose en la parte baja del sofá, se pasa la mano por el cabello, y me mira fijamente.

Ya debería haber interrumpido esta conversación hace rato. Nos miro a las dos, sentadas en el piso, con una botella de cerveza en la mano. "¿Y después? ¿Qué pasó cuando terminaste la facultad?"

"Cuando terminé, mi madre quiso que volviera a casa. Era imposible. Decidí enfrentarla y le dije que iba a vivir con una amiga, se puso furiosa, pero no cambié de idea. Mi compañera de apartamento es realmente una amiga."

Se hace un silencio, un momento en que ninguna de las dos dice nada. Ambas miramos fijamente la pantalla, están pasando una película, y una pareja discute en medio de la cocina, mientras un niño pequeño los observa escondido detrás del pasamanos de la escalera. Nos dejamos absorber por la escena, integrándola en nuestras propias circunstancias.

"¿Siempre fuiste feliz con Samuel?"

"¿Qué clase de pregunta es esa?", digo, girándome hacia ella.

"Disculpa, no quise invadir tu intimidad", balbucea entre dientes. "Si no te importa voy a salir a tomar aire!" Sin dar tiempo a más, se pone la chaqueta sobre la camiseta y sale.

Sola sentada en el piso, me quedo pensando en lo que acaba de pasar. ¿Por qué reaccioné tan mal a su pregunta? Agarro el celular y llamo a Samuel. Conversamos por algunos minutos, y me entero de que está todo tranquilo, como era de esperarse.

En la televisión, la pareja que antes discutía, ahora se está besando. Apago la TV y voy hasta la cocina. Desafortunadamente no hay más cerveza, ya sé, debe haber algo para beber en el minibar. Encuentro pequeñas botellas de ginebra y whisky, agua tónica y agua con gas. Sin capacidad de decisión inmediata, llevo todo a la mesa de la sala. Abro la de ginebra y la mezclo con agua tónica. Bebo en grandes sorbos, vaciando el vaso en pocos minutos. Aprovecho la otra botellita igual y refuerzo la dosis. Se acabó la ginebra.

Me acuesto en el sofá y recuerdo a Lisa, la extraño tanto. Rememoro los momentos en Isla de Fuego, más específicamente una noche en que, después de un día exhaustivo, nos quedamos en

el cuarto bebiendo una ginebra, igual a esta que tengo en la mano, y ella se ofreció para hacerme un masaje. Acepté, comenzó en mis pies, pero luego pasó a la espalda, y de ahí a todas las partes de mi cuerpo, entre el alcohol y el placer me dejé llevar, no sé cómo, pero su boca terminó tocando la mía, en un beso tan inesperado como delicioso. Aquella noche me abandoné a sus encantos, a su alegría de vivir. Recuerdo que a la mañana siguiente, desperté con un enorme dolor de cabeza y sin saber qué decir. Lisa, como siempre, resolvió el asunto en tres instantes: "Lo que pasa aquí, se queda aquí".

¿Será que Emily está bien? Ella no conoce nada, ¿a dónde habrá ido? No hay más ginebra, por lo que decido partir hacia el whisky. Puro, directo de la botella.

Me despierto con la mano de Emily sobre mi brazo, "Ven, vamos a la cama. Yo te ayudo."

Intento levantarme, pero caigo de vuelta en el sofá, mareada. Estoy con náuseas con la sensación de que puedo vomitar en cualquier momento. Cierro los ojos, pero las imágenes siguen girando dentro de mi cabeza.

Emily trae un vaso de agua y me obliga a beber, luego muestra que es más fuerte de lo que yo presumía, y casi cargándome me arrastra hasta la cama. Quita mis zapatos, apaga la luz, me desea buenas noches desde lejos, y ya no escucho la puerta cerrarse.

**

Me despierto con el sol dando en mi cara. ¡Qué dolor de cabeza! Despacio, como si pudiera desintegrarme, me siento en la cama y miro el reloj. Son casi las diez, ¡ya perdí la mañana del congreso!

Intento acordarme de lo que pasó ayer, recuerdo estar en la sala bebiendo, pensando en Lisa, Emily llegó, pero no sé cómo vine a parar aquí al cuarto. En ese momento me doy cuenta de que todavía estoy vestida. ¡Qué vergüenza!

Sobre la mesa de la sala hay una hoja de papel rasgada de un cuaderno cuadriculado, con un mensaje escrito: "Espero que despiertes bien, fui al congreso. Nos vemos en la noche. Si quieres podemos cenar. Emy"

Después de un baño, un analgésico y un café, me siento mejor. Ya es casi hora del almuerzo, pero aun así decido ir al congreso. El resto del día pasa rápido. Me reencuentro con colegas que no veía hace mucho tiempo, y poco a poco voy olvidando la noche de ayer. Acabo aceptando la invitación de dos amigos alemanes para cenar, y le mando un mensaje a Emily avisando que llegaré más tarde.

**

Es nuestra última noche aquí, el congreso terminó, y mañana partimos a la hora del almuerzo. Desde aquella noche, casi no nos cruzamos, pero hoy acepté la invitación de Emily para cenar.

Nos sentamos en una mesa de la esquina, pedimos una ensalada de camarón, nueces y aguacate. Decido no beber, y me quedo sólo con agua. Emily está sentada frente a mí, y da pequeños sorbos en una copa de vino blanco. Me mira con aquella misma mirada que, no sé decir por qué me incomoda tanto, va intentando sacar tema, en un esfuerzo por normalizar el ambiente. Ya en el postre, ella hace una pausa, y con la cuchara suspendida en el aire pregunta "¿Puedo hacer una pregunta personal?"

No quiero decir que sí, pero tampoco puedo decir que no. "Si es necesario."

"Déjalo, disculpa, ¡estoy haciendo todo mal de nuevo!" Posa la cuchara en el plato y esconde el rostro en las manos.

En un impulso llevo mi mano hasta su brazo y tiro suavemente, haciendo que destape el rostro y mire hacia mí.

Agarra mi mano entre las tuyas, "¿Qué necesito hacer para que me dejes acercarme?", dice. No sé qué responder, ni cómo asimilar esas palabras.

"No necesitas responder, sé que no sientes lo mismo, pero prefiero arrepentirme de lo que dije, que de lo que dejé de decir."

Emily no suelta mi mano y desliza suavemente dos dedos sobre la parte interna de mi brazo. Por más que sienta que el gesto no es apropiado, no logro alejarla. Respiro profundamente, y pregunto, "¿Qué querías preguntar recién?"

"¿Alguna vez ya estuviste con una mujer?", dice sin dudar, como si fuera la pregunta más normal.

"¡No!", miento.

"¿Y nunca pensaste en eso?"

"No sé si entiendo exactamente a dónde quieres llegar. Estoy casada hace más de quince años, hay muchos momentos buenos, pero también hay otros, en esos otros, es natural pensar cómo habría sido la vida si las elecciones fueran diferentes."

"¿Bailas conmigo?"

La música ambiente cambió, y una pequeña pista de baile acoge a dos o tres parejas.

"Ven...", dice levantándose y tirando de mi mano.

Sin capacidad de resistir me dejo llevar. Hace cuánto tiempo que no bailo, ni me acuerdo de la última vez. Nuestros cuerpos se balancean separados, ella pone las manos sobre mis hombros, y poco a poco las hace descender, hasta reposar en mi cintura. Inevitablemente los cuerpos se acercan, hasta tocarse. El ritmo de la música es lento, y la luz casi inexistente. Siento su respiración junto a mi cuello, y en cierto momento tengo la sensación de que roza los labios. Su cadera se mueve al son de la música, y toca la mía en el camino, a cada toque, a cada compás, mi corazón se dispara, mi boca entreabierta fuerza la respiración. En un instante pienso en Lisa, y al momento siguiente me abandono, entregándome a la música.

Entramos a casa sin decir nada. Emily me abraza y me empuja contra la puerta, quedando a pocos centímetros. Pasa la lengua por uno y otro, y, en un gesto seductor, muerde el labio de abajo con los dientes de adelante.

Quiero su boca en la mía, en este momento ella no es mi residente, no es la hija de Grace y, yo no soy la mujer de Samuel, soy sólo mujer y la deseo.

Después de momentos de tortura, Emily acerca el cuerpo al mío, presionándome contra la madera. Las manos, en mi cuello, pasan por el cabello y me agarran de cada lado del rostro. Aunque esté apoyada por la puerta, mis rodillas flaquean, y las piernas tiemblan. Pienso en interrumpirla, pero, como si adivinara mis pensamientos, es en ese exacto instante que toca mis labios con los suyos. Es un beso que no deja dudas sobre sus intenciones, ni pide permiso para avanzar. Entreabro la boca, muerdo su labio, y de inmediato siento su mano en mi cuerpo.

"Voy a dejar que mis dedos se deslicen, por donde el camino indique", mientras habla, Emily cumple exactamente lo que promete. Siento sus dedos en la piel. Es todo tan nuevo, tan inesperado, que cuando me doy cuenta, ya pasé hace mucho del punto sin retorno. Me rindo a sus manos, siento el placer explotar y el cuerpo estremecer.

Avisto a Nicola sentada en la mesa del fondo. Es viernes, y como no podía dejar de ser, tomo un desayuno tardío en The Machine. Ayer aterrizamos poco después de las tres de la tarde, y a las ocho empecé mi turno. Afortunadamente, Emily hizo un cambio, ahorrándonos la incomodidad de la situación.

"Te debo una disculpa", digo, quedándome de pie, al lado de la mesa.

Nicola aparta la computadora a un lado y sonríe, mostrando una fila de dientes impecablemente blancos, "¡Buenos días! No me debes absolutamente nada, siéntate, por favor."

"Llegué ayer del congreso.

"Y entonces, ¿salió bien?"

"¡Tenías razón!", murmuro, sin coraje de decir mucho más.

Capítulo 12

La primacía de la primera persona

Nicola

Somos interrumpidas por la llegada de una porción de panqueques y un cappuccino. Aprovecho para pedir otro café, y no hago preguntas, esperando que ella prosiga.

"Sobre las razones por las que quería invitar a Emily. Disculpa, disculpa la forma en que reaccioné. No dijiste nada equivocado, ni nada que no fuera verdad, pero, en aquel momento, no estaba preparada para tus palabras."

Carmen juega con el tenedor en el azúcar glasé que cubre uno de los panqueques, haciendo una especie de dibujo, sin comer ningún bocado.

"¿Estás bien?", pregunto, no verbalizando ninguna de las mil cuestiones que pasan por mi mente.

"Más o menos", responde con una media sonrisa que traduce la disonancia de sentimientos.

"¿Quieres hablar sobre lo que pasó? A veces hablar en voz alta pone las cosas en una perspectiva diferente, quizás pueda ayudar."

Carmen me cuenta lo que ocurrió. Estoy segura de que omite gran parte de los detalles y principalmente de lo que siente.

"¿Y después?"

"Al día siguiente, cuando desperté, ella ya no estaba en mi cama. Me levanté y la encontré en la sala. Había hecho café y tomaba el desayuno con una sonrisa estampada en el rostro. Quiso besarme, pero no la dejé, le pedí un tiempo, prometiendo que conversaríamos más tarde, después de volver. Sin discutir o reclamar, hizo exactamente lo que le pedí. Habló sobre otros asuntos y se quedó en silencio durante el vuelo, con los auriculares y los ojos cerrados. Nos separamos en el aeropuerto y no volvimos a hablarnos. Durante la noche, me mandó un mensaje al celular: *'Siento tu cuerpo en el mío, necesito verte.'* Lo borré tan rápido que ni pude leerlo una segunda vez." Carmen se calla y me mira, no sé si en busca de palabras o simplemente de consuelo.

"Entiendo que tengas dudas, es mucho para procesar. Pero sabes, tienes buen aspecto. Por más que la situación sea complicada, en realidad las opciones no son muchas. O olvidas lo que pasó, y cada una sigue su vida, o asumes que lo que sientes es más que un deseo que se consume en una noche. Y ahí vas a tener que conversar con ella."

"Estoy perdida..."

"Háblame, pon las cartas sobre la mesa.", propongo, dando una sonrisa de complicidad.

"Siento algo, no sé si es atracción, si es el encanto de sentirme deseada. No debería decirte estas cosas..., hace mucho tiempo que no recuerdo sentir placer como el que tuve con ella. Pero, ella es mucho más joven y yo, yo soy su orientadora y estoy casada", Carmen esconde el rostro entre las manos, suspirando profundamente.

"Dijiste el otro día y es verdad, te conozco hace poco tiempo. Pero..., y no te enojés, por favor, no tires la silla, creo que estás enamorada, no creo que consigas huir", respiro hondo y evalúo su expresión. "Es todo nuevo, imagino que sea difícil, nunca estuviste con una mujer..."

"¡No es verdad!", Carmen me interrumpe súbitamente. "Estuve con Lisa..., y fue una de las mejores y peores noches de mi vida. Hace muchos años, y nunca conseguí olvidar. El precio fue alto. Ella nunca habló del asunto, y yo..., yo cargo la culpa de nunca haberle contado ni a Samuel ni a Simone."

Me quedo sin palabras ante esa declaración. Carmen vuelve a hablar, ahora sobre su relación con Samuel. No sé si ella consigue ver, pero las cartas están echadas y el destino la traicionó, y, de una forma u otra, va a tener que enfrentar la situación.

Cuando ella se va, jalo nuevamente la computadora frente a mí. Pienso en lo que me contó. Emily, Lisa, una cajita de sorpresas. Estaba tan enfocada en sus problemas que ni me preguntó sobre Simone. ¿Será que Simone le dijo algo sobre lo que pasó? Hace exactamente una semana que no hablamos, no volví más a la universidad, ni al jardín, y así, evité encuentros. Pero sé que no puedo postergarlo más, necesito hablar con ella sobre el Proyecto. Gio insiste en eso, y tiene razón. Abro el e-mail que me envió hace tres días:

'Queridísima Nico,

Estoy preocupada, no escribiste esta semana. ¿Está todo bien? ¿Ya conseguiste marcar el médico? ¡Es importante! Estás ahí sola y sabes que es necesario un seguimiento. Vas a estar bien, estoy segura, y cuando vuelvas, ahí sí, no vas a tener tiempo ni espacio para preocuparte por nada más. Sé que no querías que fuera así, pero concéntrate en lo que es realmente importante.

Tu último mensaje no me engaña, quieres más de Simone, pero no dejes que la situación te lastime... ella es complicada y tú, en este momento, necesitas paz y simplicidad en tu vida. ¿Ya hablaste con ella sobre el Proyecto? Intenta convencerla de venir hasta aquí, quién sabe aprovechas y vienes también.

Chau, nos vemos después, Gio.'

Camino sola. Poco a poco me apropié del parque, al punto de sentirlo mío. He evitado el jardín, y principalmente este lugar en particular, con miedo de cruzarme con ella, pero hoy, es exactamente ese mi objetivo. Abro el libro y me acuesto en el banco con la mochila debajo de la cabeza y los auriculares en los oídos. Sigo inmersa en la lectura cuando siento una mano tocarme la rodilla. Debe ser tarde, la luz disminuyó bastante y corre un viento frío.

"¿Cómo estás? Estoy aquí llamándote hace un rato, pero no escuchas nada", dice Simone con una sonrisa.

Apago la música, me quito los auriculares y me enderezo. Veo que ella apoyó sus cosas en el banco a mi lado, y me doy cuenta de que ya está aquí hace un tiempo.

"Disculpa, estaba con la música alta y concentrada."

"No desistes de ese libro, ¿no?"

"Soy terca, y cuando algo se vuelve difícil de entender, ahí es cuando más quiero descubrirlo. Después de nuestra conversación del otro día, volví al inicio y puedo decirte, sin querer parecer pretenciosa, que es fácil conectar cada capítulo a lo que estaba pasando en tu vida. La muerte, la pérdida, son cosas imposibles de explicar, sólo existen en primera persona."

"Me gusta la primacía de la primera persona y, al mismo tiempo, me debato en intentos de explicar lo que no puede ser explicado, por la simple razón de que trasciende nuestra capacidad de verbalizar."

La conversación se retoma como si no hubiera pasado una semana desde la última vez que hablamos, y como si nada hubiera ocurrido entre nosotras.

"¿Ya perdiste a alguien?" La pregunta de Simone es tan simple y directa como inesperada. "No necesitas responder", afirma, probablemente a causa de mi expresión.

"¡Ya!" No digo nada más y por un momento espero para ver qué sigue. Simone se sentó en el banco, no agarró el libro que está a su lado, ni el bloc de notas. Mira alternadamente hacia mí y hacia la línea del horizonte, enrollando algunos mechones de cabello entre los dedos.

"¿Quieres saber esa historia?", pregunto, cuando el silencio ya pesa demasiado.

"Quiero." Afirma categóricamente quitándose los lentes.

"No es una historia bonita, ni erótica, es sólo una historia triste."

"¿Una historia del medio?"

"No, esta es la historia del inicio." No me siento preparada para nada de esto. Es verdad que vine aquí para encontrarla, pero el objetivo era hablar sobre el Proyecto y, quién sabe, convencerla de encontrarse con Francesca. ¿Cómo llegamos aquí?

"Cuando me contaste el otro día sobre la muerte de Lisa, escuché, en las palabras que no dijiste, el dolor de la pérdida. El vacío, la desesperación causada por la ausencia, es lo más difícil de aceptar. Mientras hablabas, revisé mi dolor, un dolor que el tiempo se encargó de minimizar, pero aun así no se extinguió. ¿Quieres pasear? Creo que no consigo contarte esa historia si nos quedamos aquí sentadas."

Arreglamos rápidamente las cosas y comenzamos a caminar, esta vez en dirección al portón de salida.

"Leo fue mi primera pasión. Nos conocimos en una fiesta. Estaba casada, tenía dos hijas pequeñas y casi diez años más que yo. Leo era una mujer cautivante, psiquiatra, trabajaba en el hospital central de Milán. Era ese tipo de persona que llena una sala, suficientemente discreta para no imponer su presencia y tan fascinante que se volvía imposible ignorarla. Ese día comenzamos a conversar e intercambiamos teléfonos. Durante semanas, nos fuimos encontrando, un café, un almuerzo, un paseo al final de la tarde. Las cosas fueron pasando y terminamos involucrándonos. Yo me enamoré perdidamente y creí que ella también estaba enamorada. Vivimos un amor prohibido, escondido de todos, por casi dos años. Mientras tanto, terminé la facultad, empecé a trabajar en la Universidad y la presioné por una decisión. En menos de dos meses ella se fue de casa, alquiló un apartamento y me invitó a vivir con ella y las niñas. De un día para el otro, yo estaba casada y con dos hijas, era más de lo que jamás había soñado."

Paramos en la puerta de *The Factory* y aprovecho para interrumpir: "¿No tienes hambre? ¿Qué tal una pizza antes de subir?"

El restaurante es pequeño, pero muy agradable. Pedimos la comida e iniciamos una nueva conversación, esta vez sobre el programa de doctorado. Ella me habla apasionadamente sobre uno de los proyectos en marcha y el texto que está escribiendo.

Las horas pasan sin que nos demos cuenta, hasta que es casi hora de que el restaurante cierre.

"¿Vamos a mi casa? Ofrezco la misma terraza de siempre, eso si no te importa, después de lo que pasó la semana pasada...", deja la frase suspendida, mostrando que sabe que tenemos un asunto pendiente.

No es el momento de hablar sobre lo que pasó, pienso.

"Tienes que contarme el resto de la historia, no quise sacar el tema durante la cena, pero quiero saber más."

"Cierto...", digo suspirando profundamente, "...no conozco ningún lugar más adecuado para contar historias que tu terraza."

Sentadas en las mismas sillas, como si fuera una repetición, yo con un vaso de agua y ella con un vaso de gin, retomo desde el punto donde paré: "Vivimos juntas casi tres años. Me volví 'madre' de sus hijas y me entregué por completo. En cierto punto comencé a pensar que podríamos tener un hijo más, yo adoraba a las niñas y me gustaría embarazarme. Leo parecía entusiasmada con la idea, hicimos planes, evaluamos opciones, pero, visto a la distancia, estoy convencida de que ella nunca quiso. En la época no me di cuenta, estaba tan enamorada, tan absorta, que no me percaté." "¿Cómo así, no te diste cuenta? ¿Ella no quería tener más hijos?", interrumpe Simone, que sigue atentamente mis palabras.

"No, no me di cuenta de que en algún punto del camino ella debe haberse alejado. Un día, cerca de Navidad, Leo me invitó a cenar. Lo que comenzó como un encuentro de ensueño se

transformó en una pesadilla. Al final de la comida, sin justificaciones o disculpas, me informó que estaba embarazada. Estaba embarazada del ex-marido e iba a volver a casa, o mejor dicho, a la casa de él, ella y las niñas." Siento un nudo en la garganta y bebo el agua toda de una vez. Miro a Simone, que no se mueve, encarándome inmóvil. "Se fue de casa algunos días después. Las niñas se despidieron, sin entender lo que estaba pasando, con la promesa de visitarme toda la semana, claro que nunca pasó."

Simone suelta el vaso, se levanta y agarra mi mano, conduciéndome hacia adentro. Con las luces apagadas no consigo ver dónde estoy. Siento la pared en mi espalda y su cuerpo frente al mío. Suelta mi mano y coloca los brazos alrededor de mi cuello, dejando los labios tan cerca que siento el calor del aire que respira. No sé qué hacer, pero ella toma la iniciativa y recorre el espacio entre nosotras, rozando sus labios con los míos. No llega a ser un beso, es un toque de labios. Su boca cambia de dirección y roza mi cuello, junto a la oreja. En el momento en que toca el piercing con los dientes, haciendo un sonido metálico, sus manos recorren mi espalda. Levanto los brazos, y la jalo hacia mí. Simone esconde el rostro en mi cuello y vuelve inaccesible el acceso a su boca. Nuestros cuerpos están pegados. De forma inesperada, pero totalmente previsible, Simone quiebra el momento, se aleja, me mira en la oscuridad de la sala y, sin decir nada, me deja sola, entrando al cuarto.

Voy detrás de ella. "No hagas eso."

Acostada en la cama, escucho su voz ahogada por la almohada: "Sal, tienes que salir, por favor." Corro hacia afuera del cuarto, agarro la chaqueta que quedó tirada en el sofá y, sin mirar hacia atrás, salgo dando un portazo.

Capítulo 13

Coraje

Simone

El eco de la puerta golpeando resuena en mi cabeza. Sin más alternativas, intento dormir. Claro que no lo consigo. Me pongo boca abajo, cierro los ojos e intento concentrarme en la imagen de Lisa. Coloco una de mis manos entre las piernas y hago lo que me acostumbré a hacer durante todos estos años. En vano, no lo logro. Me levanto de un salto, voy al baño y, sin dar tiempo a que el agua se caliente, entro a la ducha.

Miro el reloj en la mesa de noche, pasó más de media hora desde la última vez que vi la hora, y sin embargo sólo pasé dos páginas. Pienso en llamarla, tal vez aún no esté durmiendo, ¿y voy a decir qué? Coraje para tomar decisiones nunca me faltó, pero un día, de aquí a mucho tiempo, estoy segura de que voy a decir que esta fue una de las decisiones que más coraje exigió de mí.

Salgo de la cama, me pongo el pantalón y la blusa que quedaron en la silla, me calzo las zapatillas y salgo, sólo con la llave de casa en el bolsillo.

Es casi la una de la mañana, no se ve a nadie en los pasillos del edificio. A pasos rápidos, bajo tres pisos por la escalera y me detengo frente a su puerta. Golpeo con los nudillos en la madera, el sonido del timbre me parece demasiado intruso. No se escucha nada, tal vez ya esté durmiendo. Insisto y golpeo de nuevo, esta vez con un poco más de fuerza. Nada. Cuando me preparo para dar media vuelta y desistir, la puerta se abre.

"¿¡Simone!?"

Nicola está del otro lado con un aire atónito. Viste sólo un short y una camiseta y, por su expresión, no esperaba verme.

"¿Puedo entrar?", pregunto, como si estar aquí no fuera más que 'normal'. Nicola mantiene la puerta entreabierta y no da señal de querer dejarme pasar.

"¿Ahora?"

"¡Sí, ahora!"

Como ella no sale del frente, doy un paso adelante, forzando el paso. El espacio está iluminado sólo por la tenue luz del televisor, encendido, sin sonido. La cama deshecha muestra que ella estaba acostada. Cuando mis ojos se acostumbran a la falta de luz, veo el pantalón de cuero y la camisa tirados en el piso. La cama, que sirve de sofá durante el día, tiene un edredón azul oscuro medio estirado, medio doblado hacia atrás, dejando ver la sábana blanca. Me acerco más, hasta porque no hay muchos otros lugares donde puedo sentarme. Escondido por el edredón, pero lo suficientemente a la vista, un objeto que no deja duda. Lo que queda de mi compostura se desmorona en el mismo instante.

"¡Acuéstate!", ordeno, en un tono desajustado para quien acaba de llegar.

Nicola no responde y, en el completo silencio que mantiene desde que me dejó entrar, se acuesta en la cama y jala el edredón, quedando totalmente cubierta. Me siento a su lado. Con una mano la descubro, volviendo a admirarla en su ajustada camiseta. Tiene los ojos cerrados y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, como quien espera por los acontecimientos. Coloco la mano en medio de sus muslos y presiono con fuerza contra la tela fina. Nicola suelta un gemido.

"Abre los ojos, mírame", digo, sin darle margen para contradecirme.

El azul está más oscuro y las pupilas dilatadas. Evito pensar, con miedo de perderme. Me concentro en ella, y queda cada vez más claro el plan para esta noche.

"Agarra eso ahí, a tu lado, y úsalo. Haz de cuenta que no estoy aquí."

Nicola parpadea y frunce el ceño. Por un momento no se mueve, y pienso que fui demasiado

lejos, pero luego ella se sienta, se quita la camisa y el short, quedando desnuda sobre la sábana. No logro desviar la mirada de su mano. Ella se acaricia y lentamente va bajando. El cuerpo oscila y la cadera se balancea, acompañando el ritmo. Percibo que tiene dificultad en mantener los ojos abiertos y murmura algo que no logro entender.

Totalmente vestida, con el pantalón y la blusa con que entré, me acuesto a su lado, aprisionando una de sus piernas entre las mías. Nicola agarra el objeto a su lado, haciendo cuestión de que yo logre observar. Su cuerpo se estremece. Tengo dificultad en controlarme y siento que mi orgasmo es inminente.

En un movimiento inesperado, Nicola arroja el juguete lejos, y dice: "¡Te necesito a ti!", "¡Por favor, haz lo que tienes que hacer!"

Sus palabras penetran mi cuerpo de tal forma que, por algunos segundos no logro respirar.

Sin preliminares, mantengo una cadencia lenta.

"Por favor..., Simone."

Ella no se contiene y sus músculos se contraen en ondas de placer que la hacen gritar. Me inclino y la beso con ternura.

Nos quedamos acostadas, ella completamente desnuda, yo totalmente vestida. El televisor continúa encendido.

"¿Nunca más la viste?", pregunto, como si esta conversación no hubiera sido interrumpida hace horas.

"No, ni a ella ni a las niñas."

"¿Qué edad tienen ahora?"

"La mayor tiene doce y la pequeña debe tener diez, el bebé debe estar con cuatro..., nunca lo vi."

"¿Nunca quisiste volver a hablar con ella?"

"¿Con quién? ¿Con Leo?", pregunta frunciendo el ceño. "Leo no es alguien con quien se pueda 'hablar'. Cuando la conocí, yo estaba en el tercer año, vivía en un estudio cerca de la Universidad y tenía una novia. Leo no se quedó tranquila hasta que dejé de hablar con ella. Era posesiva, incluso antes de dejar al marido, teníamos muchas discusiones la mayoría de las veces por pensar que yo estaba interesada en otras personas. Me alejé de quien ella quiso y quedé rehén de nuestra relación. Cuando ella se separó y quiso vivir conmigo, me dio motivos para creer que mi elección era la correcta. Cuando me dejó, cuando se embarazó, el piso se me movió..."

"¿Era abusiva?", pregunto, entre el miedo y la incredulidad. La Nicola que conozco, con su sonrisa, la eterna chaqueta de cuero, no encaja en esa descripción.

"No lo sé. Gio no tendría dudas en decirte que sí..." Nicola hace una pausa e intervengo.

"¿Giovanna la conocía?"

"La conocía. Si no fuera por Gio, no habría sobrevivido", dice con total certeza.

"Si preguntas si era violenta, físicamente no, en las palabras, bastante. Vamos a hablar de otra cosa."

"Claro...", respondo, sin decir nada más.

Pero, al fin y al cabo, es ella quien no cambia de tema. Apaga el televisor, volviendo a acostarse a mi lado, cubierta por el edredón.

"Cuando Leo entró en mi vida fue como si un huracán entrara en medio de la calma. Hizo lo que quiso conmigo. No voy a decirte que haya hecho algo contra mi voluntad, no, nunca."

Inmersa en la oscuridad, acaricio su cabello. Poco a poco, su respiración se vuelve más regular y profunda. Se durmió.

Son casi las seis de la tarde cuando me levanto de la silla donde estoy sentada desde la mañana y, hoy, al contrario de las últimas semanas, conseguí escribir. Si puedo continuar a este ritmo, termino el texto hasta mañana.

--

Hago el camino hasta la casa de la madre de Lisa, que abre la puerta y me extiende los brazos: "¿Cómo estás, Simone? Te extrañábamos."

Entro en la sala que conozco tan bien y mis ojos se fijan en las varias fotografías de Lisa dispuestas sobre el aparador.

"También los estaba extrañando muchísimo. El inicio del año lectivo consume mucha energía. Quería haber venido la semana pasada, pero no lo logré. ¿Y Henry? ¿Dónde está?"

"Afuera, ya preguntó por ti."

La madre de Lisa me lleva hasta la cocina, donde el olor a queso y champiñones deja adivinar lo que será la cena. Cenamos tantas veces en esta cocina, venir aquí me provoca una mezcla de emociones contradictorias.

Después de poner la conversación al día me siento en el sofá, con una de mis fotos preferidas entre los dedos. Lisa, con cerca de veinte años, corriendo en la playa, con los ojos color de mar, el cabello al viento y una sonrisa más grande que el propio sol. Escucho el ruido de la puerta de la cocina abriéndose y cerrándose y la voz del padre de Lisa. Pocos instantes después, él se sienta en el sofá a mi lado, con una botella de cerveza en la mano y otra que me extiende.

"Estoy exhausto, ¿qué haríamos nosotros si pudiéramos tener la energía de los niños?" Suelta una carcajada y en ella reconozco la risa de Lisa. "Y tú, ¿cómo estás?"

"Bien", respondo automáticamente, acomodando los lentes en la nariz.

"Simone querida, sabes que te quiero como a una hija, y no estás bien. No estás bien hoy, ni ayer, ni en los últimos tres años. Soy testigo de lo feliz que Lisa fue contigo. Ella no habría querido tener otra vida u otra mujer, eras tú! Eras tú, la persona que ella amaba por encima de todo..."

"Yo la amaba tanto..."

Él no me deja hablar e interrumpe: "...no tengo dudas de cuánto la querías, pero sé que a ella no le gustaría nada de esto y que nunca nos perdonaría si no hiciéramos algo para ayudarte."

Me doy cuenta de que la madre de Lisa, silenciosamente, se unió a nosotros.

"Él tiene razón, Simone", dice bajito, pero luego continúa con más convicción, "Tienes que seguir con tu vida. Entiendo lo difícil que puede ser, pero tienes esa obligación contigo misma y con ella."

"Ustedes no entienden..., yo amo a Lisa."

"Lisa murió...", dice el padre de una manera tan definitiva que mis ojos se llenan de lágrimas, "...y tú estás viva, tienes el deber de intentar ser feliz."

La madre de ella se sienta a mi lado y me entrega un sobre. "¡Toma! Pocos días antes de morir, Lisa me dio esta carta. Pidió que la leyera y guardara, diciendo que sólo te la entregara si después de un año tú aún no hubieras seguido adelante con tu vida. El tiempo pasó, y yo misma no estaba en condiciones de seguir con la mía, ¿cómo podría exigirte eso a ti? Por eso, resolví no entregártela, la dejé guardada y fui esperando que el tiempo ayudara a resolver. El tiempo no resuelve, pero ameniza el dolor, suaviza las emociones... Este verano, cuando estábamos en la casa de playa, decidí que había llegado la hora, por eso aquí está.", dice mientras me extiende un sobre blanco con mi nombre escrito por la letra de Lisa.

Mis manos tiemblan tanto que casi lo dejo caer. Rápidamente guardo el sobre en el bolsillo trasero del pantalón y sonrío, en un gesto que muestra mi agradecimiento. Sé que sólo voy a poder leer cuando esté sola, hasta entonces me queda el consuelo de saber que tengo conmigo

algo que ella hizo para mí... una de las últimas cosas.

Instalada en la cocina de Carmen, tomo desayuno de domingo. Me levanté temprano y me invité como en otros tiempos. Sam y las niñas comieron rápido y salieron.

"Ahora que somos sólo nosotras dos, ¿me vas a decir qué te trae en esta visita inesperada?", pregunta Carmen, sosteniendo la taza en una mano y la tostada en la otra.

"Tuve ganas de estar contigo... ayer cené con los padres de Lisa." Digo simplemente, no mencionando la noche con Nicola ni la carta.

"¿Cómo están ellos?"

"Bien. Cambiando de tema, no me contaste nada sobre el congreso, ¿cómo estuvo?", pregunto mientras revuelvo el café en un gesto automático.

Capítulo 14

Tengo que saber, y tú tienes que contarlo

Carmen

Bebo el resto de mi café con leche, y me levanto para buscar agua, ganando tiempo antes de responder. Desde el viernes recibí decenas de mensajes de Emily. Sé que debería conversar con ella. Pero ¿decir qué? Por la pregunta, deduzco que Nicola no haya compartido nada de nuestra conversación en *The Machine*.

Simone reacciona a mi silencio con más preguntas: "¿No dices nada? ¿Pasó algo? ¿Fue la hija de los Martínez?"

"Ella no es 'la hija de los Martínez', tiene nombre, ¡Emily!", la respuesta sale disparada, sin lograr amenizar el tono.

"¡Wow! ¿Qué pasó?" Simone apoya la taza en la mesa y me mira, intentando entender qué está sucediendo.

"¡Disculpa!"

Recordando otros tiempos y otras conversaciones, Simone se levanta, agarra mi mano y me lleva a mi propio cuarto, cerrando la puerta.

"¿Me vas a contar qué pasó?", dice en una mezcla de pregunta y orden.

"La conocí mejor, es una persona adorable."

"¿Adorable? Es una interna."

"Nos involucramos..."

"¿Cómo así? ¿Qué quieres decir con eso?"

"¿Quieres que sea explícita? Bailamos, nos besamos y..."

"¿Y...?"

"Y todo."

"¿Te acostaste con ella?", la voz de Simone no esconde ni la sorpresa, ni la crítica.

"No exactamente."

"Por favor, Carmen, ¿vas a empezar con eufemismos ahora?"

Siempre nos contamos todo, o casi todo, pienso recordando la noche que pasé con Lisa en Cabo Verde.

"Tienes razón." Me enderezo en la cama y esbozo una sonrisa, pienso en Emily y dejo que el entusiasmo se apodere, "¡Fue maravilloso! El deseo era tanto, ella me arrinconó contra la pared, y no se necesitó nada más."

"¿Y después?"

"Después nada. No hablamos sobre lo que pasó y desde que volvimos aún no nos vimos."

"¿Estás enamorada de ella?", me pregunta en un tono que denota cierto sarcasmo.

"No lo sé, ¿por qué? ¿No lo crees posible?", cuestiono.

Simone responde de forma asertiva: "¿Cómo que posible? Claro que es posible, pero no es probable. Puedo entender que no estés bien, pero de ahí a tirar todo por la borda por una chica."

"Puedes parar, por favor, ella no es una chica, es una mujer."

"No logro entender qué puedes ver en ella, ¿y Sam?" Simone se va incomodando cada vez más con la conversación, no esperaba que reaccionara así. "Termina esa historia antes de que te haga mal, habla con ella, di que fue sólo una noche por la distancia y nada más."

--

Nos encontramos en un bar en el centro de la ciudad. El espacio está casi vacío, sólo algunas parejas repartidas por la sala conversando y escuchando música mientras beben un aperitivo

antes de la cena. Emily ya está en una de las mesas. Cuando entro, ella se levanta y cuando voy a saludar, gira la cabeza y roza sus labios con los míos.

"¡Te extrañaba!", exclama, volviendo a sentarse.

Whisky, no logro tener esa conversación bebiendo agua. "Emily..."

Sin dejarme decir nada más, ella me interrumpe: "No hables en ese tono, por favor, no digas que no es posible, que no puede pasar. ¡Ya pasó! Y lo que siento no sólo es posible, sino que es maravilloso. Entonces, Carmen, por favor, no uses ese tono."

Ella tiene razón, eran esas mismas palabras que yo iba a decir. Doy varios sorbos al vaso que mientras tanto pusieron frente a mí, y no digo nada.

"Puedes pensar que es extraño, o incluso imposible, pero lo que siento por ti no se agota en una noche, no lo estaba esperando, pero no pude evitarlo. Sé que estás casada, y no sientes nada por mí."

Finalmente creo coraje para interrumpirla: "Ojalá fuera así. Si no sintiera nada por ti, todo sería más simple. Una noche, en un lugar lejano, nos quedábamos con un recuerdo y seguíamos adelante", paro de hablar y ella agarra mi mano entre las suyas. No hago ningún movimiento para retirarla. "No me preguntes qué siento, pero es lo suficientemente fuerte para haber dejado que pasara lo que pasó y para que eso no sea algo que quiero enterrar en el pasado. No sabes nada sobre mí, y yo también sé muy poco sobre ti, no quiero que te sientas mínimamente obligada a nada..."

"Carmen, por favor, volviste al tono inicial. No soy una niña, y sin querer parecer pretenciosa, en estos asuntos tengo más experiencia que tú. Ya te dije, para mí no eres una conquista de una noche, si quieres puedo pedir una cancelación de las prácticas y volver a mi servicio. Creo que nadie pondría objeciones, ni haría muchas preguntas, tú sigues con tu vida, tienes a Samuel, a las niñas..."

"¿Y eso es lo que quieres?", pregunto, frunciendo el ceño.

Emily se mueve en el sofá hasta juntar su cuerpo con el mío, y sin responder, pasa los brazos alrededor de mi cuello y me besa. Sentir su sabor, el toque de su lengua, me transporta inmediatamente al placer que sentí.

"¿Respondí tu pregunta?", cuestiona, con ironía.

"No sé qué puede pasar entre nosotras, pero sé que necesito tener una conversación con Samuel."

"¿Estás segura?"

"Estoy. Tienes que darme un tiempo, y creer que sé lo que estoy haciendo.", digo sin total convicción en mis propias palabras.

--

Entro a casa y todos ya cenaron. Cuando avisé que iba a salir, Samuel no hizo preguntas, se limitó a querer saber a qué hora volvía.

"Tenemos que hablar", digo apoyando la cartera en el sofá y sentándome frente a él. "No quiero hablar aquí, ¿podemos bajar a *The Machine*?" No es la invitación ideal, pero no quiero que las niñas puedan escuchar nada de lo que tengo que decir.

"¿Quieres salir de casa ahora? ¿Y dejarlas aquí solas de noche?"

"Magie ya tiene casi dieciséis años, y ni vamos a salir del edificio, vamos sólo ahí abajo."

Mis argumentos son suficientes para convencerlo.

Samuel tiene un vaso de cerveza en la mano, la frente fruncida y el rostro cerrado y me mira en busca de respuestas. Desde que salimos de casa no dije nada.

"Sam..., no hay manera fácil de decir lo que necesito contarte."

Antes de que tenga tiempo de continuar, él me interrumpe: "No necesitas decir nada. Nos

conocemos hace tanto tiempo, una vida entera, somos felices. Lo que sea que haya pasado, no tiene importancia, pasa..."

"¡Para Samuel, por favor para!", digo, sintiendo las lágrimas en los ojos. "Déjame hablar, no va a pasar, porque no estamos bien, y no estamos bien hace mucho tiempo. Tú lo sabes y yo también, pero fuimos demasiado comodistas para cambiar cualquier cosa. Resolviste tu parte del problema cuando decidiste ir a Inglaterra. ¿Nunca te preguntaste por qué yo no me oponía? ¿Nunca te preguntaste lo que yo realmente pensaba de todo eso? Claro que sí, eres una de las personas más inteligentes que conozco, y sé que en el fondo sabes que no estamos bien. Tal vez Londres podría ser la distancia necesaria..."

Sam apoya el vaso sobre la mesa y permanece callado, sin mirarme. Cuando levanta la cabeza, veo una lágrima escurriendo por su rostro. Él agarra mi mano, traga saliva, intenta hablar, pero las palabras no salen. Finalmente dice: "No quiero perderte."

"Nunca me vas a perder, primero porque tenemos dos hijas y después porque eres mi mejor amigo. Pero, vamos a tener que ser capaces de hacer esto juntos y no va a ser fácil."

Durante largos minutos dejamos que la conversación se enfríe. Hablamos de Magie y sus proyectos de futuro, cada vez más adultos, pero, inevitablemente, volvemos al tema.

"¿Qué pasó Carmen, por qué hoy?"

"Dijiste que no querías saber", digo estúpidamente, intentando sólo encontrar las palabras para lo que voy a decir a continuación.

"Y no quiero, pero necesito saber, y tú necesitas contármelo. Si queremos tener alguna chance de seguir siendo amigos, no podemos tener secretos."

"Tienes razón", no sé por dónde empezar. Cuando diga algo no habrá vuelta atrás. "Estuve con una persona en el congreso. Salimos a cenar, una cosa llevó a la otra, y terminó pasando. Sam, durante todos estos años, nunca me interesé por nadie, nunca siquiera consideré esa posibilidad, y, de repente..."

"¿Quién?"

"No importa..."

"¿Emily?"

¿Cómo es posible que él lo sepa? La pregunta me deja completamente aturdida.

"Es ella, ¿no? Ni necesitas responder, tu cara lo dice todo. Ten cuidado, vas a enfrentar más obstáculos de los que imaginas."

"¿Por qué?"

"¿Por qué qué?", él me cuestiona, como si no me debiera una explicación después de lo que acaba de decir.

"¿Cómo lo sabes?"

"No me equivoco, ¿verdad?"

"No."

"No fue difícil darse cuenta, el otro día, después de que ella empezó a asistir a tus consultas, llegaste muy tarde del hospital, con una excusa descabellada. Esta semana, uno de los organizadores que consiguió las inscripciones para el congreso, me encontró en el pasillo y preguntó si te estaba gustando, mencionó que habías pedido una inscripción de última hora para ella y se disculpó, por la molestia de que ella tuviera que compartir el apartamento contigo ya que no habían logrado reservar otro cuarto, uní los puntos, recordé a Lisa..."

"¿Qué tiene que ver Lisa?"

"En una de las últimas conversaciones que tuvimos, Lisa me contó lo que pasó en Cabo Verde. Ella tenía miedo de haberte lastimado, y nunca haber abierto la puerta para que ustedes

conversaran sobre lo que pasó. Creo que quiso protegerte de cargar ese secreto sola, pero por tu sorpresa deduzco que no tuvo tiempo de hablar contigo. Cuando ella murió pensé que el asunto también debía ser enterrado, no había nada más que decir, ya habían pasado más de quince años."

Samuel parece mucho más sereno de lo que yo podría prever, como si estuviera esperando por esa conversación y estuviera aliviado de que el momento, finalmente, hubiera llegado.

"¿Estás enamorada?", él me pregunta, vaciando el resto del vaso. La exacta misma pregunta que Simone me hizo.

"No lo sé."

"Ve con cuidado, por ti, por las niñas, y hasta por ella."

**

Después de una noche mal dormida, entro a The Machine y me toma un tiempo acostumbrarme a la poca luz del interior. Miro alrededor buscando ver a Nicola, pero las mesas están casi todas vacías. Me siento en el lugar donde solemos tomar desayuno en mis días libres. Hoy no logro más que beber un cappuccino. Revuelvo la espuma de la leche y juego con la cuchara entre los dedos, cuando escucho su acento a mis espaldas: "¿Por aquí, un lunes?"

Me giro, y sonrío, o por lo menos, lo intento. "No fui a trabajar, inventé un dolor de cabeza y desmarqué todo, hasta la consulta."

Nicola se sienta y parece realmente preocupada: "¿Estás enferma? ¿Pasó algo? ¿Las niñas?"

"Las niñas están genial, al menos por ahora..."

"¿Estuviste con Emily? ¿Hablaste con Samuel? Anoche vine aquí con Ruth a tomar una cerveza antes de ir a casa, y los vi, estabas tan absorta en la conversación que ni te diste cuenta de nosotras, y decidí no interrumpir."

"Sí." Hablo a trompicones, sin lograr dar sentido a las palabras que profiero. Nicola es una excelente oyente, y me permite el lujo del tiempo, no presionándome a continuar. Respiro hondo, tragando todo el aire que consigo, como si necesitara oxígeno para sumergirme.

"Me encontré con ella ayer por la tarde, y después, por la noche, conversé con Samuel, no quise hablar con él en casa, tuve miedo de que las niñas escucharan algo. No se necesitó casi nada, así que empecé a hablar, él adivinó todo lo que tenía para decir, incluso 'quién'."

"¿Y reaccionó mal?"

"Sam nunca reacciona mal a nada, se sorprendió, pero se ajustó y terminó siendo él quien me dio consejos. No lo dijo, pero estoy convencida de que va a aprovechar para irse antes a Londres. Anoche cuando subimos, tomé una pastilla para dormir y le pedí que avisara en el hospital que hoy no iba a trabajar."

"¿Y Emily?"

Durante más de media hora describo mi encuentro con Emily. Nicola interrumpe con algunas preguntas, y va, ella misma, levantando posibilidades. "Tal vez que ella desista de las prácticas no sea una mala opción", dice.

"No es justo, ella necesita las prácticas para completar la residencia, no puedo ser la causa..."

"Para, Carmen, para. Concuerdo con ella, no la trates como una niña que no sabe tomar sus propias decisiones. Si ustedes deciden intentarlo, van a tener que luchar contra tantas cosas, que no creo prudente que trabajen juntas, tus hijas, los padres de ella...", Nicola para de hablar, por un momento parece estar sopesando todo lo que puede pasar, y, de la nada, pregunta: "¿Hablaste con Simone?"

Me sorprende la pregunta: "¿Con Simone?"

Capítulo 15

Sé que no puedo volver, pero no sé si consigo quedarme

Nicola

"Sí, ¿hablaste con ella?", insisto mirando a Carmen. "

Hablé, pensé que iba a entender y ayudarme a pensar, error mío. Fue dura y crítica. No sé qué está pasando, ella nunca fue la más tolerante, pero, vaya, no esperaba esa reacción." Carmen suspira, bebe el resto del cappuccino, se recuesta en la silla, y cambia la expresión antes de continuar. "Sabes, en medio de todo esto, todavía no te conté una cosa, hablé con Simone porque ayer apareció allá en casa para desayunar, como era costumbre cuando vivía con Lisa. Lo encontré extraño..."

Durante la pausa que Carmen hace, pienso en mi noche con Simone, ¿será que comentó algo? No necesito hacer muchas conjeturas, ya que Carmen continúa casi inmediatamente: "Quería contarme que había cenado con los padres de Lisa, después yo empecé a hablar sobre Emily."

No logro contenerme e interrumpo: "¿No dijo nada más?"

"No, ¿por qué? ¿Había algo más que decir?"

"Disculpa, un minuto, déjame ir a buscar agua." Me levanto sin dar ninguna respuesta. No suelo hablar de mi vida personal, pero siento que voy a explotar si no lo comparto con nadie. Gio y Francesca están demasiado lejos, Carmen está aquí. Vuelvo a la mesa, con la botella en la mano.

"¿Pasó algo más?", ella pregunta de nuevo, mirándome desconfiada.

Jalo la silla más cerca de la mesa, y abro la botella, antes de continuar, "No sé si debería hablar sobre esto, es más sé que no..."

"Vamos, Nicola, ¿qué está pasando? Conozco a Simone hace más de veinte años, difícilmente va a sorprenderme."

"Nos encontramos en el parque el viernes, cenamos aquí en la pizzería y después fuimos a su casa. Parecía que todo estaba yendo bien, muy bien, si es que me entiendes."

Carmen sonríe, y yo continúo, "... pero, de repente ella dice que 'no puede'. Salí furiosa conmigo misma por haber dejado que pasara de nuevo."

"Sé que es difícil, pero ella no estuvo con nadie después de la muerte de Lisa."

"Entiendo eso, pero ella no habla al respecto, ni deja que me acerque, simplemente va avanzando y de repente para, como si fuera sólo ella. Alrededor de la una de la mañana ella golpeó mi puerta..."

"¿Simone, fue a tu casa? ¿A la una de la mañana?", Carmen tiene la incredulidad reflejada en el rostro. Al mirarla me doy cuenta de cuán extraordinaria debe haber sido esa visita.

"Sí. No voy a describir lo que pasó, pero puedo decir que ella vino con un plan y lo cumplió. Tengo miedo de nunca ser más que eso, ella no me deja acercarme, ni física, ni emocionalmente. Se aproxima, actúa como quiere, y se va, yo no quiero nada de eso, conozco ese tipo de situación demasiado bien."

Apoyo el codo en la mesa y sostengo la cabeza con la mano. Recuerdos de Leo pasan por mi mente. Recuerdo las tantas y tantas veces que ella vino a verme de madrugada, muchas de ellas después de haber estado con el marido. Llegaba a mi casa, entraba en mi cama y juraba que yo era la pasión de su vida. Sin pedir permiso, me llevaba al éxtasis más absoluto. Me tenía por entera, pero nunca se entregaba, al menos no completamente. Carmen permanece callada y yo continúo: "No quiero ese tipo de relación, es destructivo."

"No sé si logro entender exactamente lo que quieres decir, pero conozco a Simone lo suficiente para saber cuánto puede ser autocentrada, a veces por egoísmo, otras simplemente por miedo."

Lisa conversó mucho conmigo sobre la relación de ellas, ella estaba enamorada de Simone, pero demoró meses hasta conseguir que Simone se entregara. Al principio, recuerdo escuchar a Lisa desesperada porque no lograba acercarse, pensaba que el defecto era de ella, que Simone no la amaba lo suficiente. Un día, bastante más tarde, me confidenció que las cosas habían cambiado completamente, creo que Simone es así en todo, no sólo en el amor, el día que se entrega, se rinde por entero. Creo que la cuestión que tienes que responder para ti misma es si vale la pena esperar."

"Sinceramente..., no sé si soy capaz."

Carmen respira hondo, percibo que ella se ausentó de ese asunto y volvió a pensar en Emily.

"No sé cómo voy a hacer en el hospital, o cómo voy a lograr estar con los padres de ella el miércoles", dice bajito, casi para sí misma.

Paso la mañana en la facultad intentando entender por dónde empezar. Casi a la hora del almuerzo, comienza la reunión del doctorado. Las inscripciones llenaron de tal forma que muchos candidatos quedaron fuera, por ahora es una primera victoria, y merece la celebración de todos los presentes, Simone incluida.

"Está fantástico Nicola, en tan poco tiempo, organizaste un plan estupendo, felicidades.", dice un colega.

Agradezco, y siento que me pongo roja, percibiendo que Simone tiene los ojos fijos en mí.

El colega continúa hablando, y aunque pierdo las primeras palabras de él, agarro la frase a tiempo: "..., después de discutir mucho, y ver alternativas internas, concluimos que tú eres la persona indicada. La disciplina que te estaba hablando explora el pensamiento femenino en la interpretación de la naturaleza y la ciencia, podrías articular con Spinoza y desarrollar a partir de ahí, ¿qué opinas?"

Me sorprendo con la invitación, aún ni empecé, y ya asumen que soy capaz de hacer más, debe ser una buena señal. Inmediatamente comienzo a hacer cuentas intentando entender dónde encaja la disciplina.

"Gracias. Disculpa, no sé si dijiste y yo no escuché, ¿pero cuándo sería esa disciplina?"

"Es en el segundo semestre. Entre febrero y mayo. Sé que está previsto que te quedes aquí sólo hasta fines de enero, pero podemos extender el intercambio. Aunque Eric quiera volver, articulamos todo para tenerte aquí un semestre más. Ya conversé con Simone y, estamos seguros de que no va a haber ningún problema."

El entusiasmo es contagioso y, por un momento, me dejo llevar en los planes de él. Una vida aquí, clases de doctorado, un tema apasionante, Simone..., dura apenas un instante.

"Una vez más gracias. Me encantaría. Pero, realmente necesito volver a Italia a fines de enero."

Él no desiste e insiste en dejar el asunto pendiente, postergando la decisión para más adelante, sin saber que mi retorno es inevitable. Simone no dice una sola palabra, si no fuera por el arquear de cejas cuando digo que voy a tener que partir, parecería que ni estaba siguiendo la conversación.

Almuerzo con Ruth y JP en el bar, que durante las vacaciones, permanece tranquilo. Pasamos el resto de la tarde en el despacho, ellos se reúnen con Simone y yo me concentro en la preparación de las primeras clases. Ruth viene hasta mi mesa, y guiñando el ojo, dice: "Pensé que tal vez podríamos salir."

"Creo que no, dormí poco y hoy en la noche estaba pensando en dormir temprano", respondo, intentando percibir si Simone está escuchando nuestra conversación.

"Prometo que volvemos temprano, por favor, vamos a bailar un poquito, beber una cerveza y

volver." Ruth hace pucheros y yo suelto una carcajada.

--

Son casi las dos de la mañana cuando detengo la moto en el pequeño estacionamiento que queda junto a la puerta de entrada de mi edificio. Dejé a Ruth en su casa y todo lo que deseo es llegar a la cama y dormir. Respiro el aire fresco de la noche y contemplo la Luna, una bola anaranjada, completamente llena. Me detengo un momento y noto que la cobertura tiene las luces encendidas, Simone debe estar despierta.

--

Acostada en mi cama, miro fijamente el techo. No voy a lograr dormir, me levanto, voy hasta la mesa de la cocina y enciendo la computadora.

'Querida Amiga,

Te extraño aquí cerca, necesitaba escuchar tu voz y saber que al final todo estará bien.

Los días van pasando, sin que por eso logre enfocarme en aquello que tengo que hacer.

Hoy estuve en la facultad, las clases comienzan en poco más de una semana, y hay tantas cosas que necesitan ser hechas (...) No me quedé sola con Simone, no sé si fue por casualidad, o si ella está huyendo de mí. Al final, todavía no conseguí hablar con ella sobre el Proyecto.

Hoy en la noche salí con Ruth, aquella colega de la facultad que ya te hablé, fuimos a bailar y recordé las noches de Roma, ¡tú sabes cómo es!

Estoy hablando de muchas cosas y escondiendo lo esencial..., hace muchos años, combinamos siempre decir la verdad, por más difícil que sea, y voy a cumplir esa promesa.

¡Dormí con ella! Dejé que pasara..., quise que pasara..., pero sé que es un juego perdido de antemano. Simone juega, provoca, pero no se entrega. Permanece encerrada en su silencio, con un muro de piedra protegiendo su intimidad, mientras invade literalmente la mía. Ya vi esa película antes, y tú también..., sabemos cómo comienza y cómo termina, y, en este momento, más que en cualquier otro de mi vida, sé que no puedo dejar que pase. No voy a decirte que logro alejarme porque no es posible, ella forma parte de todo aquí en la Universidad y, pienso en ella todo el tiempo (...) Necesito tu ayuda, ¡sé que no puedo volver, pero no sé si consigo quedarme!

Chau. Nico.

No marqué la consulta, pero ya elegí al médico, y hasta el final de la semana me encargo de todo.'

**

Para mi gran sorpresa, cuando llego al bar de la Universidad, Simone está sentada sola en una de las mesas.

"¿Puedo sentarme?", pregunto, dando dos besos en su mejilla.

Ninguna de nosotras parece capaz de hablar sobre lo que pasó y la conversación termina yendo hacia el tema fácil: clases.

"¿Pensaste en la propuesta?", ella pregunta sin mirar hacia mí.

"¿Cómo así, en la propuesta?"

"Para el nuevo seminario, tiene todo que ver. Puedes quedarte un semestre más." Es imposible. Tal vez en otras circunstancias, en otro momento, nuestra historia podría haber sido otra.

"No sé, déjame reflexionar un poco", termino respondiendo, incapaz de asumir que tendré que partir. "¿Y tú? ¿Nunca pensaste en trabajar en otro lugar?"

Capítulo 16

Una actuación digna de un Oscar

Simone

La pregunta de Nicola me sorprende, "No, nunca. Cuando terminé la facultad empecé enseguida a dar clases aquí..., hubo un momento en que podría haber pasado, pero terminó no sucediendo. ¿Por qué preguntas?"

Nicola parece dubitativa, como si tuviera algo serio que decir, y no supiera por dónde empezar. "Sabes, Francesca, ya te hablé de ella."

"Sí, claro, ¿qué pasa con ella?"

"Francesca está organizando un nuevo proyecto. Es un proyecto fantástico...", dice entusiasmada, "..., ellas quieren desarrollar una institución capaz de ayudar en la promoción de la educación de las mujeres, de las niñas, de países de Oriente Medio y África."

Nicola habla como si yo pudiera tener un contexto que desconozco completamente. Ellas quieren, ¿quiénes? ¿Qué tiene que ver la Femme Fatale con eso?

"¿Puedes ser más clara? No estoy entendiendo nada."

"Cuando te hablé de la '*Sphere*', me concentré en el glamour de las fiestas, pero la Organización es mucho más que eso. Francesca es una de las personas más influyentes, y muchas iniciativas pasan por ella. En este momento la prioridad se concentró en el tema de la educación, no vamos a conseguir más igualdad, mientras tantas y tantas niñas sigan siendo impedidas de ir a la escuela. Las dificultades son inmensas, a veces creo que es una tarea irrealizable, pero para Francesca nada es imposible. Ella quiere desarrollar una estrategia compleja y actuar en varios frentes. Por un lado, sus aliados en las vías diplomáticas buscan abrir el camino del diálogo en áreas particularmente cerradas, por otro ella quiere desarrollar un plan de educación informal."

"¡Wow!", exclamo asombrada, "¿Estás hablando en serio? Cuando me dijiste que yo no imaginaba las formas en que el mundo giraba, debo confesar que no entendí bien lo que querías decir. Es un plan osado", digo, acomodando los lentes, en un gesto automático.

"Es verdad, es audaz e incluso peligroso. Va contra muchos poderes establecidos."

La idea es tan fascinante que inmediatamente me dejo envolver y empiezo a pensar en voz alta, "Para funcionar, van a tener que sortear el sistema, tiene que ser algo que pueda ponerse en práctica, no a través de la escuela, como la conocemos, sino tal vez a través de las comunidades locales. Creo que es posible una red cooperativa, haciendo que las mujeres se ayuden unas a otras, pasando conocimientos, de una forma tan discreta, que cuando se den cuenta ya sucedió, ahí mismo bajo los ojos del propio régimen."

Me quito los lentes y los limpio con la punta de la blusa. Es tan fantástico que no logro dejar de involucrarme.

Nicola me acompaña con atención, "Tienes razón, yo también creo que tenemos que tener un modelo alternativo y creativo, lo que conocemos no funciona, no sirve de nada insistir..."

"El éxito se basa en, por un lado crear una red lo suficientemente grande, y por otro mantener el sigilo..." Río con mis propias palabras. "No estás siendo muy eficaz en esa parte de mantener el sigilo", comento mirándola.

Nicola se pasa la mano por el cabello como si estuviera despeinado, "Francesca me pidió hablar contigo."

"¿Conmigo, por qué conmigo? ¿De dónde me conoce?", pregunto cambiando el tono, tomada por una infinidad de dudas. El calor me invade y estoy segura de que me ruborizo.

Nicola no cambia su expresión, "Gio te conoce. Conoce bien tu trabajo, creo que tú también la

conoces, ¿no?"

"Claro que sí, todo el mundo conoce a Giovanna Rossi", respondo sin adelantar nada más.

"Entonces, ahí tienes tu respuesta, Gio y Francesca son muy amigas", continúa Nicola.

"¿Amigas cómo?" Cada vez entiendo menos a dónde puede llevar esta conversación.

"No sé, no sé de dónde se conocen, ni qué contornos tiene su amistad. La complicidad entre ellas es obvia, vi eso en el momento en que Gio me presentó a Francesca, es algo que me trasciende, pero a propósito, nunca le pregunté a ninguna de las dos, ni ellas nunca hablaron sobre eso."

Nicola hace una pausa para tomar aliento y aprovecha para beber lo que queda de su café que ya debe estar frío.

Aunque había decidido que no iba a decir nada, no resisto explicar, tal vez incluso para evitar preguntas futuras: "Conocí a Giovanna hace mucho tiempo en un congreso, y fuimos manteniendo contacto, años más tarde ella me invitó a un proyecto sobre dialéctica, fue extraordinario. En cierto punto insistió conmigo para que integrara su equipo en Milán. No podía ir, mi vida era aquí, siempre lo fue. Tuve que rechazar." No voy a dar más detalles, presumo que Giovanna tampoco lo haya hecho.

"Entonces es por eso que Gio te admira tanto. Cuando Francesca empezó a planear este proyecto, hace más de un año, creo que pensaba que sería Gio quien definiría la estrategia de acción. Pero, desde el primer momento, Gio insistió en que la persona adecuada, y la única elección posible, eras tú. El éxito pasa, como tú misma dijiste, por ser disruptivo, por romper el status quo y encontrar nuevas formas de hacer. Cuando te escuché decir, en una de nuestras primeras reuniones, que teníamos que 'pensar juntos', que teníamos que hacer de las dudas el trampolín para las certezas, percibí la convicción de Gio. Francesca quiere hablar personalmente contigo, y me encargó invitarte a ir a Roma."

Ni pensarlo, respondo de inmediato. "¿A Roma? ¿Ella quiere que vaya de aquí a Roma para tener una conversación?" La prepotencia subyacente a la invitación no deja de irritarme. "¿Fue por eso que viniste? ¿Para convencerme de embarcarme en este proyecto... irrealista?"

Nicola no responde, percibe la ironía de las últimas palabras, y se remite al silencio. Durante largos minutos ninguna de nosotras dice nada.

"Y ayer..., ¿la noche estuvo buena?", disparo de la nada, cambiando radicalmente de tema.

"No me parece que tengas derecho a hacer esa pregunta, pero sí, fue genial. Ruth es deslumbrante. Bailamos, conversamos."

"No deberías involucrarte con alumnas." No es fácil esconder mi irritación. Ella parece divertirse, me mira, y hace una mueca con la boca, cubierta de escarnio.

**

Camino a pasos largos hacia la casa de Carmen. La última vez que hablé con ella fue el domingo y la conversación no terminó muy bien. ¿Será que habló con Sam?, considero, mientras bajo la escalera.

Cuando entro, atrasada para no variar, Grace y David ya están sentados. Carmen está pálida, parece enferma, creo que hasta adelgazó.

"¿Estás bien?", indago, mientras la saludo.

"Más o menos", es todo lo que dice, sin darme oportunidad de proseguir.

En la mesa, David baraja y reparte las cartas. Grace parece entusiasmada en la conversación, "Emily está muy contenta, le hizo bien cambiar de hospital. Aquel servicio de neurología donde ella está es muy extraño. Son todos muy jóvenes..."

"Ser joven no es exactamente un defecto", dice Carmen, sin levantar los ojos de las cartas.

"No, no lo es, pero la experiencia, la madurez, son importantes para gestionar un servicio. Y el

director clínico..."

"¿Qué pasa con el director clínico?", pregunta Carmen.

"Me dijeron que vive con un hombre." Grace suspira y continúa jugando, abriendo una sonrisa, no sé si para las cartas, si apreciando su propia maledicencia.

Carmen va jugando, pero percibo que la conversación empieza a irritarla más allá del punto de ebullición.

Grace no parece percibir nada y continúa su discurso, "Mira, Carmen, podrías ayudarme a poner un poco de juicio en la cabeza de Emily. No me escucha, necesita encontrar a alguien, un joven médico, alguien con quien pueda tener un compromiso serio, tal vez casarse."

Miro a Carmen y veo su rostro cambiar de color. Tiene los labios apretados, al punto de parecer una fina línea dibujada.

Ganamos la primera partida y eso es motivo para interrumpir a Grace, y hacer que David nos felicite y retome el tema del torneo. "¿Cuándo es el próximo juego? Son las semifinales, ¿cierto?", pregunta.

"Es verdad, hasta yo empiezo a creer que tenemos algunas chances...", responde Carmen, suavizando el tono.

Pero Grace no parece dispuesta a dejar caer la conversación: "Hablé con ella, ustedes estuvieron en un congreso, ¿no? ¿Qué te pareció, Carmen? Es una chica inteligente, ¿no? Podrías convencerla de hacer las prácticas que faltan en el hospital de ustedes, me gusta saber que está rodeada de buenas personas."

¿Será que Carmen va a explotar? No tengo dudas de que está muy cerca de eso. Tiene el rostro rojo y el cuello cubierto de manchas que reflejan su nivel de furia. Tal vez por eso, demora un tiempo hasta lograr responder. Aprovechando esos segundos, intervengo. Coloco las cartas en la mesa, golpeando la superficie de forma audible, lo que me permite captar la atención de todos.

"Disculpen, no me siento bien, estoy un poco mareada, no sé si fue algo que comí." Teatralmente, alejo la silla y bajo la cabeza, apoyándola en las rodillas.

"¿Necesitas algo?", pregunta Grace, levantándose afligida.

"Debes acostarte, no debes haber comido nada, ¿no?", dice Carmen, en la más perfecta calma.

"Creo que vamos a tener que dejar el juego a medias, tal vez podamos determinar que esta partida quedó empatada", dice irónicamente. "Ven Simone, acuéstate en mi cama, voy a llevar a Grace y David hasta la puerta y ya te llevo un té con azúcar."

"¡Gracias! ¡Digna de un Oscar!", exclama Carmen, entrando al cuarto algunos minutos después, con dos botellas de cerveza.

Suelto una carcajada y le arranco una sonrisa: "¡No hay de qué! Tenía que salvarnos a todos de lo que estaba a punto de pasar, te conozco lo suficiente. ¿Y tú? ¿Hablaste con Emily?"

"Hablé. Y también hablé con Samuel."

"¿Y me vas a contar?"

"No sé si quieres escuchar, no esperaba tu reacción el otro día. Pensé que me ibas a apoyar, que ibas a entender."

"Y entiendo, ¡sólo no me gusta!", digo desde el fondo del corazón.

"No podía esperar, hablé con él el domingo mismo, no lograba dejar pasar ni un minuto más. Lo más extraño fue que después de pocos minutos, él me estaba diciendo que sabía quién era la persona, antes incluso de que yo diera cualquier indicación, cualquier pista, y acertó..., acertó a la primera."

"¿Cómo así? ¿Él adivinó que te habías involucrado con una mujer? ¿Tenía algún motivo para sospechar?" Estoy realmente asombrada, "Te conozco hace tantos años y nunca diría que podrías

sentirte atraída por una mujer, ¿soy yo quien está distraída, o se me escapó algo?", pregunto cambiando de posición y dando un sorbo a la cerveza.

"Ayer fuimos a cenar. Como esperaba, él decidió irse antes a Inglaterra, se va en dos semanas. Gracioso, la forma en que se desconecta..."

"Para un poco", digo poniendo la mano sobre su brazo. "Sé que las cosas no estaban maravillosas entre ustedes, pero..."

"¿Pero qué? ¿Me vas a decir lo mismo que él, que esto es sólo una fase, que es pasajero, que podemos darnos un tiempo e intentarlo de nuevo? ¡Creo que no!" Carmen termina la cerveza y mira fijamente hacia la ventana, perdida en un mar de reflexiones que no comparte.

"¿Qué vas a hacer, ya sabes? ¿Ya hablaste con las niñas?"

"En realidad, no tengo idea. Hablé con Emily el domingo y le pedí un tiempo, ella tiene hoy la audición del concurso, no podía volver a hablar con ella antes de eso."

Miro el reloj y la interrumpo: "¿No estás atrasada para la emergencia?"

"Me tomé la semana entera. No puedo volver al hospital sin antes poner la cabeza en su lugar. Y Nicola, ¿te has encontrado con ella?", pregunta Carmen sin esconder una sonrisa que la delata.

"Casualmente..., desayunamos hoy en la facultad. Llegué temprano, y ella también. Tuvimos una conversación interesante", digo, intentando yo misma organizar las ideas. "Resumiendo la historia, una amiga de ella está organizando una red informal de educación de niñas en países donde se les impide ir a la escuela. Por lo que entendí, están hablando en serio, y a otro nivel, todo es un poco surreal, no sé si entendí bien, pero aparentemente quieren que yo participe. No sé decirte por qué yo, o en qué piensan que yo podría contribuir..."

Capítulo 17

¿Cuándo nos distanciamos?

Carmen

"¿Y?", pregunto curiosa. Después de lo que Nicola me contó, esperaba que Simone me describiera una conversación más íntima, pero siendo así, voy a fingir que no sé nada.

"Entonces, ellas quieren marcar una reunión, quieren que vaya a Roma, a hablar con ellos."

"Qué insólito, ¿y tú? ¿Vas?"

"Claro que no y eso fue lo que le dije a Nicola. Mírame bien, ¿crees que voy a salir de aquí para participar en una misión secreta? Esa persona no soy yo. Pero confieso, desde la mañana no logro pensar en otra cosa."

"¿Por qué no vas sólo para escuchar?"

Como sabe hacerlo tan bien, Simone desvía la conversación y cuando me doy cuenta estamos nuevamente hablando de Emily.

--

Le prometí a Samuel que conversaríamos hoy con las niñas, pero la conversación con Simone se prolongó más de lo que esperaba. Ocupo mi lugar en la mesa de la cena e intento entrar en el tema que gira en torno a los horarios escolares que acaban de salir.

Ya terminamos todos de comer, cuando Samuel toma la delantera e inicia la verdadera conversación de la noche de hoy: "Magie, Bia, tenemos que hablar sobre un asunto importante..."

"¿Qué pasa papá? Me estás asustando, ¿pasó algo?", pregunta Bia, frunciendo el ceño con la misma expresión que Sam hace cuando se preocupa.

"Voy a tener que ir antes a Inglaterra", dice manteniendo la voz calma y poniendo la mano sobre su brazo, en un gesto de ternura.

"¿Antes cuándo?", dice Magie, también con un semblante afligido.

"A principios de octubre."

"Pero eso es en unos días, ¿qué está pasando? Mamá, ¿y tú? ¿No dices nada?", Magie está exaltada y se vuelve hacia mí, claramente en busca de explicaciones.

No quiero dejar que él continúe con esa farsa, si cree que todos vamos a fingir que no pasó nada y que todo esto es perfectamente normal, está redondamente equivocado.

"Escuchen, sé que no es fácil, pero ustedes ya son grandes y mentir no va a ayudar. Su padre y yo decidimos separarnos."

"¿Ya no se aman?", indaga Bia con lágrimas en los ojos. "¿Es papá quien quiere irse?"

"No Bia, no fue papá, fuimos los dos, en realidad fui yo." No sé qué decir ni cómo explicar de forma que evite su sufrimiento.

Bia está pálida, tiene el mentón temblando y las lágrimas escurriendo por su rostro. Magie se mantiene inexpresiva, con la cabeza baja y la mirada dirigida al piso.

"¿Conociste a otra persona?" Pregunta Magie agresivamente, al mismo tiempo que levanta el rostro y me mira a los ojos.

Me quedo muda, es la pregunta que no esperaba y la respuesta que no puede ser dada. Samuel, que permaneció callado los últimos minutos, interviene, intentando recuperar el guión que trazó: "Nadie conoció a nadie, las parejas pasan por fases como todo el mundo y nosotros estamos en una fase en que es mejor estar distanciados para poder pensar en el futuro."

Se hace silencio, pero luego Samuel empieza a explicar cómo va a ser fantástico, haciendo planes, como si todo siguiera resumiéndose a un período de trabajo en el exterior.

**

Sentada frente a la ventana, aprovecho el silencio de la mañana y contemplo los primeros rayos de sol, intentando organizar mentalmente la conversación que tengo que tener con Emily. Inesperadamente escucho pasos en el pasillo, me giro hacia atrás y veo los rizos despeinados de Magie asomándose en la puerta de la cocina.

"¿Qué pasó Magie? Despertaste tan temprano..."

"No dormí..." Aunque me parece improbable, el hecho es que tiene los ojos hinchados y se ve cansada.

"Siéntate ahí, ¿quieres leche con chocolate? ¿Una tostada?", pregunto apoyando la taza en la barra y levantándome.

"Quiero ir con papá."

"¿Cómo que quieres ir con papá?"

"Ustedes se van a separar, lo entendí. Ayer no dijiste nada, pero yo entendí, vi en tu rostro, sabes que no eres muy buena mintiendo, ¿no? Yo quiero ir con él."

Vuelvo a sentarme, tan estupefacta que me quedo con sus palabras. No sé qué pensar, menos aún qué decir. "¿Hablaste con tu papá?"

"No, quiero decir más o menos. Ya había hablado con él antes, puedo aprender otro idioma, y conocer personas, tienes que estar de acuerdo, siempre dijiste que deberíamos ir al exterior, ver otras cosas..."

"Sí Magie, lo dije, pero no era para que fueras ahora, tal vez cuando fueras a la facultad, en dos o tres años, no ahora, no así..." ¿Por qué no me dijo nada?, pienso.

"¿Y qué dijo tu papá?"

"Dijo que ahora era mejor que me quedara aquí contigo para ayudarte con Bia, pero que si él se quedaba más tiempo allá, si la beca se extendía, yo podría ir el próximo año."

No puedo creerlo, Samuel cree que va a quedarse más de un año, dos, quién sabe tres, y nunca compartió nada conmigo. ¿Cuándo nos distanciamos de esta manera? ¿De qué más no me di cuenta?

"Si ustedes se van a separar yo quiero vivir con papá. Por favor, no digas que no... te quiero mucho, mamá, y lo sabes, pero es que hago todo con papá. Papá va a tener tiempo, él dijo que la investigación no lo obliga a pasar mucho tiempo en el laboratorio, prometo que vendré a visitarte casi todos los fines de semana..., por favor."

Ella tiene las lágrimas cayendo por su rostro, como cuando tenía seis o siete años, la voz le falla y corre hacia mí, dándome un abrazo y escondiendo el rostro en mi cuello.

"Calma, Magie. Está todo bien. Sé que me quieres mucho, y sé que también quieres mucho a tu papá, eso no es una elección, no sería justo. Déjame hablar con él. Dejamos que se instale y ver si es posible pedir transferencia para allá, si lo es, planeamos eso para después de Navidad, ¿qué te parece?"

"Eres la mejor mamá del mundo, gracias por entender, gracias por no juzgarme. ¡Te amo!" Magie se limpia el rostro con la manga del suéter y esboza una sonrisa amplia.

Cuando Samuel entra en la cocina, ella ya volvió al cuarto. Con la calma posible, le cuento lo que acaba de pasar.

"Creo que resolviste la situación de la mejor manera. Me gustaría que ella se fuera conmigo.", dice Sam mientras bebe su café con leche. "Es fácil hablar, pero tal vez sería más fácil si me contaras lo que va pasando, no me parece normal que no me hayas dicho que ella quería irse contigo durante la beca." Opto por no mencionar lo que Magie dijo sobre que él pretende quedarse más de un año, al final ahora nada de eso importa.

--

Combiné encontrarme a las cinco con Emily, aunque todavía falte más de una hora, miro el reloj cada cinco minutos.

Llego más de veinte minutos antes de la hora acordada. Emily llega diez minutos después, creo que no soy sólo yo quien está ansiosa, pienso. Se sienta frente a mí y tal cual como un niño no se queda quieta en la silla. Se contiene, hasta que el camarero nos trae los cafés y, enseguida, anuncia: "¡Fui seleccionada para la final!"

"¡Felicidades!" respondo de inmediato, sin saber exactamente lo que eso significa. "¿Y ahora?"

"Ahora ya no puedo hacer nada más, los dados están echados. En la evaluación en vivo quedé entre los diez mejores, ahora los videos de todas las audiciones son apreciados por un jurado internacional, que decidirá. El premio es una beca de dos años para una residencia artística en una universidad a elección del ganador, entre una lista en todo el mundo."

"Fantástico, creo que tienes buenas chances."

"¿Cómo puedes saber? Nunca viste nada, ni siquiera leíste nada escrito por mí."

"No importa, te conozco y ¡creo que tienes buenas chances de ganar!", digo haciéndole una caricia en la mano.

Ella aprovecha mi gesto y agarra mi mano entre las suyas, "Te extraño."

"Sabes Emily, tenemos que conversar..."

"Por favor, no empieces de nuevo, pareces mi madre."

Me siento ruborizar con el comentario, ella intenta disculparse, pero claramente ya no da más tiempo de retirar lo que acaba de decir.

"Es eso mismo, yo podría ser tu madre..."

"No exageres."

"No, no es una cuestión de exagerar, mi hija mayor no es tan menor que tú. Hablé con Sam, él decidió que se va antes a Londres y hoy en la mañana, Magie me dijo que quería irse con él."

"¿En serio? ¿Por qué?"

"No importa el porqué, el hecho es que ella quiere ir y ya tiene edad para poder tomar esa decisión. Logré posponer hasta después de Navidad, pero creo que va a terminar pasando. Emily, tenemos que dejar lo que pasó en el pasado. No digo para olvidarlo, hasta porque no quiero olvidar, pero no podemos continuar."

"Yo te amo, Carmen..., ¿consigues entender lo que eso significa?" Emily no suelta mi mano, pero tampoco hace fuerza, simplemente mantiene las suyas alrededor, como si protegiera un bien precioso. "No voy a dejar que te alejes, sin ni siquiera que lo intentemos."

"Creo que no estás entendiendo, o no quieres entender, yo ya no quiero."

Esperaba que Emily reclamara, que se enojara, que llorara o implorara, pero no hace nada de lo que imaginé cuando repasé esa escena en mi mente. Suelta mi mano y me mira a los ojos con una calma sorprendente, "No voy a decirte nada ahora, porque no es el momento, pero no pienses por un minuto siquiera que no voy a luchar por ti, porque lo haré, pero entiendo que necesites tiempo. La semana que viene retomo el servicio en mi hospital, cancelé estas prácticas y haré otras sustituyendo, a principios del próximo año."

**

Llego a *The Machine* pasadas las once, me estoy volviendo una cliente habitual para desayunos tardíos. Afortunadamente así que entro veo a Nicola en su mesa de costumbre con la computadora abierta frente a ella.

"Estaba esperando encontrarte", digo, sentándome en la silla a su lado.

En el mínimo de palabras posible, lo que en realidad se traduce en más de media hora, le cuento

las conversaciones que tuve con Samuel, con Magie, con Emily y hasta con Simone. Últimamente parece que mi vida se volvió un inmenso diálogo, no siempre fácil de seguir.

"No puedes desistir sin ni siquiera darle una oportunidad", me dice sacudiendo la cabeza cuando relato la conversación de ayer. "Emily tiene razón, parece ser más madura que tú, a menos que me digas que no sientes nada por ella, que sólo fue una noche, entonces deberías ser honesta y decírselo, ella va a sufrir, pero va a seguir adelante. Yo sé bien de lo que estoy hablando, en realidad ya estuve de los dos lados de ese juego."

"Ojalá fuera así, me gusta ella, pienso en ella a cada instante, es una sensación tan extraña como nueva."

Capítulo 18

Si tan sólo supieras mi historia

Nicola

"Mira, lo que puedo decirte, y creo que esta vez me vas a escuchar, es que tus ojos brillan de una manera diferente cuando hablas de ella, si es amor no lo sé, pero merece al menos el beneficio de la duda", enfatizo.

A pesar de tener el desayuno frente a ella, Carmen no da señales de que vaya a comer lo que sea, y continúa: "No te imaginas lo difícil que es..., anteayer jugamos con sus padres, la conversación ya estaba tan mal, que Simone tuvo que inventar que se sentía mal para interrumpir la partida", ella suelta una carcajada, "Fue una escena digna de una película, no tienes idea, Simone puede ser tan terrible como una niña." Carmen suspira y prosigue, "¿Ya te imaginaste si Grace lo sueña? No quiero ni pensarlo. Pero no es sólo Grace, las niñas, las personas allá en el hospital, ¿qué van a pensar?"

"No tengo idea, o tal vez sí...", hago una pausa, bebo un sorbo de agua, "... Grace va a pensar lo peor posible, odiarte y hacer de ti la figura maléfica que corrompió a su hija. Tus hijas van a terminar entendiendo y aceptando, ellas fueron educadas por ti, eso va a hacer la diferencia. Y los otros, ¿qué importa lo que los demás piensen? Piensen lo que piensen, estoy segura de que no van a ocupar más de cinco minutos con el asunto, y después de un mes ni siquiera recordarán que algún día lo pensaron", digo en un tono protector, que traduce enteramente lo que siento en este momento.

"No sé si soy capaz."

Le hago una caricia en el brazo y le digo algunas palabras más de aliento.

Carmen sale algún tiempo después, dejando más de la mitad de la tostada en el plato. Ya sola en la mesa, me encojo de hombros, exteriorizando mi desaprobación. Vuelvo a la computadora y retomo el e-mail que estaba leyendo:

"Carissima Nico,

Estoy preocupada y tu e-mail me dejó aún más ansiosa. Tal vez hice mal en insistir en que fueras. Estás ahí sola y no consigo ayudarte tanto como debería. Estaba pensando si no quieres venir aquí por tres o cuatro días, tal vez podrías hacer la consulta aquí, yo puedo ir contigo.

Entiendo perfectamente los sentimientos que Simone puede provocar y sé lo difícil que puede ser. Por favor, no te involucres, no quiero que te lastimes. No sé si, en ese tiempo, tuviste oportunidad de hablar con ella sobre el Proyecto, tenemos que avanzar, Francesca está presionando, y sabes cómo es ella cuando quiere algo. Si crees que es mejor, puedo ir ahí... dime cómo quieres hacerlo.

Leo volvió a buscarme, no le dije dónde estás y le pedí que se mantuviera alejada. Esta vez apareció en la Universidad con el hijo menor.

Ciao amica, Gio"

No quiero a Gio aquí, no sabría qué hacer. Tengo que decirle que ya hablé con Simone. A pesar de que ella dijo que no, voy a intentar hacer que cambie de idea. Hubo un brillo en sus ojos que me mostró que a pesar de todo ella quedó entusiasmada con la idea.

Llego a la facultad antes del almuerzo. Ruth y JP están en la sala y ella da una sonrisa de oreja a oreja cuando me ve entrar. Vamos juntas hasta el bar, y nos sentamos en una de las pocas mesas

libres. Aunque las clases aún no han comenzado, ya se siente la adrenalina de los primeros días. "Podríamos salir esta noche, ¿qué te parece?" pregunta Ruth tan pronto como damos el primer mordisco a nuestro sándwich de atún. "

Creo que no..."

"¿Por qué? ¿No te gustó?", dice dejando de masticar y fijando los ojos en mi rostro. "

Me gustó, me gustó mucho. Pero..., me gustas mucho, y no quiero lastimarte", termino profiriendo con poca convicción.

"No te preocupes, sé cuidar muy bien de mí. En cambio tú, no sé si puedes decir lo mismo."

"¿Qué quieres decir con eso?", pregunto, sin entender.

"Cuidado con Simone."

"¿Qué quieres decir con eso?", repito, mientras me paso la mano por el cabello, intento anticipar a dónde quiere llegar.

"¿Crees que no he visto ya la forma en que la miras, y peor, la forma en que ella te mira a ti? Es una novedad. No es novedad que llegue alguien y la mire, pero que ella devuelva esa mirada, eso, te digo, nunca lo había visto. Por eso, ten cuidado."

A pesar de ser casi sólo ella hablando, Ruth termina su sándwich mucho antes que yo.

"¿Realmente crees que ella me mira de una manera diferente?"

"¡Claro! Y tú lo sabes mejor que yo."

Ruth posa una mano en mi brazo y con la otra me hace una caricia en el rostro. En ese exacto momento, Simone entra en el bar acompañada del colega del doctorado y de alguien que no conozco. Su mirada es tan gélida que me hace estremecer. Cuando pasa por nosotras, hace cuestión de ignorarnos sin siquiera saludar.

El colega, ajeno a todo, se detiene y dice: "¿Cómo estás Nicola, pensaste en mi propuesta? Quédate seis meses más, hay varios proyectos comenzando, estoy seguro de que te va a gustar."

"¿Viste lo que te dije?", comenta Ruth tan pronto como ellos se alejan lo suficiente.

--

La tarde en la facultad pasa en un abrir y cerrar de ojos. Llego a casa más tarde de lo habitual y, después de un baño demorado, me siento finalmente encima de la cama, frente a la TV con una caja de pizza en la mano y una dosis de culpa casi del mismo tamaño. Necesito empezar a alimentarme mejor, pienso. Aún no retiré la segunda rebanada de la caja cuando suena el celular. ¿Quién será a esta hora? ¿Será Ruth insistiendo en que salgamos? Creo que no. Después de buscar el aparato en todos los bolsillos de la mochila, finalmente lo encuentro. ¡¿Giovanna?!

"Gio, qué sorpresa.", digo intentando anticipar la razón de la llamada.

"¿Cómo estás, niña? Me dejaste preocupada, y como no respondiste al e-mail, decidí llamar. ¿Estás bien?"

Por el tono de su voz me quedo más tranquila, ciertamente no pasó nada, Gio consigue ser muy sobreprotectora.

"No necesitas preocuparte, estoy bien. Es verdad que esto no ha sido ni tan fácil ni tan tranquilo como imaginé, pero estoy bien."

"Estoy pensando en ir ahí a pasar el fin de semana, ¿qué te parece? Puedo ir mañana por la mañana y volver el domingo."

"No, no es necesario. ¡Ya te dije, estoy bien! Además, aún no te había dicho, pero ya conseguí hablar con Simone sobre el Proyecto."

"¿Y qué dijo ella? ¿Viene aquí?" Esta vez, el tono traduce su ansiedad. "Por ahora ella me dijo que no. Tal vez una videoconferencia. Por otro lado ella quedó entusiasmada. Puede ser una buena idea, que tú y Francesca hablen directamente con ella."

Incluso por teléfono consigo escuchar a Gio suspirar. "Es importante que ella esté con Francesca, ellas no se conocen y no se puede decidir algo de esa importancia a través de una pantalla."

Un tanto recelosa, pregunto: "¿Y Leo?"

"Insiste. Nada la disuade, va haciendo un intento, y otro y otro más. Esta semana fui ruda. Apareció allá en la facultad, vino con el niño menor detrás y con cara de ángel. Me dijo que estaba preocupada por ti, que no atendías su teléfono y que había ido a tu casa, pero estaba allí un chico que ella no conocía. Pobre Eric."

"¿Qué quiere ella?"

"Lo que siempre quiso, controlar tu vida. Repetí lo que ya le había dicho, que te habías ido al exterior y que ibas a demorar un tiempo. Creo que no lo cree. ¿Y el médico, fuiste a la consulta?"

"Fui, está todo bien. Tengo que controlar el peso, caminar bastante y todo ok."

Giovanna mantiene la conversación aún por largos minutos, me hace preguntas sobre el inicio de las clases y sobre Simone, nada muy concreto, sólo para sondear el ambiente.

Cuando cuelgo, la pizza está completamente fría. Pongo una rebanada en un plato y la caliento en el microondas. De vuelta a la posición inicial, termino decidiéndome por ver una película de ciencia ficción, que se revela teniendo tanto de absurdo como de cómico. Cuando termina, ya es casi medianoche.

Tan pronto como me acuesto y cierro los ojos, escucho dos golpes secos, no logro tener certeza si el ruido fue aquí o alguna cosa afuera. Me quedo inmóvil, esperando algún sonido más. Los golpes se repiten. Voy hasta la puerta y miro por la mirilla. ¡Simone!

Aunque la visita me sorprenda, no es totalmente inesperada. Respiro hondo, y abro dejándola entrar.

"¿La noche estuvo buena? ¿Tu amiga ya se fue?", me pregunta sin mirarme.

"¿Qué amiga? ¿De qué estás hablando? Sea lo que sea, no me parece que nada de eso sea de tu incumbencia, tal vez sea mejor que te vayas."

"¿Estás segura? Tengo una idea mejor."

"Simone, sal por favor", murmuro. "No me gustan los juegos y no voy a entrar en los tuyos."

Ella se va acercando. El espacio es pequeño y no tengo cómo desviarme, miro hacia la cama y después otra vez hacia ella. Voy retrocediendo hasta no tener hacia dónde ir más. Me quedo apoyada en la pared, las piernas tiemblan y la voz también.

Ella se acerca y para a corta distancia, pasando la mano en mi rostro, en una caricia casi inocente. "¡Te deseo!", dice, apoyando la boca en mi oído y mordiendo mi oreja.

Sin darme tiempo para una respuesta adecuada, ella me jala por el brazo, y sin esfuerzo, me empuja encima de la cama. Se aproxima, y con gestos ágiles desabotona mi pijama, pasando la mano por dentro. No parece tener dudas en cuanto al efecto que ejerce sobre mí, y sé que, cuando me toque, va a poder tener aún más seguridad.

Simone sujeta mis muñecas con las manos manteniendo mis brazos presos por encima de la cabeza, pega los labios en los míos y me besa. Como siempre pasa, mi cuerpo gana voluntad propia.

"¡Desvístete!", ordena, alejándose y dejándome libre sobre la colcha. Demasiado excitada para contrariarla, hago lo que pide. Me libero de los pantalones y de lo que falta del abrigo. Ella, sentada en uno de los cantos de la cama, mantiene los ojos fijos, no dice nada y sigue cada movimiento sólo con un leve asentimiento de cabeza. "¡Desnuda!", profiere sin decir nada más.

Una ola de placer atraviesa mi cuerpo, sin que ella siquiera me toque. Intento recuperar algo de calma, y me volteo boca abajo, sin hacer lo que pide. Cierro los ojos. Por un momento no siento ni escucho nada. Me estremezco, más por la sorpresa que por el dolor, provocado por la nalgada

"¡Desnuda!", repite, más alto. "Date la vuelta, quiero poder mirar en tus ojos."

Cumplo sus órdenes. "Por favor, Simone, para."

"¿Estás segura?", pregunta irónicamente, mientras desliza fácilmente la mano entre mis piernas.

"Por favor", sé que mis palabras no tendrán ningún efecto.

Simone separa mis piernas y se coloca en medio de ellas, sujeta firme de cada lado con las manos, impidiéndome moverme, su respiración caliente me alcanza y vuelvo a sentir la misma excitación de antes, sin darme tiempo para nada me toca con la lengua, para luego sustituir por algo que hace deslizar dentro de mí en un ritmo arrebatador. No aguanto ni dos segundos, soltando un grito imposible de contener.

Simone retira las manos suavemente, y veo que, sin que yo lo perciba, se apoderó de mi juguete. Aún totalmente vestida, se acuesta a mi lado, cubriéndome delicadamente.

Una lágrima escurre por mi rostro sin que yo consiga detenerla. Intento que ella no lo note, pero presiento que no tendré éxito.

"¿Mejor que con tu amiga?", pregunta manteniendo el sarcasmo.

"¡Para, por favor, para!", grito, sentándome en la cama. Cierro los puños y golpeo violentamente el colchón. "¡Para!"

Capítulo 19

¿Era así en Roma?

Simone

Soy sorprendida por la violencia del gesto y del tono, pero no estoy dispuesta a ceder fácilmente. ¿Cómo tiene el coraje de salir con Ruth después de haber estado juntas?

"No estoy haciendo nada", digo "Hace poco no pareció prudente parar. Tienes que tener cuidado cuando dices una cosa con la boca y pides otra con el cuerpo. ¿Quieres que me vaya?"

"No", la respuesta es casi un murmullo.

Nicola volvió a acostarse y se deja envolver por mi abrazo. No logro entender por qué está llorando. Poco a poco los celos que siento van dando lugar a la preocupación de no entender lo que está pasando.

"¿Era así en Roma?"

"¿Así cómo?"

"Fiestas, mujeres que apenas conoces..., ya sabes."

"Si quieres saber, era mucho peor. Ruth no es exactamente una mujer que yo apenas conozco, es una colega, una amiga, con quien me gusta conversar y salir."

"No es eso lo que ella dice."

"No sé lo que ella dice, aquí todo el mundo habla mucho. Una cosa es cierta, en Roma se hablaba menos."

"Todavía no me respondiste sobre cómo era en Roma."

"Demoré en ambientarme, pero después de un tiempo, conocía todas las discotecas, todos los bares lésbicos, y tal vez no sea presunción de mi parte decir que era conocida en muchos de ellos. Era fácil, sabíamos lo que queríamos y por qué estábamos allí, normalmente, después de una noche, nunca más nos veíamos."

"¿Y Francesca?"

"¿Qué pasa con Francesca?"

"¿Ella también formaba parte de la noche?"

"Tuvo su momento, ahora es más elitista, pero no por eso muy diferente. Al contrario de ti, ella se entrega a cada mujer, a cada momento, da y recibe en la misma proporción, y vuelve cada momento mágico." Nicola respira hondo, y se calla por un momento, para luego continuar, "Es una amante sublime y una amiga como pocas, Francesca hizo más por mí de lo que algún día voy a poder agradecer", sacude la cabeza y cambia de posición, "¿Pensaste en la propuesta? Ella quiere conocerte."

"No voy a salir de aquí para ir a Roma. Si eso es lo que quieres de mí puedes olvidarlo", digo secamente, levantándome.

"¿No lo entiendes, verdad?", ella eleva el tono y continúa a los gritos. "¡Nunca lo vas a entender! Juré que no volvería a pasar, y..., y aquí estoy yo, de nuevo llorando, de nuevo desesperada por alguien, alguien que nunca va a estar conmigo por completo."

"¿De qué estás hablando? ¿De quién?"

"¡De ti!"

"¿De mí y de quién más? Dijiste 'de nuevo'." Encima de la mesa hay un vaso con agua. Voy hasta allí y lo traigo, entregándoselo. "Para de gritar, cálmate." Sin entender lo que está pasando, jalo una de las sillas de la cocina y me siento cerca de la cama.

Nicola bebe el agua de una sola vez, pero no baja el tono, continuando a los gritos: "¿Realmente quieres saber? ¡Leo! Te lo dije el otro día, pero no quisiste escuchar. Mi relación con ella era

muy complicada, no quiero nada que sea siquiera parecido, ¿oíste? ¡No puedo! Me haces sentir lo mismo que sentía en sus manos, un placer tan aplastante, tan intenso, que no logro alejarme por más que me lastime. Tú, como ella, me tienes por completo, pero te entregas cero. Cuando ella me dejó..." Nicola deja la frase a medias. No llora, no tiembla, mira hacia el vacío, como si necesitara algo para poder continuar.

"Cuando ella te dejó, ¿qué?"

Ella no responde. Gira la cabeza en mi dirección, se endereza y me mira a los ojos, "Cuando ella me dejó, intenté matarme."

Podría esperar cualquier cosa menos lo que acabo de oír. Contengo la respiración y siento el corazón disparado dentro del pecho.

"Bebí bastante, tomé pastillas y dejé que el destino tomara las riendas..."

"Es injusto decir que fue el destino..."

"Estoy harta de tus cosas, de tus contradicciones. ¡Harta, ¿entiendes?!"

Nicola se levanta, y de repente parece tener mucho más dominio sobre la situación que yo. "Hace poco hablé con Gio, y sabes, si no quieres ir a la reunión no vayas. Yo voy a Roma mañana y me quedo allá hasta el final de la semana. No te preocupes, voy a transmitirle a Francesca que no estás interesada. Ahora, por favor sal, y no vuelvas a golpear la puerta sin ser invitada, ya nos dijimos todo lo que había para decir una a la otra, de aquí en adelante vamos a intentar hablar sólo de trabajo y, de preferencia, allá en la Universidad."

Cuando me doy cuenta estoy del lado de afuera de la puerta, escucho la llave girar en la cerradura y siento el frío de la noche en el rostro. Sus palabras me dejaron aturdida. ¿Suicidio? ¿Va mañana a Roma? ¿Ya nos dijimos todo?

Subo las escaleras lentamente, intentando recuperar el aliento a cada tramo. Pienso en llamar a Carmen, pero ya es muy tarde. No voy a lograr dormir.

Miro el teléfono y constato que ya pasa de las dos de la mañana, ¿será que el hermano de Lisa está despierto? Cuando Lisa estaba enferma, muchas veces conversábamos a esta hora. Envío un mensaje.

Casi inmediatamente mi teléfono suena.

"Disculpa, sé que no es hora, pero necesito de ti", digo de inmediato, sin dejar que él hable.

"Todavía estoy trabajando, ¿está todo bien?"

De la forma más sucinta que logro, le cuento quién es Nicola y lo que ha pasado desde que ella llegó, terminando en un resumen de la noche de hoy.

"Yo amo a Lisa..., tú lo sabes", digo a modo de conclusión.

"Cuando mi mujer se fue tú fuiste la primera en decirme que tenía que continuar con mi vida, que tenía que sufrir todo lo que necesitara sufrir y después, juntar los pedazos, y seguir adelante. Demoré un tiempo, pensé que nunca sería posible, hasta porque ella sigue viva, y eso significa que, al menos en teoría, podríamos tener otra oportunidad, pero hace un tiempo conocí a una mujer..."

"¿Estás enamorado?"

"No lo sé..., basta de hablar de mí, tú amas a Lisa, nadie pone eso en duda, pero Lisa no está aquí, y tú tienes la obligación de seguir con tu vida. ¿Leíste la carta que la mamá te entregó?"

"No, no tuve coraje." Después de volver de la casa de los padres de Lisa, guardé el sobre dentro del cajón de la mesa de noche y no volví a abrirlo.

"Llegará el momento correcto, estoy seguro. Pero no es necesaria una carta para saber que Lisa quería que siguieras adelante, quién sabe si no es Nicola, ¡¿con su casco y chaqueta de cuero?!", dice soltando una carcajada.

**

Acabé logrando dormirme ya de madrugada, la conversación me hizo bien. Hoy desperté ya pasaban las once, hace años que no recuerdo que esto pase. Manteniendo la extrañeza del día, decido bajar y tomar un brunch en *The Machine*. Me siento en una de las mesas y espero los panqueques. Pienso en Carmen, ¿cómo estará ella? Mientras mis pensamientos se suceden desordenados, el teléfono vibra encima de la mesa. No conozco el número, tiene un código de área extranjero.

"¿Simone?"

"Sí, soy yo. ¿Quién habla?"

"Gio, Giovanna..."

No puedo creerlo, pero en el segundo en que ella habla reconozco su voz.

"¿Giovanna?!", digo de forma retórica.

"Disculpa que te esté llamando así de repente, pero necesitamos conversar. Nicola llegó aquí esta mañana, no estaba nada bien. Habló poco y ahora está descansando. Creo que no durmió anoche. No quiero saber detalles de lo que está pasando, pero te pido que tengas cuidado. Por favor, no la lastimes, ella fue lastimada varias veces y casi no logró recomponerse."

"Yo estuve con ella anoche. Estaba irritada y, tal vez, haya llevado las cosas demasiado lejos, no sé lo que ella te dijo, pero me gusta ella, me gusta mucho."

"Tú y yo sabemos que tu forma de querer no siempre es la mejor."

"Créeme, me gusta ella. Ayer ella me dijo que intentó matarse..., hasta ahora no conseguí entender, ¿qué pasó?" Sostengo el teléfono con fuerza como si necesitara tenerlo más pegado al oído para escuchar lo que Gio tiene que decir.

"Yo era una de las personas más cercanas a ella en aquella época, vi la forma en que su relación con Leo se estableció. Nico respiraba por ella y por los niños que consideraba suyos, pero Leo no era esa persona, no quería dedicación, quería aventura. Por más que yo lo viera e intentara protegerla, no lo conseguí. Hace cuatro años, aquel lunes de agosto quedé preocupada cuando Nico no atendió el teléfono. Cuando ella no abrió la puerta del apartamento, di la alarma y llamé a los servicios de emergencia. Me quedé a su lado en el hospital, y cuando salió la convencí de que no podía quedarse en la casa que había compartido con Leo, no podía quedarse en Milán. Yo me iba a mudar a la Universidad de Roma, y ella estaba terminando el doctorado, fue fácil conseguir la transferencia y, para mí, fue bueno tener compañía."

Cuando Gio termina de hablar, mi pecho está apretado y tengo la garganta seca. Recuerdo las palabras de Nicola comparándome con Leo..., yo no quiero ser otra Leo en su vida, no, nunca.

"¿Qué puedo hacer?", pregunto sin saber qué decir.

"Ven hasta aquí. Haz lo que Nicola te propuso, reúnete conmigo y con Francesca, escucha sobre el Proyecto. No estoy pidiendo esto sólo por causa de Nicola, claro que no, aunque sé que ella quedará contenta, estoy plenamente convencida de que tú eres la persona adecuada. Creo que te va a gustar conocer a Francesca y..., y yo voy a disfrutar verte de nuevo. ¿Vienes?"

"¿Cuándo? ¿Hoy?"

"Sí, hay un vuelo que llega antes de la cena, podrías venir en ese y cenamos con Francesca, ¿qué tal?"

**

El avión levanta las ruedas del suelo, y yo cierro los ojos, dejándome elevar en el aire como si la fuerza del movimiento actuara directamente sobre mi cuerpo. Adoro esa sensación. Sin abrir los ojos recuerdo la conversación con Gio, incluso después de tantos años, todavía siento el mismo frío en el estómago cuando escucho su voz.

En el aeropuerto hay un coche esperándome para llevarme al hotel. Definitivamente Francesca no bromea en servicio. No tengo mucho tiempo para arreglarme. Tomo un baño rápido, me cambio de ropa y bajo hasta el restaurante. Sentadas en una de las mesas están Gio y una mujer que hace justicia al nombre de *Femme Fatale*.

"Buenas noches", digo extendiendo la mano hacia ella.

Francesca se levanta y me da dos besos en el rostro. Gio también se levanta y me acoge en un abrazo, que recibo de forma calurosa. Ella no cambió de perfume, pienso.

La cena transcurre en una intimidad inesperada, tengo la sensación de conocer a Francesca hace años. Durante la comida no se habla ni de Nicola ni del Proyecto. Gio va contando episodios de la Universidad y recordando colegas que no veo hace años. Francesca tiene el don de la palabra, recorre diversos temas, deteniéndose en asuntos filosóficos que no pensé que ella dominara.

"Bueno, Simone, fue un placer poder cenar contigo, podemos repetirlo siempre que tengas oportunidad, pero hoy no puedo dejar que terminemos sin hablar del Proyecto que tengo." Finalmente Francesca decide que es la hora correcta, y va directo al asunto. "Sé que Nicola ya te dijo de qué se trata, queremos montar una red mundial de apoyo a jóvenes chicas y mujeres. Va a haber países fáciles donde nuestro papel principal es inyectar dinero, y formar educadores y profesores, presumiendo que harán su mejor esfuerzo. Pero, hay regiones difíciles, donde el dinero no es la cuestión, al menos no la principal. No tengo la pretensión de pensar que vamos a afrontar o modificar los regímenes instalados, quiero apenas sortearlos. Quiero hacer eso a la vista de todos, de tal forma que nadie logre ver."

Gio suelta una carcajada, "No pongas esa cara, Simone. Sé que tú eres la maestra en dialéctica, y doctora en contradicciones, pero creo que no sabías que Francesca es una jugadora a tu altura, no imagino lo que podrá hacer un equipo que cuente con ustedes dos."

Francesca se encoge de hombros y le da una palmadita en el brazo, "Para de bromear, yo sé que tú haces cuestión de que sea Simone quien coordine el Proyecto, no necesitas convencerme, ya estoy convencida, ya lo estaba, incluso antes de que termináramos de comer las ostras."

No me parece oportuno intervenir, en realidad no estoy segura de saber exactamente lo que está pasando. Mi silencio no parece incomodar a Francesca que prosigue: "Vamos a construir una red de mujeres, mujeres a quienes podamos dar instrucción y herramientas para que se vuelvan agentes de educación en sus países, en sus comunidades, en sus familias. Lo más importante es que ellas entiendan la relevancia del Proyecto y la importancia de mantener el sigilo. Tenemos el dinero, la tecnología y la motivación. Simone, si pudiéramos contar contigo pasaríamos a tener la estrategia que puede concebir y comandar este ajedrez, tienes que concordar que es un desafío filosófico y tanto."

"¿Por qué yo?" es una pregunta estúpida, pero es la única que soy capaz de proferir.

"Gio exigió que fueras tú..., pero ahora puedo decirte que también es mi elección." Francesca alza la copa de champán en el aire, antes de dar un sorbo. "Simone, conocí a mucha gente a lo largo de los años, algunos filósofos brillantes, algunas personas extraordinarias y varias mujeres con una inteligencia superior, pero sólo tú reúnes las tres condiciones. Tienes la irreverencia necesaria, y la capacidad de trabar luchas imposibles de antemano, no das nada como garantizado, pero tampoco das nada como perdido, esa tu dualidad te da un superpoder difícil de igualar."

Gio suspira y también da un sorbo a su champán. "Yo confieso, no voy a perder otra vez la oportunidad de poder trabajar contigo", afirma con solemnidad, soltando una carcajada que nos contagia. Cuando logramos parar de reír tenemos lágrimas en los ojos.

Suspiro profundamente antes de hablar, "Agradezco la invitación. No sé si soy todo eso que

acabas de decir, pero si soy apenas la mitad será suficiente." Sonríe y guiña el ojo. "Francesca, yo adoro mi casa, tengo mis proyectos en la Universidad, no sé cómo podría dejarlo todo de un día para otro, pero no puedo negar que adoro el Proyecto. ¿Puedo pensarlo? ¿Cuándo quieren empezar?" De repente las preguntas se acumulan dentro de mi cabeza.

"Puedes pensar el tiempo que necesites", responde Francesca con toda la calma del mundo, imagino que hay pocas cosas que la hagan perder la serenidad. "El Proyecto ya comenzó, comenzó el día en que Gio y yo conversamos por primera vez, pero estamos esperándote a ti, por eso piensa lo que sea necesario para poder decirnos que aceptas." Mientras habla, ella me mira a los ojos, mostrando que lo que dice es en serio.

¿Cómo así, 'poder decirnos que aceptas' y si decido rechazar?

"En cuanto a planes concretos, serás tú quien nos diga cómo quieres montar el centro de operaciones, nos gustaría que fuera aquí, en Roma, pero aceptaremos otras alternativas."

Cuando finalmente Francesca se despide siento que fui completamente sobrepasada por los acontecimientos. Ella presupone que voy a aceptar. Gio sale, no sin antes pedirme que vaya a encontrarla en la Universidad el lunes por la tarde. No hablamos de Nicola, pero anticipo que eso forma parte del asunto que ella quiere discutir.

--

Vuelvo al cuarto con una agitación interior difícil de contener, llamo a Carmen, prometí que lo haría cuando hablé con ella hoy por la mañana.

"¿Ya estabas durmiendo?", pregunto al oír su voz casi en un murmullo de tan baja.

"No, en realidad estaba esperando que llamaras, no entendí nada, ¿qué pasó? Nicola me llamó hace poco y dijo que se había ido a Roma, ¿ustedes fueron juntas?"

"No. Yo vine para una reunión con Francesca, ¿recuerdas, aquella mujer de la que te hablé?"

"Claro que recuerdo, ¿pero no habías decidido no ir? ¿Y Nicola no estaba involucrada en eso? No estoy entendiendo nada de nada."

"Nicola tiene sus asuntos, pero pasaron varias cosas que me hicieron decidir que podría ser bueno escuchar lo que ellas tienen que decir. A veces la vida te sorprende de formas que no podrías adivinar por más planes que hubieras trazado."

Capítulo 20

No podía soportarlo más

Carmen

"Tienes una capacidad impar de elegir tu propia verdad, y una elocuencia posible sólo para algunos elegidos, pero mira, yo no fui entrenada para eufemismos, entonces, ten piedad de mí y responde lo que te estoy preguntando. Sé cuándo hay algo pasando..."

"Por ahora vas a tener que aceptar mi respuesta y creer que está todo bien, cuando vuelva te cuento más detalles", ella dice en tono concluyente, para luego cambiar de tema, "¿Y tú? Hace días que no logro hablar contigo, ¿cómo están las cosas?"

"Una confusión..., Sam se va a Londres la semana que viene, Magie quiere ir con él, yo estoy de guardia mañana durante el día, y no consigo ni pensar en encarar el hospital."

"¿Y Emily?", pregunta Simone, en un tono ya medio irritado de quien no sabe esperar.

"No hablo con ella desde la semana pasada. Fui dura y le dije que no podríamos continuar. Me acusó de estar quedando parecida a su madre, imagínate yo parecida a Grace."

Simone suelta una carcajada, "Estoy viendo, todo en buen camino..."

"No bromeas", digo suspirando. "Cada vez más me convengo de que tienes razón, yo debería alejarme."

Llego al hospital, como de costumbre diez minutos antes del horario de inicio de la guardia. Hace una semana que no trabajo y por eso, cuando llego, me reciben como si hubiera estado ausente por mucho tiempo. Preguntan sobre el congreso y si ya estoy mejor.

El día transcurre con tranquilidad, los domingos suelen ser calmados, más aún hoy que es día de clásico en el fútbol. A la hora del almuerzo nos dividimos, voy a comer con algunos colegas.

"¿Ya sabes las últimas novedades? Tal vez ni te hayas enterado, ya que estabas fuera."

"¿Qué novedades?", pregunto.

"Emily..."

"¿Qué pasa con Emily?", mi corazón late más rápido ahora, pero intento mantener la serenidad.

"Canceló las prácticas. Detesto personas así, cree que lo sabe todo y no le da la debida atención a nada, es un peligro para los pacientes. Insistí con nuestro director para que escribiera a su orientador, contando lo que pasó aquí durante estas pocas semanas, deberíamos hacer una queja." Como yo me mantengo callada, la colega va ganando impulso, "Todavía la invitaste al congreso, ¿no?"

"Puedes parar por favor, estás siendo irrespetuosa con ella. Emily es una profesional excepcional. ¿Por qué siempre tienes que juzgar a todo el mundo? Si ella quiere cancelar las prácticas no tenemos nada que ver con eso, es problema de ella."

Sin hacer caso a mi pedido, ella continúa, "Ya que sabes tanto sobre ella, tal vez puedas decirme por qué decidió cancelar las prácticas. Encima justo después de volver del congreso. Curioso que ella cancele las prácticas y tú te enfermes, debe haber sido algo que agarraron por allá..."

Termino de comer lo más rápido que puedo, doy una excusa y me levanto. ¿Será que ella sabe algo?

A las cinco miro el reloj, la guardia termina en tres horas, y combiné encontrarme con Emily para cenar, no puedo postergar eternamente esta conversación.

--

Llego al restaurante con más de media hora de retraso, vine directo del hospital pero estas cosas

son así mismo, está todo bien y a última hora siempre pasa algo que nos impide salir en el momento previsto. Emily está sentada de espaldas a la puerta, tiene el cabello amarrado en una cola de caballo y el celular en la mano.

"Disculpa", digo, dando un beso rápido en su mejilla y sentándome frente a ella, sin dar tiempo para cualquier otro movimiento más impetuoso.

Durante la cena le cuento mi conversación del almuerzo.

"¡Esa médica es indecente!", exclama con agresividad, "Debería preocuparse más por sus propias cosas y por lo que hace."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Todo el mundo sabe..."

"¿Todo el mundo sabe qué?" Empiezo a creer que todos saben cosas que yo desconozco.

"Todo el mundo sabe que ella hace lo mínimo posible. Ignora a los pacientes de la consulta, excepto aquellos que intenta manipular para que vayan a su consultorio particular."

Mientras conversamos, Emily coloca la mano sobre la mía, de inmediato retiro la mía, no permitiendo que complete el gesto.

"Disculpa, pero nosotras no podemos..., yo no puedo."

"¿Por qué? ¿Dime qué sientes? ¿Qué quieres?" A pesar de las palabras secas, el tono es cariñoso.

"No sé, no sé qué quiero y tampoco sé qué siento. Desde que estuvimos juntas, no logro dejar de pensar en ti. ¿Recuerdas preguntarme si yo ya había estado con alguna mujer?"

"Sí, me dijiste que no."

"Lo dije, pero mentí. Muchos años atrás, en Cabo Verde, pasé una noche con una gran amiga. Yo estaba comprometida, ella también, y nunca pasó de eso, una noche, pero yo nunca lo olvidé. Estar contigo me trajo esa noche de vuelta. Ese sentimiento es muy fuerte, pero es tan arrollador que no soy capaz de dejarte ir, al mismo tiempo no sé responderte cuando me preguntas qué quiero, ¿qué puedo querer?"

Emily sonrío. Es difícil resistir a esa sonrisa, afortunadamente la camarera se aproxima y sirve los postres. Emily coloca una cuchara en la boca, quedando sucia de chocolate, no logro evitar reír. Agarro la servilleta y, con cierta malicia, limpio las marcas marrones.

"Puedes quererlo todo", dice como si fuera una evidencia, que todos deberíamos ser capaces de constatar. "Puedes querer buenas noches de sexo, puedes querer conversar, pasear, qué sé yo, tal vez estar de novios o puedes querer apostar por una relación más seria, y hacer un *all in*. Sé que juegas canasta y no póquer, pero estoy segura de que el espíritu de la cosa es el mismo", afirma soltando una carcajada y guiñando el ojo. "La única cosa que no puedes querer es que yo me aleje porque tienes miedo de lo que los otros digan o piensen."

"¿Crees que es fácil?"

"No soy ingenua al punto de creer que va a ser fácil, pero estoy dispuesta a pagar para ver. Mira, en vez de tomar café aquí, ven hasta mi casa, me gustaría que conocieras el lugar donde vivo, este fin de semana mi amiga está fuera y el apartamento es todo mío. Ven, por favor, tengo una sorpresa que contarte."

Incluso sin tantos argumentos no habría sido difícil convencerme. En un instante llegamos a la puerta de un edificio de arquitectura antigua, situado pocas calles arriba del restaurante. Subimos las escaleras de madera hasta el primer piso y entramos en la sala del pequeño apartamento. Una mesa con sillas, unos sofás y un televisor marcan el espacio. Cumpliendo la promesa de un café, ella va hasta la cocina y vuelve con dos tazas, que coloca encima de la mesa.

"¿Dijiste que tenías una sorpresa?", pregunto intentando despejar el ambiente que quedó pesado.

"Es verdad, ¡salió la lista de los cinco primeros del concurso, y yo formo parte de ella!"

"¡Felicidades!" grito con entusiasmo. Me levanto y la abrazo, sin pensar en lo que estoy haciendo. El abrazo de celebración rápidamente se vuelve un gesto íntimo entre dos cuerpos que se desean. Las manos de ella bajan por mi espalda y todo lo que sentí vuelve de inmediato. Siento los labios de ella tocar mi oreja, mi cuello, hasta acercarse lentamente a mi boca. En el último instante soy yo quien va al encuentro de aquellos labios y los toma para mí. Siento su sabor, la suavidad de su toque.

Me siento en el sofá jadeando. El café quedó intacto sobre la mesa y hace mucho debe estar frío. Emily se sienta a mi lado y sostiene mi mano entre las suyas. "Quédate conmigo esta noche."

"No puedo. Además, ya es tarde, tengo que ir yendo, le dije a Sam que no iba a cenar, pero no avisé que llegaría tan tarde", digo sin moverme.

Emily no contesta. Agarra el celular y pone una música antigua para tocar. Se levanta y lentamente tira de la camisa blanca hacia fuera del pantalón y desabotona los botones uno a uno, de abajo hacia arriba. No logro desviar la mirada, no sé qué pretende, pero no tengo dudas de que va a lograrlo. Se quita la camisa y la tira al piso. Desabrocha el cinturón del pantalón y después abre los botones, pasando la mano por el propio cuerpo y arqueando levemente la espalda en mi dirección. Siento el calor aumentar, cruzo las piernas intentando disimular lo que estoy sintiendo. Mi respiración se vuelve más rápida. Emily parece ajena a todo y continúa, se quita las zapatillas y las medias, tirándolas también lejos, y sólo con el pantalón abierto y el sostén, viene hasta cerca de mí, y se sienta en mi regazo. Con gestos suaves y delicados, pasa las manos por mi cuello y los dedos por mi rostro, descendiendo después hasta el borde de la blusa y desabotonando los tres botones. A pesar de quedar casi igual, la sensación es de estar desnuda. La mano de ella pasa por el escote, ahora más ancho, y juega con el borde del sostén, sabiendo que no alcanzará mucho más. Sin decir nada, y sin pedir nada, vuelve a levantarse y se quita los pantalones. Es imposible mantenerme quieta en el sofá, siento el corazón latir como si fuera a explotar y escucho el sonido de mi respiración.

Sin nunca desviar los ojos, Emily se acuesta sobre la alfombra frente a mí, apoyando la cabeza de forma de conseguir continuar mirándome. Pasa la mano sobre los senos, sobre el vientre, y para sobre la tela negra de la diminuta bombacha que está vistiendo.

"¿Vas a quedarte sólo mirando?", pregunta bajito.

Hacemos el amor una vez y otra, terminando acostadas en su cama, ambas exhaustas. Nos dormimos abrazadas sin percibir el momento en que el sueño llevó la mejor.

Despierto aturdida, afuera todavía está oscuro. Miro el reloj, marca las cinco y media. A mi lado, Emily duerme profundamente. Me levanto sin hacer ruido, recojo las prendas de ropa esparcidas por el piso de la sala y salgo, cerrando la puerta suavemente. No hay nadie en la calle. Llamo un taxi y en menos de diez minutos llego al portón de entrada de *The Factory*. Tampoco hay nadie aquí.

Entro en casa y me acuesto sin encender las luces. Samuel duerme y no parece notar mi llegada. Afuera, el día comienza a amanecer.

--

Sobresaltada, me siento en la cama. Escucho la risa de Magie en la sala. ¿Dónde está Samuel? Me levanto y voy hasta el pasillo. "Magie, ¿dónde está papá?"

"¿Cómo que dónde está papá? Se fue a trabajar, salió hace horas, ya son casi las diez. A propósito, ya estábamos preocupadas por ti, pero como papá pidió no despertarte, resolvimos esperar."

A lo lejos, en el cuarto, escucho el toque del celular y corro para atender.

"¿Nicola?"

"Sí, soy yo. ¿Esperabas a otra persona?", pregunta riendo, acentuando el acento italiano.

"No, quiero decir, creo que sí. ¿Cómo estás?"

"Bien. Voy a quedarme por aquí unos días, el viernes estoy de vuelta. ¿Y tú, cómo estás? ¿A quién esperabas?"

Capítulo 21

Perdiendo tiempo con la persona equivocada

Nicola

"En realidad, pensé que era Emily. Me quedé a dormir en su casa. O mejor dicho, dormí la mitad de la noche en su casa."

Me sorprende que Carmen haya avanzado tan rápido. Cuando hablamos el viernes, parecía tan llena de dudas que pensé que se echaría atrás. "Me alegra saberlo. Lamento la decepción", digo riendo. "¿Y tú estás bien? ¿Ella está bien?"

"Yo sí. No sé qué ve ella en mí."

"Deja de decir eso. Si estás hablando de la diferencia de edad, por favor, para inmediatamente, o usaré sus palabras y te diré de nuevo que pareces su madre. Si te hace sentir bien, sumérgete de lleno. ¿Qué puede pasar? Sí, ¿cuál es la peor cosa que puede pasar? Por lo que me has dicho, las cosas con Samuel ya no iban bien, era cuestión de tiempo. Y mejor ahora, antes de que él se vaya por un año y tú te quedes sola dando vueltas. Puede que no funcione, pero en ese caso habrás tenido un sexo maravilloso."

"¡Me estás haciendo sonrojar!", exclama Carmen, riendo también.

"Por eso, amiga, sumérgete de lleno. Es un salto seguro."

"Consideraré tus palabras. Pero, cambiando de tema. ¿Has vuelto a hablar con Simone?"

"No", respondo, sin contarle nada sobre la noche antes de venir a Roma. La verdad es que desde entonces no sé nada de Simone. Debe estar encerrada en casa, o en el jardín, debatiéndose con dudas existenciales, tratando de terminar su maldito texto. "Ese no es un salto seguro", bromeo. "¡Creo que es como saltar de un trampolín de 10 metros antes de saber si la piscina tiene agua!"

Carmen no prolonga mucho más la llamada. Debe estar esperando para hablar con Emily, pienso, esbozando una sonrisa para mí misma.

--

Pasa poco más de la una de la tarde cuando entro a la oficina de Gio. Ella tenía una reunión por la mañana, pero acordó almorzar conmigo. La puerta está abierta y me siento en uno de los sillones para esperarla. Me quedo mirando alrededor, recordando los tiempos que pasé aquí. Me fui hace poco más de un mes, pero parece un año. El sábado ella me recogió en el aeropuerto muy temprano, me obligó a descansar. Me dejó sola al final de la tarde, pero aun así no estuve mucho tiempo sola. Francesca apareció después de la cena, venía animada, como si algo hubiera salido particularmente bien. Conversamos y recordamos otros momentos en esta misma habitación, en este mismo hotel. Como Eric está viviendo en mi casa, me hospedé en la suite que Francesca mantiene reservada permanentemente. Cuando salió, el domingo por la mañana, me avisó que estaba invitada, sin posibilidad de rechazar, a una fiesta de "*Sphere*" el jueves.

Gio entra apresurada y se deja caer literalmente en la silla a mi lado.

"Finalmente terminó. Esas reuniones sirven para poco, pero demoran horas. Creo que es inversamente proporcional. ¿Cómo estás? Disculpa no haber estado contigo ayer, pero tu visita fue tan inesperada."

"Lo sé, no hay problema. Te vas a enojar conmigo."

"¿Qué hiciste?", pregunta frunciendo el ceño.

"Sé que no debía haber encendido el celular antiguo, pero ayer por la mañana, cuando salí a caminar, no sé por qué lo encendí."

"¡¿Qué?! ¿Por qué hiciste eso? Estoy segura de que ella intentó llamarte, ¿me equivoco?" Gio

tiene las cejas arqueadas y parece más irritada que sorprendida.

"¿Dónde vamos a almorzar? Tengo hambre."

"No cambies el tema. ¿Te llamó o no te llamó? Espero que al menos no hayas contestado."

"De verdad tengo hambre. Vamos a comer, te prometo que te cuento durante el almuerzo", digo ya de pie, mientras me dirijo hacia la puerta.

Solo cuando ya estamos acomodadas en el restaurante de la Universidad es que vuelvo al tema: "Tienes razón, no sirve de nada enojarse. Tienes razón en todo... Tienes razón en que no debía haber encendido el maldito aparato, tienes razón en que Leo me llamó y, sí, terminé contestando."

"¡No puedo creerlo! ¿Hablaste con ella?"

"Hablé", suspiro profundamente antes de responder, y empiezo a comer mi ensalada, incitando a Gio a hacer lo mismo con un movimiento de cabeza. Por unos segundos, masticamos en silencio, pero termino retomando. "Después de ver los mensajes que dejó durante estas semanas, sabía que tarde o temprano tendríamos que hablar. Cuando ayer por la tarde insistió, decidí que era el momento. Ella se quedó tan atónita que por un instante no dijo nada. Después, recuperó la calma, como de costumbre, y, como si nos hubiéramos visto la semana pasada, declaró su amor. No sé cómo, pero en cierto punto de la conversación se dio cuenta de dónde estaba yo y, claro, menos de una hora después estaba sentada a mi lado en el parque."

"¡No lo creo!"

La mirada de Gio muestra que su comentario es sentido. Creo que ni en sueños ella imaginó que Leo y yo nos encontraríamos así.

Leo llegó tranquilamente, como si fuera una cita programada. Me sonrió y puso las manos en mis hombros, no dejándome levantar. Cuando iba a darle un beso en la mejilla, ella giró el rostro y me tocó con sus labios.

"¡Por favor, Leo, deja de hacer eso! ¡No puedes llegar aquí y fingir que estos cuatro años no pasaron! ¡No puedes ignorar lo que te dije la última vez que nos vimos!" Aquel toque de labios fue más que suficiente para quitarme la buena educación y el resto de tranquilidad que intentaba mantener desde que había colgado el teléfono. "¡Mierda! ¡Deja de hacer estas cosas! Deja de perseguirme, hace cuatro años decidiste nuestras vidas. No hay nada más que decir. Cuando hace poco me pediste que te esperara, nunca debí haber aceptado."

"Pero aceptaste", dijo con esa voz ronca y calmada que me hechiza y al mismo tiempo me desespera.

"Dijiste que tenías un asunto importante y rápido que tratar. Bien, soy toda oídos, pero no pienses que puedes tocarme o besarme como si estuviéramos juntas, ¡porque no lo estamos! ¡Y no lo estaremos!"

"Cuando vine a Roma a principios de agosto..., cuando aparecí en tu casa y me echaste, no me dejaste explicar lo que estaba pasando. Colgaste el teléfono y saliste del apartamento, ¿por qué? ¿No era más fácil hablar conmigo?"

"Crees que todo siempre tiene que ver contigo, que mi vida aún gira a tu alrededor. Te equivocas. Hubo un intercambio de profesores y estoy fuera por un semestre. Un colega de la otra facultad está en el apartamento, espero que no hayas ido a molestarlo."

"Intenté hablar contigo a través de Gio, le pedí tu contacto, pero se negó. Estoy segura de que ella nunca te transmitió mis mensajes."

"Deja a Gio fuera de esto. De una vez por todas, di lo que tengas que decir".

"Mi separación es definitiva. Estoy enamorada de ti, siempre lo he estado y siempre lo estaré. Creo que lo sabes." Leo intentó poner la mano en mi pierna como tantas veces hacía, pero la rechazé con brusquedad. Ella continuó: "Sé que te lastimé. Querías tener un hijo, en esa época solo pensabas en eso, en eso y en el doctorado. Hubo semanas, meses en los que apenas nos hablábamos. Él se acercó. Estabas tan distante que ni siquiera te diste cuenta".

"Deja de hacer este juego, deja de hablar como si yo tuviera la culpa de algo. Yo estaba contigo, quería tener un hijo contigo y tú..., ¡tú te embarazaste de tu ex marido!"

"Es verdad, pero tienes que entender. Sé que te lastimé y te pido disculpas, te pido que me perdones. Estoy segura de que aún podemos ser felices e incluso tener un hijo."

"Por favor, Leo."

"Vine a Roma para poder estar más cerca de ti. Pedí un traslado aquí, al hospital central, y estoy trabajando en el servicio de psiquiatría. Alquilé un apartamento enorme en Parioli, estoy segura de que te gustará."

"Debes estar alucinando. No me interesa dónde trabajas, ni dónde vives, ¡no es asunto mío! ¡Nada que tenga que ver contigo es asunto mío!"

"Las niñas te extrañan."

"Deja eso, es demasiado bajo incluso para ti, deja a los niños fuera de esto. Ellas ni siquiera me recuerdan, y es mejor así."

"Claro que te recuerdan, les hablo de ti, ven fotos".

Después de reproducir parte de la conversación, decido ahorrarle a Gio los detalles más sórdidos, los mil argumentos sobre cuánto me ama y cómo me extraña.

"Sabes, Gio, cuando refuté cada uno de los argumentos y le dije que tenía una nueva vida, de la cual ella no forma parte, Leo me dijo algo que me dejó preocupada."

"¿Cómo así? ¿Qué más podría haber dicho, después de todo eso?", pregunta Gio, con el tenedor en el aire, a medio camino entre el plato y la boca.

"Dijo que sabía por qué yo había 'huido de Roma'. ¿Crees que ella pueda saber algo?"

"Claro que no. ¿Cómo podría? Solo lo sabemos nosotras y Francesca, nadie más. No te preocupes por eso, es solo ella intentando perturbarte. Te fue bien, muy bien. ¡Felicidades!" Gio sonríe abiertamente, traduciendo en la expresión de su rostro lo que acaba de decir.

Terminamos la comida, mientras hablamos de temas más ligeros, sobre todo relacionados con la Universidad y el inicio del año lectivo.

"¿Ahora puedes decirme por qué decidiste venir aquí tan de repente? El sábado, tenías una cara pésima, y acepté tu argumento de que extrañabas este lugar. Pero hoy, tal vez puedas decirme la verdad. ¿Qué pasó? ¿Fue Simone?", pregunta mientras revuelve el café.

"No puedo tener nada con ella. Sería cometer el mismo error dos veces. Es tan seductora como Leo, e igualmente inaccesible. No tengo fuerzas para luchar por cada migaja".

"Te equivocas. Simone es seguramente mucho más seductora que Leo, porque es una persona genial, y también es genial en la forma de amar."

Qué comentario extraño, pienso, después de todo, ¿qué sabe Gio sobre Simone?

"Tiene tanto de genial como de egocéntrica."

"Tal vez, o tal vez sea solo miedo. Pero concuerdo en que este no es el momento".

Sigo sin entender, pero sigo en otra dirección: "Estuve con Francesca, pero no quiso hablar sobre el Proyecto."

"Me imagino... Estoy segura de que tenía otros temas más importantes contigo", dice Gio riendo.

"Pues sí...", río también. "Pero ¿ustedes decidieron algo? No me quedé convencida de que sea

posible persuadir a Simone para que acepte. Podemos estar perdiendo el tiempo con la persona equivocada."

"¿Crees que es la persona equivocada?", pregunta Gio, que ahora habla en un timbre serio.

"No, no fue eso lo que quise decir. Pero ¿de qué sirve tener a la persona ideal si ella no quiere trabajar con nosotros?"

"Tienes razón, ella no quiere trabajar con nosotros, pero tal vez quiera luchar con nosotros."

De camino de regreso a la sala de Giovanna, algunos colegas me saludan en el pasillo, sorprendidos de verme aquí. Un grupo de alumnos aborda a Gio, y ella me pide que siga adelante.

Entro y vuelvo a sentarme en el mismo sillón. En cuanto ella regrese, me voy. No me siento muy bien, espero que no sea el comienzo de una migraña. Siento la comida en el estómago y un leve malestar, creo que fue el café. Inclino la cabeza hacia adelante, sosteniéndola con las manos, apoyando los codos en las rodillas, y cierro momentáneamente los ojos.

"¿Nicola?"

Conozco esa voz, pero no puede ser, pienso antes de levantar la cabeza. "¿Simone?!"

Es ella, parada en la puerta, aquí, en Roma.

"Por tu cara, presumo que Gio no te avisó que yo estaba aquí", dice. "¿Estás bien? Estás pálida. ¿Necesitas algo?"

"No." Es verdad, de repente el malestar desapareció. "¿Viniste a Roma?", digo, constatando lo obvio. "¿Cuándo llegaste?"

"El sábado por la noche."

"¿Sábado?" Sé que sigo repitiendo lo que ella dice, sin poder asimilar la situación. Estuvimos juntas esa noche, la eché de mi casa y al día siguiente vino a Roma. No logro entender.

Gio entra en ese momento y me mira directamente: "Se encontraron, ya veo. Disculpa no haberte avisado, Nicola. Simone decidió hablar con Francesca".

"¿Y acordaron no contarme?", pregunto, muy irritada. "Me voy. Hablamos después, Gio", digo levantándome.

Capítulo 22

Las circunstancias cambian rápido

Simone

"No te vayas. No así", digo, sin saber qué más añadir.

Nicola va hacia el perchero y agarra su inconfundible chaqueta de cuero. Mientras tanto, Giovanna se ha sentado a la mesa y mira la computadora, fingiendo ignorar la situación.

"Espero que tus reuniones sean buenas y que decidas entrar en el Proyecto. En serio, independientemente de todo, realmente me gustaría que participaras, es mucho más importante que nuestros asuntos personales."

Nicola parece sincera en sus palabras. Creo que realmente piensa que este proyecto puede hacer la diferencia. Me gustaría salir con ella y conversar, pero este no es el momento. Solo me queda intentar encontrar otra oportunidad.

"¿Hasta cuándo te quedas? ¿Podemos cenar?"

Ella termina no dando una respuesta definitiva y se va prometiendo que llamará para quedar. No estoy segura de si pretende hacerlo. ¡Cómo cambian las cosas!

Cuando Nicola se va, Giovanna apaga la computadora. "Ustedes necesitan conversar, no tiene ningún sentido el ambiente que quedó entre ustedes."

"El otro día me dijiste que Nicola ya ha sufrido bastante. No quiero ser una persona más en esa lista. Me gusta", digo bajito.

"Sé que sí", responde Gio entre dientes.

"No puedo darle lo que necesita. Sabes que no puedo. Tal vez puedas aclarar una duda que me atormenta hace algún tiempo: ¿por qué Nicola se fue a la Universidad? ¿Fuiste tú quien pidió cambiar con el candidato que estaba programado?"

"Vamos a salir de aquí, este no es el lugar para esa conversación." Gio mira por la ventana, llueve copiosamente afuera. Las personas pasan apresuradas, haciendo lo posible para minimizar los efectos de la lluvia que apareció sin previo aviso.

"El tiempo aquí cambia de un momento a otro", comento, sin saber qué decir.

"¿Quieres ir a mi casa?", pregunta de la nada. Creo que ni pensó en lo que estaba diciendo, simplemente salió. "Si no, también podemos ir a otro sitio, como quieras."

"Me encantaría", respondo con una sonrisa y cierta dosis de malicia inofensiva.

Vamos en su carro y, en menos de media hora, me veo sentada en un sofá de cuero blanco, con una taza de té reposando en la pequeña mesa de centro, esperando que se enfríe un poco para poder beber. La casa recuerda en todo a la de Milán. Pocos muebles, todo en tonos de blanco y negro, en un estilo minimalista muy cuidado. Es simplemente la casa de Giovanna Rossi.

"Puedes relajarte", me dice riendo, mientras se recuesta en el sofá situado frente a mí, asumiendo una postura relajada. "Estás sentada tan derecha que parece que estás esperando que te hagan un interrogatorio o algo así."

Me río con el comentario y me recuesto en los muchos cojines, asumiendo una posición más cómoda.

"Tu casa es fantástica, me siento como si hubiéramos vuelto a Milán", no sé si la observación es para ella o para mí misma.

"Adoraba la casa de Milán, pero esta tampoco está nada mal. Antes de salir, estabas preguntando, y sí, fui yo quien pidió cambiar a los candidatos. Ella necesitaba salir de aquí."

"¿Pero por qué? ¿Por qué ahora? ¿Qué pasó?"

"Por más que quiera, no puedo ser yo quien te lo cuente. Tendrá que ser Nico quien lo haga

cuando crea que es el momento, y estoy segura de que acabará sucediendo. Lo que puedo decirte es que Leo volvió y está intentando de todas formas acercarse. Nico nunca fue capaz de resistirse, pero esta vez parece diferente."

"¿Qué quieres decir con 'esta vez'?", pregunto sin entender a dónde quiere llegar.

Gio revuelve el té con la cuchara, liberando una pequeña nube de humo. Después de beber algunos sorbos, dice: "Ayer se encontraron. Leo la llamó, Nicola atendió y terminaron encontrándose. Por lo que Nico me contó, Leo tuvo el mismo abordaje de siempre, pero se encontró con una Nico transformada, que detuvo todos los avances. Mira, Simone, puedo estar equivocada, pero ese cambio de comportamiento tiene que ver contigo."

"¿Conmigo?", pregunto sorprendida por el crédito atribuido.

"No es que me lo haya dicho, pero apostaría a que Nico está enamorada."

"¿De mí?"

"Claro, ¿de quién más?"

"No puede enamorarse de mí. No soy capaz de darle lo que necesita, y ella lo sabe. Lo dejó bien claro la última vez que estuvimos juntas. Yo estoy enamorada de Lisa..." Cuando digo esas palabras, que tantas y tantas veces repetí a lo largo de los últimos casi tres años, me doy cuenta de que es Gio quien está frente a mí. Me arrepiento inmediatamente de haberlas proferido, pero no es posible borrarlas.

Giovanna me mira, deja la taza y se inclina hacia adelante. "Yo soy la única persona a la que no puedes decirle eso. Vamos, Simone, sé honesta. La enfermedad de Lisa las acercó, los últimos años deben haber sido difíciles, no voy a decir que puedo imaginar porque, en realidad, creo que no puedo. Pero, antes de eso, ya no estabas más enamorada."

"Quisiera que nuestra historia hubiera sido diferente." Sacudo la cabeza y desvío la mirada. ¿Hace cuánto que no me permitía pensar en eso, pensar en Gio y en los momentos que pasamos juntas?

"Nuestra historia fue lo que pudo ser. No cambiaría los momentos que pasamos juntas por nada, y si el destino jugó en contra nuestra, solo nos queda aceptar eso. A pesar de todo, creo que jugamos lo mejor posible con las cartas que teníamos en la mano", dice riendo al mismo tiempo que limpia una lágrima que se desliza por su rostro. "Fuimos honestas, jugamos limpio, y eso hizo toda la diferencia. Mira, hoy estamos aquí, sentadas, conversando y bebiendo té, como en tantas otras tardes. Cambiamos de ciudad, cambiamos de sala, pero somos las mismas."

"Nunca voy a sentir por nadie lo que sentí por ti."

"Lo sé."

"¿Por qué quieres que entre en el Proyecto? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?"

"No cambiaste nada, haces preguntas en cataratas. No sé si esperas respuestas, creo que en el fondo piensas que lo importante son las cuestiones y no las respuestas que puedas obtener."

Suelto una carcajada. Siempre fue así, cuando conversamos tengo la necesidad de hacer preguntas, y Gio..., Gio está a la altura de poder responder. Eso es algo muy especial.

"Realmente quiero saber, disculpa."

"El Proyecto es tan complejo que solo una mente como la tuya puede integrar el todo. Necesitamos a alguien sin certezas previas y que esté dispuesta a luchar por un bien mayor, muchas veces sin importar los medios. Tú eres esa persona." Gio me mira, se levanta y vuelve a sentarse, esta vez a mi lado. Pone mis manos entre las suyas y prosigue: "No es solo eso, quiero trabajar contigo, y el destino nos dio otra oportunidad."

"¿Estás segura?"

"¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Si estoy segura de que eres la persona correcta para el

Proyecto? ¿O si estoy segura de que quiero trabajar contigo?"

"La segunda."

"Esto no es una continuación de lo que perdimos hace..., ¿hace cuántos años?"

"Casi seis, cuando Lisa fue diagnosticada."

"Es el intento de construir algo nuevo. Tú seguiste tu vida y yo la mía, somos personas diferentes, y no creo que podamos recuperar aquella pasión. Pero la amistad, el gusto por el trabajo, esos, por lo menos de mi parte, permanecen intactos."

"Adoraría trabajar contigo." Ya casi me había olvidado de cuánto me gusta estar con ella, conversar con ella. "Es una decisión profunda. Para hacer esto en serio, tendría que venir para acá."

"Podrías montar un equipo allá..."

"Tú estás aquí", digo mirándola.

"Me alegra que hayas decidido por lo menos considerar el asunto. Francesca también va a estar satisfecha. ¿Cuándo te vas?"

"El miércoles."

"¡No te vayas!... Quiero decir, no te vayas el miércoles. El jueves en la noche, Francesca da una fiesta. Me encantaría que vinieras."

"¿Una fiesta?" Pienso en lo que Nicola me contó sobre las fiestas de Francesca, sobre la '*Sphere*'.

"Van a estar varias personas que deberías conocer. Puede ser que vengan a participar en nuestro Proyecto. Además, puede ser que la magia de esas fiestas te contagie."

--

Vuelvo al hotel ya de noche. No me apetece cenar, voy a subir y después pido algo de comer, reflexiono mientras cruzo el vestíbulo, a esta hora demasiado concurrido debido a la lluvia que aún cae. Al pasar por el bar, miro distraídamente a las personas sentadas en las mesas y me detengo en una de ellas junto al piano. Es Nicola. ¿Será que está en este hotel? ¡Qué coincidencia! O tal vez no, después de todo quien reservó mi suite fue Giovanna.

Me fuerzo a avanzar hacia los ascensores, no voy a hablar con ella ahora. Tal vez le llame más tarde, o mañana, para ver si quiere quedar para algo. Después de un baño prolongado, me pongo el pijama y me instalo en la mesa con la computadora abierta. Tengo que por lo menos intentar escribir algo. Cada día que pasa me siento más culpable.

Releo lo que escribí, no está mal. Faltan una o dos páginas de crítica. No me gusta cerrar textos con conclusiones. Yo nunca concluyo nada, cada fin es siempre un inicio.

Me sorprendo con la facilidad con que las palabras se suceden, cuando pongo un punto final, tengo la certeza de que el texto está concluido. Nunca dejo de asombrarme cómo el fin es siempre tan obvio cuando estoy escribiendo. Hay un momento en el que termina, las palabras toman su lugar, los párrafos se suceden y ese no podría ser otra cosa sino el último punto final.

Cómo las circunstancias cambian rápido. Al final, no solo voy a terminar, sino que voy a terminar antes del plazo. Contenta conmigo misma, llamo a la recepción para pedir una sopa y una copa de vino. Pienso en la conversación con Gio y en todo lo que implica aceptar la propuesta. Cuando acabo de comer, le llamo a Carmen.

Le cuento una versión muy resumida de mis conversaciones por aquí, sin mencionar que considero la posibilidad de aceptar el Proyecto. Por el medio, comento que fui invitada a una fiesta el jueves. "

¿Y nuestro juego del torneo? Es el miércoles."

"Es verdad, disculpa, se me había olvidado. No voy a la fiesta y vuelvo el miércoles por la mañana como planeado."

"¡No! No vas a dejar de ir a esa tal fiesta por el torneo. Pero, ¿desde cuándo vas a fiestas?"

"Van a estar personas que pueden contribuir al Proyecto. Giovanna y Francesca creen que es importante que hable con ellas."

"Cierto...", la voz de Carmen no parece muy convencida. "Podemos desistir... o..."

"¿O qué?"

"O yo podría invitar a Emily para jugar conmigo. No sé si aceptará, pero no cuesta intentarlo. Me dijo que sabía jugar."

"Vean si ganan el juego, tengo esperanza de que podamos ganar el premio", digo riendo.

Capítulo 23

O que interessa é ganhar

Carmen

"Ni siquiera sabes cuándo son los juegos... Estoy segura de que tampoco sabes de cuánto es el premio", comento, riendo también.

"Eso no importa, lo que interesa es ganar", dice Simone, muy a su estilo.

"Déjame preguntarle a Emily, ya te llamo de vuelta."

Cuelgo e inmediatamente, como si necesitara un pretexto, presiono el número de Emily.

"¡Te extrañaba!" es lo que dice en cuanto contesta el teléfono.

"Ayer no debía haberme quedado ahí."

"¿Por qué? ¿Tuviste problemas con Samuel? No te oí salir."

"Cuando llegué, estabas durmiendo y hoy por la mañana ya te habías ido cuando desperté."

"Menos mal. Casi no lo conozco, pero de lo poco que conversamos en el hospital, me pareció una persona muy agradable."

"No sé si 'agradable' sería un adjetivo que yo usaría para describirlo, pero sí, él es 'muy agradable'", contrapuse. "Ya Magie está imposible de soportar."

"No te enojas con ella, es una situación difícil."

"Cambiano a un tema menos complicado, Simone acaba de llamarme, está en Roma y va a tener que quedarse unos días más. Entonces no va a estar aquí el miércoles por la tarde para nuestro juego del torneo..."

"Qué pena, ¿van a desistir?", interrumpe, sin dejarme terminar la frase. "¡No! Quiero decir, no, si aceptas ser mi pareja."

"¿Yo?"

"¡Sí, tú! ¿No dijiste que sabías jugar? Pues bien, es hora de demostrarlo. En el peor de los casos, perdemos. Vas a tener que consolarme y enfrentar la ira de Simone cuando llegue, nada más" digo soltando una carcajada. Cuando cuelgo, casi una hora después, le envío un mensaje a Simone diciendo que Emily jugará el torneo.

Puntualmente a las tres de la tarde nos sentamos a la mesa. En el torneo, las cartas se barajan automáticamente. El juez trae los mazos y me toca a mí repartir el juego. Las jugadas se suceden, nadie abre el juego y el montón se va acumulando, dejando una sensación de tensión en la mesa. Alrededor de la mesa, una decena de personas acompaña el juego en silencio. Miro a mi izquierda y noto que Grace y David acaban de sentarse. De inmediato miro a Emily. Su rostro se puso pálido y tiene los labios contraídos. Percibo de inmediato que ella también ya los vio. El juego da dos vueltas más sin que nada se altere. Es el turno de Emily descartar una carta. ¡Una dama! Nadie ha jugado damas todavía... La mujer a mi derecha sonríe. Retira de la mano un par de damas y las pone en la mesa, acompañadas de una tercia de ases. Estamos en la primera partida, la apertura es a cincuenta. Mientras ella expone el juego, voy pensando si aún hay algo por hacer. En el torneo es solo un juego hasta cinco mil puntos, quien gana avanza y la otra pareja es eliminada. Después de que todas las cartas son expuestas en la mesa y se hacen cuatro canastas, la jugadora a mi izquierda le pregunta a su compañera si quiere finalizar. Es lo mejor que podría pasar. Si ellas terminan ahora, nosotras hacemos puntos negativos, pero ellas no van a llegar a los cinco mil puntos y vamos a tener que jugar por lo menos una partida más.

Cuatro mil cien es la puntuación de la pareja adversaria. No será fácil recuperar, pero no es

imposible.

Miro a Grace, que exhibe una sonrisa sarcástica, sacudiendo la cabeza, como si ya anticipara que la hija juegue lo peor posible. Si queremos alguna oportunidad, Emily tiene que calmarse y concentrarse. En las próximas partidas, nuestras adversarias abren a ciento veinte, su juego será más difícil. Tenemos que aprovechar para hacer juegos rápidos y no dejarlas hacer canasta.

"Emy, querida, concéntrate, ¡piensa que es un concurso más que vas a ganar!", digo sabiendo que al juez no le va a gustar.

"Por favor, silencio. Saben que no puede haber comentarios durante el juego."

"Mis disculpas", digo entre dientes, sin el mínimo arrepentimiento.

Emily abre una sonrisa, brindándome con sus hoyuelos en las mejillas. Ganamos las dos partidas siguientes. El juego se equilibra más, pero ellas todavía están más de mil puntos por delante de nosotras. Volvemos a tener una partida tensa, nadie expone el juego, aún no hay canastas y el montón empieza nuevamente a crecer. Emily traba el montón con un comodín. A esta altura del juego, eso solo quiere decir que no tiene nada más para jugar. Esa jugada solo le da un respiro por una ronda más. Vuelve a ser su turno y ella pone otro comodín en el montón. ¿Qué está haciendo? Tal vez no fue una buena idea, la puse en una posición de estrés innecesario. La jugadora a mi derecha, que juega hacia Emily, parece estar poniéndose nerviosa. Emily juega un nueve. A pesar de que ya se jugó algunas rondas atrás, es una carta que no ha salido mucho. Contengo la respiración, aguardando a la jugadora a mi derecha, y respiro hondo cuando ella va al mazo a agarrar una carta más. Vuelve a ser el turno de la jugadora a mi izquierda. Ella hace un compás de espera y juega un nueve, con la seguridad de que, si Emily descartó uno en la jugada anterior, Emily no cambia de expresión y, cuando parece que el juego va simplemente a continuar, ella retira de la mano un par de nueves. Ni siquiera es necesario terminar la partida, ¡ganamos!

Después de los abrazos y felicitaciones, Grace y David se acercan. "Fue excepcional, ¡felicidades!" dice Grace, forzando a Emily a un abrazo.

"Vamos a celebrar, vamos allí a tomar una cerveza, no acepto excusas", dice David tirándome del brazo. Me encojo de hombros, miro a Emily, que también parece resignada, y los seguimos hasta *The Machine*.

La conversación se concentra en el juego. Grace va elogiando la estrategia de Emily, no sin argumentar que podría haber fallado rotundamente. Después de la primera ronda de cervezas, Grace parece estar con más ganas de provocar a Emily, esparciendo algo de veneno.

"Tu frase fue fundamental, Carmen", dice mirándome. Presiento que, a partir de ahora, seré yo quien esté en la berlina. "Nunca conseguí que Emily me hiciera caso, en cambio a ti..."

"Solo intenté motivarla."

"¿En serio? ¿'Querida'? ¿'Emy'?"

"Mamá, para con eso, es mejor que nos vayamos", dice Emily haciéndome una señal de que quiere irse.

"¿Quieres que pare con qué? ¿Desististe de las prácticas, pero vienes a jugar canasta con tu tutora? ¿No te parece extraño? De un día para otro, vas a un congreso que no tiene nada que ver contigo, duermes en su habitación. ¿Crees que somos todos idiotas?"

"Calma, Grace. Es mejor no tener esta conversación aquí", dice David, buscando calmar los ánimos. Demasiado tarde.

"Mira, David, si tú no hablas, yo hablo. Es una desvergüenza. Carmen tiene edad para ser madre de Emily, está casada y es madre de dos hijas. ¿Qué puede querer con nuestra hija? ¿Hacia dónde la estás llevando? ¿No ves que vas a arruinar su carrera y su vida?", me pregunta fulminándome

con la mirada. "Tú y Simone, yo siempre toleré... no soy de meterme en la vida ajena, pero con Emily, eso no."

"¿Qué quieres decir con 'yo y Simone'?", pregunto, no entendiendo el comentario.

"Sí, ustedes, muy amigas, ella viuda de una mujer... esa amistad debe ser otra cosa. Pobre Samuel, tiene que cerrar los ojos. Es un santo, ese hombre."

"¡Cállate! ¡Te vas a callar ahora!", grito violentamente, golpeando con la palma de la mano la superficie de la mesa y derribando dos de las botellas que aún no estaban vacías. Con el susto provocado por el ruido del golpe y de los vidrios, se hace silencio. "No tienes la menor idea de lo que estás diciendo. Vives de apariencias. Afortunadamente tu hija consiguió ver eso a tiempo y alejarse. En cuanto a mí, me estoy cagando en lo que puedas pensar o decir, y sé que lo mismo se aplica a Sam. ¿Quieres saber? ¿Realmente quieres saber? Tu hija y yo estamos enamoradas. Si la traté de 'querida' es porque es exactamente eso. Podría haber sido 'mi amor'...", paro solo porque no tengo aliento para más. Grace no estaba nada esperando mi reacción y permanece muda, recostada en la silla, con los ojos vidriados.

"Ven, Emy, vamos a casa, ya dijimos todo lo que había que decir por aquí."

Entramos a mi casa y nos sentamos en la cocina, Emily está tan pálida que temo que se esté sintiendo mal. Samuel está de guardia en el hospital, pero las niñas están en sus cuartos, y nos oyeron entrar.

"Hola mamá, ¿ya llegaste?" pregunta Bia. "...¿qué hay para cenar?", prosigue antes mismo de percibir que Emily está en la cocina.

"Bia, buenas noches. Saluda a Emily, una... una amiga de mamá." Me siento profundamente irritada conmigo misma por presentar a Emily de esta forma. Pero ¿qué puedo decir?

"Hola Emily", dice Bia, que mientras tanto se detuvo al pasar por la puerta.

"Hola, ¿tienes hambre?", dice Emily como si ya conociera a Bia. "¿Ya empezaste el colegio? Te ves cansada."

Bia sonríe con la atención dispensada. "Estoy cansada, ¿no? Mira, mamá, solo tú no crees que hacer repasos es cansado, hasta tu amiga se dio cuenta de eso."

"¿De qué estás haciendo repasos? Mirándote, puedo ver que eres una excelente alumna. ¿Qué quieres hacer cuando seas grande?"

"Médica, voy a ser pediatra... tal vez cirujana pediátrica."

"Excelente elección, yo creo que voy a ser neuróloga", responde Emily, alimentando la conversación. Bia está derretida, a partir de aquí Emily puede pedir lo que quiera. Quién diría que sería tan fácil con Magie.

"¿Tú ya eres grande y todavía no sabes lo que vas a hacer?"

"En realidad no, estoy estudiando varias cosas, vamos a ver a cuál me voy a dedicar en el futuro."

"¿No puedes hacer todas?", pregunta Bia, que mientras tanto se sentó en la silla a su lado.

Emily suelta una carcajada, "Impresionante cómo esta niña consigue ser mucho más astuta que tantos adultos."

Magie entra a la cocina a tiempo de oír la última parte de la frase, "...ella no es exactamente una niña, es más tipo una adulta en miniatura", dice riendo, dándole una palmadita en la cabeza a Bia al pasar. Bia, irritada, reacciona y le da una patada.

"¡Por favor, niñas, compórtense! ¡Paren!", digo en una mezcla de indignación y risa.

"Hola, tú debes ser Magie, yo soy Emily, amiga de tu mamá."

Simpático de su parte repetir mis palabras, mostrando que no se ofendió.

"¿Vas a cenar aquí?"

"Magie, esa no es manera de tratar a una invitada."

"Ay mamá, necesito saber cuántos platos tengo que agarrar", responde de forma seca.

"Sí ceno, pero tendré el mayor placer en ayudarte. ¿Tú también estabas haciendo repasos?"

"Claro que no, quién hace repasos así que empiezan las clases." Magie hace una mueca a Bia, que responde haciendo gestos con las manos.

"Disculpa, Emily, ¡ellas consiguen ser insoportables!"

Ya durante la cena, Emily retoma la conversación con Magie, "Al final, ¿qué estabas haciendo hace un rato? Apuesto a que todavía no tienes nada para estudiar."

"Me inscribí en el grupo de teatro, estamos analizando textos para elegir la obra que vamos a ensayar."

"Si quieres, después de la cena, me encantaría ver los textos, quién sabe si conozco algunos. Sabes, yo estudio poesía."

"En serio, ¿no eres médica?" Magie para de comer y mira sorprendida a Emily.

"Lo soy, pero me gusta la poesía. Si pudiera, me dedicaría a escribir."

"¿Y por qué no puedes?"

Evitando que Emily tenga que responder, empiezo a levantar la mesa y traigo un helado para el postre.

"¡Gracias!", le digo al oído a Emy cuando paso por ella.

Vamos a la sala y sorprendentemente Magie no huye de inmediato a su cuarto. Por el contrario, se sienta en el sofá al lado de Emily y continúa conversando. En el bolsillo de mi pantalón, siento el celular vibrar.

"Voy a atender, ya vuelvo", digo, saliendo hacia la cocina.

"Hola Nicola, ¿cómo estás?"

"¿Estoy interrumpiendo? ¿Estás cenando?"

"No, ya terminamos. Emily está aquí, está allí en la sala con las niñas."

"¿Emily cenó con tus hijas? ¿En tu casa? No puedo salir de acá media docena de días y todo pasa. Si me quedo fuera un mes acabas casada con ella", Nicola se ríe a carcajadas con su propio comentario, haciéndome reír a mí también.

"Quiero saber de ti, ¿cómo estás?"

Capítulo 24

Un té y un cannolo

Nicola

"Sabías que Simone estaba aquí, ¿no?", pregunto, sin responder.

Carmen parece haber sido tomada por sorpresa, "Sí."

"Me la encontré en la oficina de Gio, ayer."

"¿Hablaste con ella?", pregunta, mostrando que en tan poco tiempo ya me conoce bien.

"¡No! Salí por la puerta, no dándole tiempo para nada. Me pidió que habláramos, que cenáramos, creo que no."

"Me alegra saber que no estás segura."

Me río. "Podrías ser filósofa, ¿lo sabías? Eres excelente dando significados a las palabras, los que tienen y los que podrían tener. Cambias el contexto a tu antojo, ¿no?"

"¡Aprendí de la mejor!", responde Carmen, riendo también. "Ve a cenar, habla con ella, o por lo menos escucha. ¿No crees que es un paso enorme, que Simone salga de aquí, salga de casa y tome un avión a Roma?"

"No había pensado en eso. Me irrité tanto porque nadie me dijo nada, que ni pensé por qué viajó. Pero al final, ¿por qué? ¿Tú sabes?"

"No. Ella no me dijo nada, dio razones descabelladas y yo no insistí. En el fondo creo que fue tras de ti."

Carmen paró de reír y su voz suena seria y compenetrada. Me quedo pensando si fue eso mismo, ¿será que Simone vino detrás de mí, o por lo menos por mi causa?

"Disculpa, te estoy reteniendo aquí al teléfono y tú tienes, seguramente, cosas mucho mejores que hacer ahí en casa. Por favor, no te cases con ella antes de que yo llegue."

**

Ya estoy sentada en uno de mis restaurantes favoritos cuando Francesca y Gio entran juntas. Quedamos en almorzar y discutir el Proyecto. Al final, desde que llegué, por una razón u otra todavía no hablamos sobre ese asunto.

Es Francesca quien va directo al grano: "Hablamos con Simone, sé que ya lo sabes. Sabes que no soy una persona que se deja impresionar fácilmente, pero Simone lo consiguió. ¿Qué podemos hacer para convencerla de aceptar?"

"Yo almorcé con ella el lunes, hablamos de muchas cosas, mucho que dejamos por decir todos estos años", dice Gio, "Percibí que todo aquello que yo veía en ella aún está allí, tal vez mejor, burilado por el paso del tiempo. Y sin embargo, a pesar de ser la persona correcta y de gustarle el Proyecto, está presa de sus fantasmas.", bebe un poco de vino y mira a Francesca.

"¿Cómo se libera a una persona de sus fantasmas?"

Aunque la pregunta no esté dirigida a mí, soy yo quien acaba respondiendo: "Ella nunca se va a liberar. Por lo que vi, no sirve de nada insistir, ella nunca va a aceptar."

"Y sin embargo, vino hasta aquí", dice Francesca, mirando ahora directamente a mis ojos.

"Es verdad", respondo.

Francesca, que mientras tanto va comiendo su bistec, tan poco cocido como a ella le gusta, vuelve a preguntar: "¿Cómo se libera a una persona de sus fantasmas? Si descubrimos la respuesta, tendremos una oportunidad."

"Deberíamos descubrir lo que la atormenta", digo, pensando más en mí que en el Proyecto.

"Tú tienes que ser quien lo intente, Nicola.", responde Francesca.

"¿Yo? ¿Cómo yo? La eché de mi casa. Lo mejor es que Gio hable con ella." Paro de comer, perdí el apetito. Siento un nudo en la garganta y un apretón en el pecho. No quiero tener que hablar con Simone. La única forma segura de mantenerme lejos es justamente no hablar con ella.

Gio sonríe y coloca la mano sobre mi brazo en un gesto maternal que tiene muchas veces. "Vamos, Nico, Simone vino a Roma detrás de ti. Por favor, habla con ella."

Es una lucha perdida de salida, son dos contra una y ellas tienen mucha más fuerza que yo. Cuando salimos, queda la promesa de que hablaré con Simone aún hoy.

--

Sin otra alternativa posible, le envío un mensaje cuando vuelvo al hotel. *'Passeggiata del Giappone, voy a tomar un té en el café al final, hoy a las 17h, te espero.'*

--

Camino por el Parco Centrale dell'Eur con los ojos puestos en el lago. Recuerdo los años en que corría kilómetros por entre los árboles y los caminos escondidos del parque. Cuando vuelva, voy a retomar, pienso, intentando hacer un compromiso conmigo misma. Son los más difíciles de honrar, como si fuera más importante lo que prometemos a los otros que a nosotras mismas, extraña nuestra conciencia.

¿Será que viene? No respondió. Probablemente ni lo vio, debe estar haciendo otra cosa cualquiera, probablemente su maldito texto.

Munida del coraje de quien se autoconvenció durante más de media hora de caminata, entro con total confianza a la sala de té. Las mesas puestas con manteles blancos y servilletas de lino dan un aspecto pomposo, pronto deshecho por la sonrisa de la joven que viene a recibirme a la puerta.

"¿Está sola? ¿Quiere una mesa?", pregunta en un acento romano característico.

"Sí, quiero decir... no sé, tal vez una amiga venga a merendar conmigo, no estoy segura."

"No hay problema, quédese en aquella junto a la ventana, es la mejor ", vuelve a sonreír y se coloca delante de mí, conduciéndome a la mesa.

"Un té y un cannolo, por favor", digo mirando el reloj.

Pasan diez minutos de las cinco, anticipando la pérdida, voy repitiéndome a mí misma que Simone ni debe haber visto el mensaje. Le doy un mordisco al canudito, esparciendo la crema alrededor de la boca.

"¡No fue fácil encontrarte!", dice Simone riendo, surgiendo frente a mí, como en un pase de magia.

Mientras ella ocupa el lugar vacío a mi lado, limpio apresuradamente la crema que escurre por mi mentón.

"Pensé que no venías."

"¿Por qué no vendría? Fui yo quien te pidió que conversáramos. Dijiste que me llamarías, me quedé esperando, y aquí estoy."

La simpática joven vuelve a acercarse, "Qué bueno que su amiga pudo venir. ¿Qué le puedo traer a ella?"

No sé si Simone se da cuenta, pero no da parte débil. Sonríe y, más con gestos que con palabras, pide lo mismo que estoy comiendo.

"Es bueno saber que soy tu amiga", comenta, en su tono siempre irónico, mostrando que comprendió.

"¿Por qué viniste?", pregunto directamente, sin darle tiempo para conversaciones circunstanciales.

"¡Disculpa! Disculpa la forma en que te traté. No fue con intención, claro. Pero eso no interesa

nada, tal vez sea hasta peor. Sólo quiere decir que o no tuve la atención suficiente para verte verdaderamente, o vi y no fui capaz de hacer diferente, de hacer mejor." El tono ahora es otro, no tiene nada de irónico. Son palabras bien medidas, dichas lentamente en un acto de contrición.

"No tienes que pedir disculpas, no hiciste nada sola. Honestamente, ni hiciste nada que yo no quisiera." Respiro hondo, le doy otro sorbo al té, ahora más frío, y continúo: "Es confuso, no quiero volver a estar en las manos de alguien, aunque mi cuerpo lo quiera más que cualquier otra cosa. Tú, la maestra en contradicciones, debes ser capaz de entender, tal vez mejor que yo."

"Puedes estar segura que sí. Me pasa a mí cada día, no querer 'querer' aquello que en verdad quiero. Necesitamos más palabras, las que tenemos son manifiestamente insuficientes para expresar sentimientos. Podríamos trabajar en eso", concluye, esbozando una sonrisa.

También ella bebe un poco de té, pero pronto hace una mueca al quemarse. Sin dar parte débil, lleva el cannolo a la boca y le da un mordisco. "Delicioso", dice, cerrando los ojos mientras mastica.

"No te entusiasmes, hay quien defiende que es un dulce fálico", afirmo con solemnidad, soltando una carcajada.

"Me estabas preguntando por qué vine. Ni yo lo sé. Un conjunto de circunstancias. Gio me llamó. Estaba preocupada contigo. Yo tenía curiosidad por saber quién era al final la Femme Fatale y qué tenía para decirme. ¿Sabes hace cuántos años que no hablaba con Gio, cuando me llamó el sábado?"

Si vamos a tener una conversación, sea la que sea, tengo que conseguir equilibrar el juego.

"Cuéntame."

"¿Qué?"

"Lo que pasó entre tú y Giovanna, una historia del medio", termino de forma claramente provocativa.

"Es justo. ¡Eres una excelente alumna!" Simone le hace una señal a la joven, pidiendo una copa de vino blanco. Yo declino la sugerencia y pido un agua con gas.

"¿Qué quieres saber?", pregunta, sabiendo exactamente cuál va a ser mi respuesta.

"¡Todo! Nada menos que eso."

"Ya te dije, nos conocimos en un congreso, continuamos correspondiéndonos. Durante años nos encontrábamos aquí y allá. Hasta que... hasta que marcamos un encuentro. Yo fui a Milán, pasé un fin de semana en su casa."

"¿Pasaste un fin de semana en la casa de Gio?", pregunto, no consiguiendo contener la sorpresa.

"¿Y Lisa?"

"No sé si te diste cuenta o no. No dije la verdad, tampoco mentí. Fui simplemente."

"¿Y después?"

"Durante años Gio y yo tuvimos un deseo creciente. En ese fin de semana, fue como si hubiera una explosión de todo lo que estaba guardado. Me entregué a Giovanna, y ella se entregó a mí, como si no existiera nadie más en el mundo. El lunes volví a casa y retomé mi vida de la mejor manera posible. Fuimos manteniendo una relación que tenía tanto de distancia como de proximidad. Compartíamos, y creo que aún compartimos, una complicidad que el tiempo y el espacio no deshacen. Lisa estaba totalmente enfocada en el trabajo. No sé si tenía a otra persona, nunca hablamos de eso, pero no me sorprendería. No me interpretes mal, Lisa era así, veía la parte positiva de todo y vivía para ser feliz, no tenía tiempo que perder con celos o desconfianzas. En cierto momento recibió una invitación para una pasantía en París y aceptó sin pestañear. Al contrario de cuando fue a Cabo Verde, esta vez yo no quería ir detrás, esta vez yo quería ir a Milán. Y fui. Pasé casi un mes en la casa de Gio. Hicimos todo lo que queríamos,

inventamos mundos sólo nuestros, realidades tan contradictorias que sólo nosotras podríamos entender y compartir. Yo sabía que me había enamorado y, después de saber eso, no había cómo volver a mi vida de siempre, no había cómo mentir. Y sabía que la verdad cambiaría el destino. Al final, fue el destino que cambió la verdad. Pocas semanas después de volver a casa, a Lisa le diagnosticaron un cáncer de mama en etapa avanzada. La verdad de ayer era ahora la más completa mentira. Fui a Milán, me despedí de Gio y no volvimos a hablarnos hasta..., hasta el sábado pasado."

"No tenía idea", digo, sin saber qué añadir.

"Aquello que siento por Gio nunca va a desaparecer. Como todo, no se queda igual. El tiempo se encarga de hacer que el agua del río pase por debajo del puente y transforma los sentimientos en otros de igual intensidad, pero atributos diferentes."

"De alguna forma entiendo lo que quieres decir. Gio estuvo a mi lado en una época en que nada tenía sentido, en que todo era mentira, porque la verdad era demasiado dura para poder aceptarla. Ella estuvo ahí cada día, cada semana, muchas veces sin decir nada. Nos quedábamos sentadas en el césped, ella me traía una flor, un abrazo. Gio fue la persona que me dio la mano en el camino de vuelta a la vida. Curiosas las coincidencias... ¿Crees en coincidencias? ¿Crees que somos un producto del destino o que producimos el propio destino?"

"Creo en círculos perfectos, donde el fin, el inicio y el medio son indescifrables e indivisibles."

Simone no sería Simone si no me respondiera con una parábola.

"¿Te gustó hablar con Francesca? Ella quedó impresionada contigo."

"¿Quién? ¿La *Femme Fatale*?"

"Sí."

"Me gustó lo que oí. Prometí pensar en el asunto y es lo que pretendo hacer. Y tú, todavía no entendí cuál es tu papel en el Proyecto." Simone ya terminó el vino y mira la copa vacía, en la incertidumbre de si debe o no pedir otra.

"¿Bebes conmigo?", pregunta.

Le hago una señal con la mano, pidiendo más vino y más agua. "Hoy no. Un día de estos te acompaño, pero hoy no", afirmo, no añadiendo nada más.

"¡Al Proyecto!", dice Simone, cuando llegan las bebidas, haciendo que su copa choque con la mía.

"No sé cuál será mi papel. Creo que es aquello que sea necesario ser en cada momento. Si Giovanna se involucra mucho, yo probablemente tendré que compensar sus ausencias en la Universidad. Si no, quién sabe, hago lo que sea necesario."

"¿Incluyendo alentar a Francesca?", pregunta, inundándome de sarcasmo.

"Sí...", respondo lacónicamente. No voy a alimentar este tipo de conversación.

"La *Femme Fatale* da una fiesta esta noche, ¿lo sabías?"

Capítulo 25

Verdaderamente libre

Simone

"Gio me invitó, pero no pretendo ir", afirmo.

"¡Tienes que ir!" Nicola responde sin darse tiempo para pensar y luego busca dar sentido a lo que acaba de decir. "Tienes que ir porque puedes conocer personas importantes para el Proyecto. Además, es una fiesta de la 'Sphere', ¿no dijiste que tenías curiosidad?"

"Este lugar es hermoso", afirmo mirando por la ventana y cambiando de tema. Afuera ya oscureció, pero la iluminación permite vislumbrar la coloración de los árboles más cercanos. "Tal vez conseguiría encontrar un espacio para leer por aquí."

--

Llego a la habitación con un sentimiento de paz que hace mucho no sentía. Me hizo bien hablar con Nicola y recordar mi historia con Gio con alguien que la quiere tanto como yo. Interesante los millones de formas de querer.

Como si supiera que estoy pensando en ella, Giovanna me envía un mensaje: *'Ni se te ocurra no venir a la fiesta, te estoy esperando. Para facilitarte, es en tu hotel, así que solo tienes que subir hasta el último piso. Obs.: No es formal, puedes venir con la ropa que sueles usar, es lo mismo que yo voy a hacer.'*

Ella continúa conociéndome bien. Tengo dos horas para tomar un baño y vestirme, aún puedo descansar un poco. Con ese pensamiento, me acuesto en la cama y empiezo a leer el libro que traje conmigo. No me duermo, pero me dejo perder en recuerdos antiguos de Lisa, de Carmen y de Gio.

Lisa con sus rizos rubios, sueltos al viento, corriendo en la playa, con la energía de una niña en el cuerpo de una mujer. Estoy segura de que ella me amó, pero no tengo dudas de que no fui su único amor. Carmen, de ojos dulces, rostro serio, siempre preocupada por lo que se espera de ella, siempre atenta a los detalles. ¿Cómo nunca noté que se sentía atraída por mujeres? ¿Será que Emily fue la primera? No es probable... ¿Y Sam? ¿Será que él lo sabía? Vuelvo a pensar en Giovanna, en la casa de Milán, en su cama de sábanas inmaculadamente blancas y perfectamente estiradas, como si alguien acabara siempre de hacer la cama recién lavada. Cuando veo el rostro de Gio, recuerdo el mensaje, la fiesta, y, en un impulso, me pongo de pie.

--

Subo en el ascensor. Cuando salgo en el último piso, veo una única puerta entreabierta. Del otro lado, se oye música y el murmullo de voces. Soy tomada por una inmensa gana de volver atrás. Respiro hondo algunas veces y me quedo recostada en la pared por algunos minutos. Finalmente, empujo la puerta y entro a la sala.

De inmediato, como si me estuviera esperando, oigo la voz de Gio: "¡Simone! Qué bueno que llegaste, ven acá, estábamos hablando de ti."

Giovanna está de pie, al lado de una mesa y un conjunto de sofás donde están sentadas cuatro personas más. Sin mirar mucho hacia los lados, atravieso el espacio que nos separa.

"Hola, Gio. ¡Francesca, buenas noches!", saludo. Gio me da dos besos y Francesca se levanta para un abrazo.

"Analise, mucho gusto", me saluda una de las mujeres sentada en el sofá.

Gio hace el resto de las presentaciones. Sin darme cuenta, tengo una copa de champán en la mano y converso animadamente sobre las contradicciones en lo que se refiere a la defensa de derechos. Aunque todas estamos de acuerdo en los temas generales, cuando los asuntos se

vuelven más específicos, las posiciones divergen. ¿Globalizar es proteger la diferencia o caminar hacia la uniformización?

Francesca no se achica en expresar vehementemente sus convicciones: "Tiene que haber derecho a elegir, y la elección puede ser no hacer diferente, puede ser respetar y vivir de acuerdo a normas y tradiciones que nos pueden parecer retrógradas. Aun así, si son una elección informada y libre hecha por la propia persona, debe ser respetada."

"¿Cómo puedes decir eso? Sabes que esa nunca es una elección verdaderamente libre", dice Analise con igual impetuosidad. "Las personas son condicionadas por el medio donde están insertas. Aunque tengan acceso, lo más difícil es librarse de las amarras sociales."

"¿Y quién define lo que es ser 'verdaderamente libre'? ¿Tú? ¿Yo?", dice Francesca, vaciando el vaso que tiene en la mano.

La conversación prosigue tan animada que no me doy cuenta que Gio se levantó, a no ser cuando la veo acercarse, trayendo a Nicola a su lado. De inmediato, Francesca interrumpe lo que está diciendo, y saluda a Nicola con un beso en los labios. Nadie parece encontrar nada extraordinario en el gesto, a no ser yo.

"Tuve que ir allá abajo a buscar a Nico a la habitación, se estaba preparando para no venir", dice Giovanna, volviendo a su lugar en el sofá y abriendo espacio para Nicola, entre ella y Analise.

"Estaba cansada, disculpen."

"Cuánto tiempo", dice Analise, guiñándole un ojo.

No consigo desviar la mirada. Cuando finalmente levanto los ojos, Nicola me fija intensamente y sonríe.

La música cambia y una balada lenta empieza a sonar. Francesca se levanta y toma la mano de Nicola, invitándola a bailar. Sin dudar, ella la sigue y yo sigo a ambas con la mirada.

Vuelvo a concentrarme en las personas a mi alrededor, pero Gio y las otras dos mujeres se levantaron, dejándome a solas con Analise. Ella reinicia la conversación sobre libertad y lo que eso puede significar en contextos diferentes. Me dejo llevar por sus viajes alrededor del mundo, atravesando el Medio Oriente, el Sudeste Asiático, hasta adentrar lo más profundo de los mundos de los Estados Unidos de América. 'Libertad', qué concepto tan simple y tan complejo al mismo tiempo. "Elecciones libres, ¿será que alguna vez somos verdaderamente libres en nuestras elecciones?"

"Creo que sí", defiende. "En países como los nuestros, y sabiendo que tenemos el privilegio de la educación y del dinero, creo que conquistamos el derecho de hacer elecciones libres, por lo menos en algunos temas", continúa.

"Muy bien, pareces convencida. ¿Estás dispuesta a probar tu hipótesis?"

"¿Qué hipótesis?" Cuando se formula una pregunta así, me pongo sensible al significado de cada palabra.

"La hipótesis es que tú, frente a una situación que te diga directamente respeto, consigues hacer elecciones verdaderamente libres. ¿Aceptas probarla?", Analise sonríe.

No la conozco lo suficiente para interpretar la expresión en su rostro, pero es una mujer muy cautivante. Tiene un encanto inusual, morena, con unos kilos de más, tiene en el brillo de los ojos negros algo que la vuelve especial.

"¡Claro, pruébame!", digo de inmediato, probablemente fruto de las varias copas de champán que ya bebí.

"Con placer", dice, cambiando de lugar para sentarse a mi lado y colocando la mano sobre mi pierna. Analise no parece tener ningún tipo de restricciones, lleva los labios junto a mi oreja y, antes de hablar, la muerde con suavidad. "Ya había oído hablar de ti y confieso que tenía

curiosidad."

"¿Curiosidad?"

"Sí, curiosidad por saber si todo lo que oí por ahí correspondería a la verdad."

"¿Y? ¿A qué conclusión llegaste?"

"¡Que te quiero!", responde, intensificando el toque en mi muslo. Su mano va avanzando y, a cada frase, a cada minuto, sube un poco más.

Me siento sonrojar y el corazón latir más rápido. Analise toma mi mano, que mantengo rígidamente posada en el sofá, y la coloca sobre su pecho.

"¿Qué estás haciendo?", pregunto, como si fueran necesarias explicaciones.

"Estoy creando una situación que te impone una decisión, una decisión verdaderamente libre."

Me doy cuenta en este momento que fui totalmente atrapada en mi propio tablero. En este ajedrez me transformé en peón, y ella es la reina.

"¿Vamos hasta tu habitación? Francesca comentó que estás hospedada aquí."

Cuando entramos en la habitación y nos sentamos en la cama, la decisión está más que tomada. No sé si es verdaderamente libre, mucho menos si es una decisión racional, pero es la única que puedo tomar.

Analise me empuja sobre la cama y, con manos expertas, me quita el pantalón y la camisa. Manteniendo el contacto visual, se aleja lo suficiente para quitarse sus propias ropas. Se acuesta a mi lado y, dejando las luces encendidas, se desliza sobre mi cuerpo. Me voy excitando y, en la exacta medida en que mi deseo aumenta, me entrego a sus caricias. Ella no parece tener ganas de avanzar más deprisa, es un desafío de paciencia y contención. Cuando percibe que su lengua me lleva casi al límite, desacelera el movimiento. Al mismo tiempo, dejó claro que quería mis manos en su cuerpo. Me rindo a sus dedos, al mismo tiempo que ella se entrega a mí. Grito en éxtasis de tal forma que me parece que el sonido tiene que venir de otro lugar que no de mi propia garganta. No controlo nada, porque tomé la decisión libre de entregarme.

Recuperamos el aliento acostadas una al lado de la otra, mirando el techo.

"Me sorprendiste, Simone. No pensé que serías capaz de comprobar tu hipótesis, ¡pero me alegra que lo hayas hecho!"

Sonrío, pues el cansancio no me permite más, y me duermo instantáneamente.

--

Me despierto en medio de la noche, el edredón está estirado sobre mí y Analise no está a mi lado. Enciendo la lámpara de la mesa de noche y veo una nota escrita a mano, en el bloc del hotel: '¡Me encantó conocerte! Nos encontramos en otra curva del destino. ¡Es bueno saber que las decisiones verdaderamente libres son posibles, por lo menos de vez en cuando!'

Me siento bien, tan bien que me siento culpable por sentirme bien. Intento interrumpir esa corriente de pensamientos. Si dejo continuar, la culpa me va a hacer sentir mal, mi decisión verdaderamente libre deja de ser libre, y mi hipótesis se vuelve falsa. Sonrío.

Sin sueño, pienso en Nicola. ¿Hacia dónde se habrá ido? Cuando salí con Analise no la vi, ni a ella ni a Francesca. Giovanna estaba bailando y vi que nos seguía con la mirada mientras nos dirigíamos a la puerta.

Vuelvo a apagar la luz y busco dormir.

§§§

Lisa cumple treinta y cinco años. Me pidió que cenáramos solo nosotras dos, lo que acepté con placer. Este restaurante nunca cambia. Un camarero nos trae el primer plato con varias especies de sushi.

"¡Adoro esto!", dice ella sonriendo, alejando los rizos hacia atrás de la espalda con la mano. El cabello creció. Desde la facultad no recordaba verla con el pelo tan largo. Sonríe y levanto mis palillos, haciéndolos chocar con los de ella.

"¡Hoy te voy a ganar, aunque sea solo hoy!"

"Ese día aún está por venir", responde Lisa con una carcajada.

En este restaurante, el desafío al que siempre nos proponemos es adivinar qué es cada una de las exquisiteces. Vamos tomando notas en un papel y, al final, confrontamos nuestras opiniones, pidiéndole al camarero, que ya nos conoce, que sirva de juez. Nunca conseguí ganar.

"Ves, no es necesario saber qué es para poder gustar", dice Lisa, entre dos mordiscos. "Cada vez más veo la vida así. Me gusta pensar que vale la pena experimentar, incluso sin saber de qué se trata, incluso sin evaluar todos los ingredientes. En la mayoría de las veces el resultado es positivo."

En la duda sobre lo que ella pretende decir, me arriesgo a preguntar: "¿Ese concepto se extiende a las personas?"

"Claro, la vida está hecha de personas." Por debajo de la mesa, siento el toque de su pie descalzo en mi pierna. Ella se levanta ligeramente, lo suficiente para conseguir juntar sus labios con los míos.

"¿Quieres decirme algo?", pregunto bajito.

§§§

Abro los ojos y los cierro enseguida. La luz de la mañana inunda la habitación y me obliga a proteger el rostro con el brazo, mientras me adapto a la luminosidad.

De la almohada a mi lado emana el perfume de Analise, en mi cabeza surge la imagen de Nicola. Sin posibilidad de luchar contra la ilusión de los sentidos y las alucinaciones de la mente, me levanto.

Tengo vuelo a las tres de la tarde. No sé si Nicola también vuelve hoy. Podría llamarla o preguntarle a Gio, pero no tengo ganas de hablar con nadie.

**

Disfruto del viaje, como si tener los pies fuera de la tierra me liberara de todas las responsabilidades. Durante más de dos horas pienso en el texto que escribí y vuelvo a sonreír, contenta con el resultado. Al fin las palabras ganaron el orden correcto. Tal vez quisieran dejarse aprisionar en el papel, pero sabiendo de la inmutabilidad de las palabras escritas, tenían la obligación de hacerme pensar hasta tener certeza de que ninguna otra frase, ningún otro párrafo podría ser más adecuado que aquel que fue finalmente escrito.

"Vamos a iniciar el descenso... Aterrizaremos dentro de veinte minutos, la temperatura en la llegada es de cerca de quince grados..."

Como si el frío se hiciera sentir con solo pensarlo, me acurruco en la bufanda que llevo en el cuello. Recuesto la cabeza hacia atrás, enderezo el respaldo del asiento y cierro los ojos. Antes de que el avión aterrice, vuelvo a pensar en la noche con Analise, en el sueño con Lisa y, de repente, recuerdo la carta que guardé en el cajón de la mesita de noche.

--

Sostengo el sobre con ambas manos. La caligrafía desaliñada de Lisa es inconfundible dondequiera que esté. 'Sisi' está escrito en azul en la parte exterior, con un trazo firme debajo.

"¡Sisi, te amo! Pero eso lo sabes, siempre lo supiste desde el primer día en que nos besamos en el parque. No tuvimos el tiempo que queríamos, pero no cambiaría lo que tuvimos por ningún

otro. Ya acepté la muerte y no me asusta. Lo que me asusta es pensar que, cuando yo no esté a tu lado, vas a dejar de vivir, te encerrarás en nuestra casa y te convencerás de que trabajar es vivir, que escribir es mantener relaciones, y que Carmen es el único ser humano que necesitas. Durante los años que pasamos juntas, fui casi siempre totalmente honesta contigo, pero hubo momentos en los que estuve del otro lado del 'casi'. Tal vez eso no tenga importancia, las mentiras solo no son verdad por casualidad, y las omisiones solo existen porque descubrimos que existían.

Si mi madre te dio esta carta, es porque no hiciste lo que me prometiste, no seguiste adelante. Temo que una parte de la responsabilidad sea mía. Tomé decisiones por mí misma, sabiendo que eso podría afectarte. Aun así, opté por hacerlas. Me conoces bien, mejor que todos los demás, y sabes que no soy perfecta, ni de lejos, pero soy feliz.

Te quité el derecho de elegir si querías estar a mi lado cuando muriera, porque para mí era imposible ver tu dolor. Es probable que pienses que no estuviste allí por fallo tuyo, o por un desafortunado azar del destino, pero no. No estuviste allí porque esa fue mi decisión.

Hace ya algunas semanas le pedí a Samuel y a Carmen que me trajeran más morfina. Se lo pedí a uno y a otro, sabiendo que cada uno de ellos hablaría con mi equipo médico y lo conseguiría. No hicieron preguntas y yo no di respuestas. Tengo la dosis más que suficiente para poder elegir el momento adecuado, y en ese momento tú no estarás aquí.

Disculpame por no tener el coraje de incluirte en esta decisión y, por favor, ¡cumple tus promesas! Sigue tu vida, enamórate y haz lo que no tuvimos tiempo de hacer juntas. Fotografía las cosas bellas y piensa en mí, si eso te hace feliz. Ríe y besa a la mujer que esté a tu lado, con el mismo amor y la misma entrega con la que siempre me besaste. No solo tienes la obligación de ser feliz, ¡tienes la obligación de hacerla feliz y de dejar que te llame Sisi!"

Las lágrimas corren por mi rostro en un torrente imposible de contener. En vano, intento respirar, pero el aire se niega a entrar, la garganta se cierra y todo a mi alrededor se oscurece. Escucho el latido del corazón resonar en mis oídos. Si al menos pudiera volver a respirar. Poco a poco, la luz regresa, el aire entra, el redoble de los latidos disminuye y las lágrimas cesan. Vuelvo a doblar la carta, a colocarla dentro del sobre, a cerrarla dentro del cajón, y el tiempo vuelve a pasar.

--

Antes de salir por la puerta, miro de nuevo al espejo. Mirando con atención, aún se notan algunas marcas en mi rostro de lo que pasó hace unas horas, pero deduzco que nadie se dará cuenta. Son casi las diez cuando bajo las escaleras y llamo a la puerta de Carmen.

"Hola Simone", grita Bia, abrazándome como si no me hubiera visto en años. "Ven, estamos aquí en la sala leyendo obras de teatro. Ven, por favor." Y luego continúa a gritos: "¡Mamá... mamá, Magie... es la tía Simone!"

Como si fuera mi casa, entro detrás de Bia y me encuentro con una joven que no conozco. Me detengo un momento, tratando de juntar las piezas.

"Hola Emily, buenas noches", digo al mismo tiempo que Magie salta del sofá y me abraza con la misma energía que la pequeña Bia, y el doble de fuerza.

"Déjame respirar, Mag, vas a romperme una costilla", digo riendo.

Carmen, la figura que faltaba para que la escena estuviera completa, aparece desde la cocina, con dos tazas de café en la mano.

"Parece que me falta una taza, ¿verdad? Hola Sisi, aunque ahora apareces por sorpresa, siempre eres bienvenida."

Me siento en uno de los sofás y acepto una de las tazas de la mano de Carmen. "¿Qué estaban haciendo?"

Capítulo 26

Slam Poetry

Carmen

"Estamos intentando ayudar a Magie. Hace días que estamos leyendo obras de teatro para ayudarla a elegir una para que el grupo de la escuela interprete", dice Carmen, antes de volver a la cocina a buscar más café.

En cuanto sale, Magie interviene: "No hay ninguna que me guste, siempre son iguales".

"Mira, Magie", dice Emily, "¿y si pruebas con poesía?"

"¿Cómo así, interpretar poesía?"

"Slam Poetry, ¿has oído hablar de eso?" Asumiendo que no, Emily toma su celular y sintoniza una de las más conocidas interpretaciones de Amanda Gordon. El silencio que se instala en la sala, en cuanto se escuchan las primeras palabras, es tan penetrante como la propia voz.

Cuando el video termina, Magie se levanta del suelo y corre a abrazar a Emily. "¡Eso es! ¡Eso es lo que vamos a hacer!"

Con los ojos llenos de lágrimas, Emily acoge a Magie, y también a Bia, que se unió para un abrazo grupal. Miro a Simone, que me devuelve la mirada sin decir nada.

Cerca de dos horas más tarde, Emily se despide y las niñas, con mucha insistencia mía, terminan aceptando ir a la cama, después de la promesa de que Simone vendrá a cenar aquí mañana.

Nos quedamos a solas. "Qué bueno que viniste, te extraño", digo acariciando el brazo de Simone.

"Yo también. Me gustó conocer a Emily, y creo que tus hijas están rendidas. ¿Dónde está Sam?"

"Sam se fue ayer a Londres. Fue una despedida difícil." Las lágrimas vienen a mis ojos, pero disimulo, bebiendo un poco de té. "Sabes cómo es él, siempre comprende el otro lado, fue impecable. Magie sigue insistiendo en que quiere ir a Inglaterra. No tengo cómo impedirselo".

Respiro hondo, pongo las dos manos alrededor de la taza, aprovechando su calor. "Tal vez tú puedas, tal vez sea ella misma la que no quiera".

"Tan enigmática como siempre, Sisi".

"Es solo una corazonada. ¿Y en el hospital?"

"Ni me hables. Se esparció en el hospital que Samuel se había ido de un día para otro porque me encontró en la cama con Emily. La historia es tan sórdida que fue fácil poner a las malas lenguas a hablar, como si compartieran un secreto, que en dos días se convirtió en una verdad absoluta".

"La naturaleza humana es difícil, si no imposible, de comprender", dice Simone con los dientes apretados y la mandíbula contraída. "Sabes que yo fui muy crítica cuando me lo contaste. Pero con lo que vi aquí hoy no tengo dudas de que la chica está enamorada".

"No la llares 'chica'".

"Cierto, tienes razón. De aquí en adelante será Doctora Emy", dice Simone, aceptando el reproche y soltando una carcajada.

Yo también me río y respiro hondo. "¿Y tú? Quiero saber de ti. ¿Cómo te fue en Roma? ¿Hablaste con Nicola?"

"Wow, tantas preguntas de una sola vez, hasta pareces yo. Hablé con Nicola, y también con Giovanna y Francesca".

"¡Espera!", interrumpo de repente, "Giovanna, ¿es Gio? ¿La Gio de Milán?"

"Sí", dice Simone sin continuar.

Ella nunca compartió casi nada de esa historia, pero sé que fue algo importante. A veces Lisa se refirió al asunto, pero tampoco nunca fue concreta y yo nunca tuve el coraje de preguntarle ni a

una ni a otra.

"Francesca concretó la propuesta para el Proyecto de educación de mujeres en regiones vulnerables. Quiere que yo coordine la estrategia." Simone habla despacio, pero es obvio que se toma el asunto en serio.

"Un desafío a tu altura", digo riendo. "¿Vas a aceptar?"

"Me pidió que lo pensara. Francesca tiene los medios para sostener el Proyecto durante los dos primeros años, y está absolutamente convencida de que el financiamiento nunca será un problema. No voy a poder pensarlo eternamente, tengo que dar una respuesta".

"¿Y cuál es tu duda?", pregunto, no por pensar que es una decisión fácil, sino para obligarla a presentar argumentos.

"Todo lo que tengo son dudas".

"Ok, entonces ¿cuál es tu certeza?", pienso que ella nunca va a dejar de ser contradictoria.

"¡Estoy segura de la importancia que este proyecto puede tener! Y soy lo suficientemente arrogante para creer que puedo hacer la diferencia".

"Esa es la Sisi que conozco", digo dándole una palmadita en el hombro. "Creo que ya decidiste, solo que aún no tuviste tiempo de tomar conciencia", digo con ironía. "¿No necesitas médicos?", agregó con sarcasmo.

"Un médico siempre viene bien", responde con igual ironía.

"¿Quién es esa Francesca?" Estoy asombrada. Simone no es de exagerar o dejarse ilusionar con argumentos irreales.

"El poder está en lugares que no imaginamos. Anoche estuve en una fiesta..."

"¿Tú? ¿En una fiesta?", la miro cada vez más incrédula.

"Sí, y créeme que el futuro se decide entre copas de champán y acordes de música clásica. *Femme Fatale* tiene, como mínimo, mucha influencia".

"¿*Femme Fatale*?"

"Sí, es mi apodo para Francesca", dice Simone con una carcajada. "Afortunada o desafortunadamente, no pude comprobar enteramente la veracidad de este apodo." Sin poder evitarlo, Simone bosteza y se frota los ojos. Tiene ojeras y el cansancio se hace evidente.

"Ve a descansar. Mañana cenamos juntas, ¿verdad?"

"Invita a Emily, me gustaría conocerla mejor".

**

Simone llega puntualmente a la hora acordada, y Emily poco después.

Simone abre una botella de vino que tengo en la nevera y sirve tres copas, llevando una de ellas hasta la sala. Cuando vuelve, se sienta en una de las sillas y me dice: "Hablé con Nicola, le pedí disculpas".

No comento, pues no quiero revelar lo que sé sobre lo que sucedió. "A ella le gustas".

"No puedo corresponder. Sabes que no puedo".

Dejo de revolver el arroz y me siento en la silla frente a ella. "No sé nada. ¿Por qué dices eso?"

"Sabes que amo a Lisa, no puedo enamorarme de otra mujer".

"No sé si alguien ya te lo dijo, pero enamorarnos no es una cuestión de poder o no poder. Simplemente sucede. La única elección que queda en tus manos es qué quieres hacer con eso después de que sucede. Creo que ese es tu dilema en este momento".

Se hace silencio en la cocina, quebrado apenas por el burbujeo suave del agua hirviendo. En la sala, se oyen las voces de Magie y Emily, y me concentro en su conversación.

"...¿En serio? Vamos, no mientas. ¿Realmente no tienes novio?", oigo preguntar a Magie. Mi corazón se detiene. ¿Qué va a responder Emily? Simone también está atenta y sujeta mi brazo

con la mano, anticipando lo que pasa por mi cabeza.

"No, no tengo. Es verdad. No te mentiría, ¿por qué haría eso?" La voz de Emily suena tranquila, como si fuera la conversación más banal.

"No sé, los adultos siempre mienten sobre esos temas. No entiendo por qué. Mira, mis padres se separaron. Pero ninguno de ellos quiso decirme si se enamoró de otra persona. Es lo más probable, ¿no? ¿Tú crees que mi papá tiene novia?"

"No lo sé, Magie. Apenas conozco a tu padre".

"¿Tú ya te separaste?" Las preguntas de Magie parecen no tener fin.

"Sí. Tienes razón, los adultos les dicen a los jóvenes que deben ser honestos y hablar de todo, pero es una conversación de un solo lado, porque después no dicen nada sobre sí mismos." Se escucha una pausa y el ruido de Emily respirando hondo. ¿Qué vendrá ahora? "Yo soy lesbiana, Magie. Me gustan las mujeres. Ya tuve algunas novias, pero por una razón u otra terminé separándome de todas ellas".

"¿Y ahora no te gusta nadie?" Magie no parece para nada sorprendida con la declaración de Emily y continúa su interrogatorio exactamente en el mismo tono.

"Me gusta... Para ser sincera contigo, me gusta".

"¿Y ella lo sabe?"

"Creo que sí. Es complicado..."

"¿Por qué?"

"Porque ella tiene hijos. Creo que no quiere contarles, tiene miedo de que no lo acepten. Pero no hay problema, yo espero. Espero el tiempo que ella necesite".

"Si fuera conmigo, yo aceptaría. Todo lo que más quiero es que mamá y papá sean felices, no pueden quedarse solos." La voz de Magie suena fuerte y decidida, mostrando que es un tema sobre el que ya reflexionó.

Simone se levanta de repente y cierra la puerta de la cocina. "Ya escuchamos suficiente. Vamos a dejarlas conversar. Tal vez Bia también tenga opinión sobre el asunto", dice haciendo una sonrisa y guiñándome un ojo.

La cena transcurre animada. Emily definitivamente ganó un lugar destacado y es la protagonista de la noche. Cuando las niñas van al cuarto, Simone y Emily están inmersas en una conversación sobre cognición y sentidos.

Ya pasa de la medianoche cuando me voy a acostar. Miro el celular y recuerdo que el lunes es el primer día de clases de Nicola. Desde que volvió, aún no conversé con ella. De aquí en adelante no será tan fácil encontrarla para nuestros cafés de media mañana tardíos en The Machine, pienso con tristeza. A pesar del horario, decido llamarla.

"Carmen, qué bueno que llamaste. ¿Cómo estás? Debes tener mil novedades", dice Nicola, haciéndome sonreír al oír su acento.

"Mil y una... No te imaginas cuántas cosas pasaron esta semana. Pero sé que tú también tienes muchas novedades para mí", profiero dejando las palabras en el aire.

"¿Estás hablando de Simone?"

Capítulo 27

¿Por qué nos preocupamos por la muerte?

Nicola

"Nos encontramos en Roma, pero eso ya lo sabías. Seguí tu consejo y la llamé. Creo que hizo el esfuerzo posible, no sé si puedo pedir más. Tal vez en otro momento, en otras circunstancias, habríamos tenido una oportunidad".

"Ella cenó aquí hoy, estaba entusiasmada con lo que escuchó de Francesca", comenta Carmen sin dar detalles.

"¿Crees que podría aceptar?", pregunto sorprendida.

"Al menos está pensando en el asunto. Desde un punto de vista muy egoísta, espero que no decida cambiar de ciudad y de país", dice, terminando casi en un susurro.

Los domingos son siempre difíciles. Hoy el día amaneció como yo, gris. Aunque no llueve, el cielo está cargado de nubes, con una luz tan opaca que parece estar anocheciendo, a pesar de ser las diez de la mañana.

Termino decidiendo pasar la mañana trabajando. Tal vez por la tarde vaya a dar un paseo a pie. La lluvia altera por completo mis planes. Estoy acostada en el sofá, cuando suena mi teléfono antiguo, aquel que debería haber mantenido apagado. Claro, solo puede ser Leo. Atiendo en el segundo tono: "Hola Leo, te había pedido que no me llamas más. Es fácil bloquear tu número o apagar definitivamente este celular, pero sería mejor si respetaras".

"Por favor, escuchame. ¡Te amo! Sé que hice todo mal, que nunca debería haber dejado que nada se interpusiera en nuestra vida, pero créeme, aprendí de los errores. Esta vez podemos ser felices. Las niñas quieren mucho verte, hasta te escribieron una carta. Por favor, Nicola, dame una oportunidad. Si hay alguien capaz de perdonar, eres tú. Y sé lo apasionada que eres por mí. Eso no cambia con el tiempo, ni con la distancia", la voz suena llorosa, ni siquiera parece ella.

"¡Cambia! El tiempo y la distancia cambian los sentimientos, porque cambian a las personas. Yo fui apasionada por ti, habría dado la vida por ti... y casi termino muriendo, pero sobreviví. Sabes, sobreviví a nuestro amor y, en esta nueva vida, pensé que había perdido la capacidad de amar a alguien. Estaba equivocada. Estoy enamorada, ¡pero no de ti!", respiro hondo y, al mismo tiempo, me doy cuenta de que no estoy con el corazón acelerado, ni la voz temblorosa.

"¿Quién es? Dime dónde estás, déjame ir a verte. Sabes que podemos resolver las cosas, siempre supimos cómo".

Se está volviendo patética, es todo lo que me viene a la cabeza.

"No importa quién es, no lo conoces. Ahora logro ver que aquello que teníamos ni siquiera era tan especial." Mi comentario es malicioso y cruel, pero merecido.

Leo cuelga el teléfono sin decir nada más. Sé que es una colgada definitiva, fue herida en su orgullo, no volverá a insistir.

Festejo sola, en mis treinta metros cuadrados, bailo y canto como si escuchara música, y durante unos minutos me dejo embriagar con la alegría de la victoria. Cuando me calmo, llamo a Gio y le cuento minuciosamente lo que acaba de suceder, permitiendo que ella festeje conmigo.

Doy mi primera clase, los alumnos son atentos y participativos, facilitando mucho mi tarea. Arreglo las cosas en la mochila con la sensación del deber cumplido. Cuando atravieso el pasillo,

oigo la voz de Simone. La puerta de arriba del anfiteatro está entreabierta. Empujo un poco, entro en la sala y me siento discretamente en la última fila. La sala está llena. Algunos alumnos toman notas, otros simplemente la están mirando, mientras ella, allá abajo, habla y gesticula a su ritmo característico.

"¿Por qué nos preocupamos por la muerte? ¿Por nuestra muerte?" Simone toma el bolígrafo y escribe en la pizarra blanca: *'Mientras existimos, la muerte no existe, y cuando ella pasa a existir, nosotros dejamos de ser'*. "Lidiamos con el dilema de la muerte desde siempre. Casi todos los grandes filósofos se pronunciaron sobre el tema. Pero hoy me gustaría que pensáramos juntos. ¿Por qué nos preocupamos por la muerte?" Cuando Simone se calla, no se oye ningún sonido en el enorme anfiteatro. Es como si no hubiera nadie allí, y sin embargo, están sentadas más de cien personas.

"No deberíamos preocuparnos por nuestra muerte", dice alguien en una de las filas de abajo, a quien desde ya rindo homenaje por haber tenido el coraje de romper el silencio. "...es una situación que no podemos modificar, así que no deberíamos sufrir con ella".

"Sufrimos por anticipación...", dice otro alumno.

"Sufrir antes de ser necesario es sufrir más de lo necesario", dice Simone, parafraseando a un filósofo de la antigüedad.

"Creo que sufrimos con la muerte porque le tenemos horror al vacío, le tenemos horror a lo desconocido", responde alguien cerca del lugar donde estoy sentada. En un gesto irreflexivo me encojo en la silla procurando quedar cubierta por los alumnos que están sentados delante de mí, como si desde allá abajo ella pudiera verme.

"¿Será que nos preocupamos más con nuestra muerte o con la de los demás? Simone de Beauvoir dijo que *'La muerte parece menos terrible cuando se está cansado'*. ¿Por qué?"

Soy despertada de mis pensamientos por su voz: "Asumo como verdadero que no es necesario morir para entender la muerte, ¿pero será necesario perder a alguien para poder comprenderla?"

Cuando termina, los alumnos están rendidos. Al contrario del ruido habitual de conversaciones, sillas y correrías, se oyen conversaciones en sordina y pasos suaves, como si la relevancia del momento no debiera ser perturbada por los ruidos de lo cotidiano.

Me dirijo a la salida, pero cambio de idea. Doy la vuelta y opto por bajar la escalera. Cuando llego allá abajo, Simone todavía está junto a la mesa, arreglando las cosas dentro de su cartera de cuero azul-turquesa.

"Me hubiera gustado haber sido tu alumna cuando tenía dieciocho años", digo sin preámbulo alguno.

No sé si se sorprende de verme aquí, pero no lo demuestra. "¡Yo no! Eso significaría que no podríamos habernos encontrado de la forma en que nos encontramos." Se detiene, sonríe, y con una carcajada, dice: "¡No duermo con alumnas, es un principio intransponible!"

"Acepto el argumento".

"¿Qué tal si cenamos hoy?", me pregunta como si fuéramos viejas amigas.

"¿Cenar?", estoy asombrada con la invitación, no es su estilo.

"¿Por qué? ¿Tienes un plan mejor?" Simone parece divertirse con nuestra conversación. Diría que algo en ella está diferente, pero no sé explicar qué.

--

"¿Continúas sin acompañarme con una copa de vino?", pregunta, cuando pido un agua con gas para acompañar los tagliatelle.

"Por ahora me quedo con el agua", digo devolviendo la sonrisa.

Mientras comemos, conversamos sobre el Proyecto. Simone parece cada vez más involucrada.

De repente cambió el 'ellas' por 'nosotras' y asumió como suyas las ambiciones de Francesca.

"¿Realmente consideras aceptar?"

"Tal vez. He pensado en lo que eso implicaría."

"Podrías ir a Roma", sonrió irónicamente.

"¿Quién sabe?" Parece hablar más en serio de lo que alguna vez me pasaría por la cabeza.

"Sabes, Nicola, el otro día me dijiste que yo sabía mucho sobre ti y tú nada sobre mí, y es verdad.

Tengo mucha dificultad para hablar de mí, pero..."

Aprovecho el momento y la interrumpo, "Cuéntame una historia, una historia con lágrimas."

"¿Cómo así?"

"Una historia que te hizo llorar. Si de verdad quieres que pueda conocerte, dame algo que tuvo un verdadero impacto en la persona que eres".

Simone no dice nada. Se queda con la mirada ausente, lleva la copa a la boca y, en tragos largos, bebe el resto del vino, haciéndole señas al camarero para que traiga otro. Hice una tontería, pienso. "Disculpa. No vamos a arruinar nuestra cena."

"No... tienes razón. Me contaste historias difíciles, mereces que yo haga lo mismo. Pero no aquí. Vamos a mi casa, las historias implican terraza bajo las estrellas."

"Simone, no hay estrellas, el cielo está todo nublado, casi lloviendo", digo, sonriendo con lo inusual de la conversación.

--

Ya sentadas en los sofás de la sala, Simone no duda en empezar a hablar: "Lisa murió un domingo por la tarde. Aquel mismo domingo, después de muchos días pasados aquí en casa, decidí ir al cine con Carmen. Salimos a las dos, prometiendo estar de vuelta antes de las cinco. Samuel se quedó aquí y Lisa se despidió diciendo que aprovecharía para descansar. Tenía dificultad para respirar y, en algunos momentos, parecía perder un poco el contacto con la realidad. Estaba muy delgada, y los rizos rubios hacía mucho habían sido reemplazados por un pañuelo de seda. Durante aquellas tres horas olvidé la enfermedad, el miedo, y reí. Reí porque era una comedia, reí porque necesitaba desesperadamente reír, olvidar. Cuando llegamos a casa, Samuel no estaba allí. Todo estaba en silencio, la luz del cuarto encendida y Lisa encima de la cama, inmóvil... muerta. Yo no estaba allí y ella murió. Murió sola mientras yo reía en el cine. A partir de ahí, todos los días revisé el momento en que entré a casa aquella tarde, el momento en que me despedí y ella me dijo: 'Por favor, ríe por mí'. Me culpé todos los días, y me prometí a mí misma no dejar de pensar en ella un solo día, una tarde, una noche. Y lo cumplí... lo cumplí hasta que te encontré, y empecé a pensar en ti... y dejé de pensar en ella porque estaba pensando en ti, dejé de soñar con ella, porque estaba soñando contigo... Me enojé contigo porque no me permitías hacer lo que yo había planeado, y conmigo porque una vez más fallaba, le fallaba a ella y a ti."

Simone tiene lágrimas corriendo, aunque el sufrimiento no ha modificado el tono de su voz o la cadencia del discurso. Se limpia el rostro con la mano, se levanta y, sin decir nada, sale de la sala, volviendo un momento después. Trae en la mano un sobre que me entrega. "Hace algunas semanas, su madre me dio esta carta. Léela, por favor."

Limpio una lágrima y tomo el sobre. Lo abro con cuidado y leo las hojas cuadriculadas que están en su interior. La letra es irregular y, a veces, difícil de entender. Cuando termino, vuelvo a doblar las hojas y a cerrarlas dentro del sobre. Extiendo la mano en dirección a Simone y, cuando ella me extiende la suya para tomar el sobre de vuelta, la sujeto entre las mías y deposito un beso, sin decir nada.

"Lisa no quiso que yo estuviera aquí. Como siempre, ella controló los acontecimientos. Vivió y

murió como planeó. No le mostré esta carta a nadie más. No sé lo que Carmen o Sam saben, porque ninguno de nosotros nunca habló sobre aquella tarde, y yo no tuve el coraje de compartir la carta con ellos. Pero quería que tú entendieras".

"Gracias", digo simplemente, como si fuera la única palabra que se adecuara a la grandeza de la situación.

Salgo de la casa de Simone con el pecho apretado. Nos despedimos en la puerta con un abrazo que se prolonga mucho más que el tiempo necesario.

Antes de acostarme, enciendo la computadora. Le prometí escribir a Gio.

"Querida Amica,

Las clases finalmente comenzaron, fue un día emotivo por todas las razones. Acabo de salir de la casa de Simone, y creo que considera seriamente aceptar la propuesta. Le hizo bien hablar con ustedes. Entiendo ahora, mucho mejor, por qué tenías tanta seguridad de que ella era la persona indicada, y la única elección posible. En lo que dependa de mí, haré todo para que acepte.

Sigo cada vez más convencida de que mi conversación por teléfono con Leo fue definitiva... ¿Sabes por qué? Porque ya no siento nada... nada además de lástima... Voy a dejar el otro celular encendido, ya no hay razón para silenciarlo, de la misma forma que no hay razón para no volver. Voy a cumplir lo planeado y quedarme hasta finales de enero. Pero después de eso, puedes contar conmigo ahí, en cuerpo y alma. ¡Yo no habría sobrevivido si no fuera por ti, y quería que lo supieras!

Ciao. Nico"

Así que termino de escribir, presiono la tecla de enviar y vuelvo a pensar en Simone. Me gustaría que las cosas pudieran ser diferentes entre nosotras. Tomo el celular y veo que tengo un mensaje de ella, recibido hace pocos minutos: *'Un día estaré preparada, espérame si puedes'.*

'Cuando y donde quieras, avísame, el día que me permitas llamarte Sisi', respondo sin pensar.

Capítulo 28

Tú podrías facilitarnos la vida

Simone

§§

Un mes después

'Estaré en nuestro despacho compartido a las dos de la tarde, me gustaría verte. Beso. Sisi'

Envío el mensaje en cuanto me levanto. Hoy es feriado y aún no son las ocho de la mañana. Hace exactamente un mes que comenzaron las clases, hace exactamente un mes que intercambié el último mensaje con ella, pienso mirando la pantalla del celular y releendo su mensaje.

Me visto rápidamente, movida por la energía que solo la adrenalina trae, y bajo a desayunar en *The Machine*. Para mi asombro veo a Carmen y Emily sentadas en una mesa junto al mostrador.

"Buenos días, o buenas madrugadas", digo riendo. "¿No durmieron?"

"Buenos días, ¿qué estás haciendo aquí a esta hora, te caíste de la cama?", dice Carmen mirándome de arriba abajo como si buscara algo fuera de lugar. "Voy a entrar de guardia a las nueve y Emily vino a desayunar".

"Lo que hace el amor", interrumpo. "¿Cómo están las cosas en el hospital? En las últimas semanas con toda la confusión de las clases y apertura del doctorado, ni siquiera te pregunté".

"Complicado".

Aún conversamos por algunos minutos más antes de que se vayan. Ya sola, pido otro café y vuelvo a pensar en el mensaje que le envié a Nicola.

--

Pasé la mañana revisando las anotaciones de la editorial. Algunos días más y debe estar finalizado. Salgo de casa antes de la una, es temprano, pero no logro quedarme aquí.

Atravieso las calles que me sé de memoria, sin mirar a nada ni a nadie. Hay sol, a pesar del frío que se siente. Me acurruco en la bufanda y meto las manos en los bolsillos.

Me siento en 'mi' banco y saco el libro que traje en el bolso. Sintonizo una de mis playlists favoritas y me pongo los audífonos. A pesar de la inmersión, una parte de mi cerebro permanece pegada a las horas y a la expectativa de su llegada. Dos y cinco... probablemente no vio el mensaje, o lo vio, pero decidió no venir. Intento volver a concentrarme en el libro y me sumerjo nuevamente en las profundidades del texto.

Miro la pantalla del celular y verifico una vez más el buzón de voz. Ya pasa de las tres y se está poniendo verdaderamente frío. El sol se escondió detrás de las nubes y no tardará mucho en llover. Con un nudo en la garganta, marco la página doblando la esquina de la hoja y guardo el libro cuidadosamente dentro del bolso.

"Simone", oigo una voz detrás de mí.

Respiro profundamente antes de girarme. "¡Nicola! Qué bueno que viniste", digo entre dientes, tan bajo que no sé si me oye.

"Tú podrías facilitarnos la vida... Yo estaba en Roma".

"¿En Roma?", pregunto incrédula, frunciendo el ceño.

"Ayer fue el cumpleaños de Francesca, y como hoy es feriado, me iba a quedar allá hasta mañana. Menos mal que es fácil conseguir vuelos de última hora. Aun así llego tarde, disculpa".

"¿Viniste de Roma porque viste mi mensaje?", indago, sin disimular el asombro.

"Claro... me pareció importante", dice con una carcajada. "Tenemos que mandar a instalar una

calefacción en este despacho, o decidir que solo lo usamos en verano", continúa en el mismo tono ligero.

Trae una mochila más grande que la habitual, todavía llena de etiquetas de aeropuerto, y tiene en el rostro la sonrisa más grande del mundo. Extiende la mano hacia mí y dice: "Ofréceme un agua en tu terraza, o en tu sala".

"¿Sabes con quién estuve esta noche?", pregunto mientras me instalo en el sofá.

"¿Francesca y Gio?"

"Sí, con ellas también. Mandaron besos y pidieron preguntar si has pensado en el asunto... una forma sutil de decir que están esperando tu respuesta. Estuve con otra persona que te manda un beso."

"¿Quién?", pregunto sin entender de inmediato a dónde quiere llegar.

"Analise".

"¡Analise! Claro".

"No hagas esa cara, puedes relajarte, ella no me dijo nada. Pero ahora, por la expresión de tu rostro, entiendo el tono con el que envió el 'beso'."

"Déjame explicar..."

"Por favor, Simone, no hay nada que explicar".

"¡Sí lo hay! Analise, con su manera, me hizo romper barreras, sin darme tiempo para pensar. Le voy a quedar debiendo por haberme mostrado que era posible, que era posible renunciar al control. Ella nunca podrá saber la importancia que tuvo aquella noche".

"Me alegro por ti".

"¿Bailas conmigo?", pregunto, mientras conecto el celular, sintonizando la misma playlist que estaba escuchando en el jardín.

Nicola se levanta, sin llegar a responder. Apoya su cuerpo al mío y recuesta la cabeza en mi hombro, dejando las manos en mi cintura. Bailamos así, abrazadas, en silencio. El calor de su respiración, el aroma de su perfume mezclado con el olor a cuero, la suavidad de su cabello en mis dedos, me dejo llevar, sigo el ritmo y siento sus manos en mi espalda.

Una sensación de pánico se apodera de mí. ¿Y si no soy capaz? Pienso en Lisa, pero la imagen surge desenfocada, como si no pudiera verla con nitidez. Sin darme cuenta, dejé de bailar. Nicola está parada frente a mí, mantiene las manos en mis caderas, pero ya no baila, se alejó lo suficiente para que los cuerpos dejen de tocarse.

"Disculpa", murmuro.

"Shh, no pidas disculpas. Ven..."

No sé cómo, pero es ella quien me encamina hacia el dormitorio. Enciende la luz, me doy cuenta de que mira alrededor, pero, sin perder tiempo, me jala hasta que quedamos sentadas en la cama.

"Acuéstate, cierra los ojos, déjame contarte una historia. Tal vez el miedo pase." Hago lo que me pide sin argumentar.

"Me enamoré de Leo, y de su fuerza, de su poder. El encanto venía de lo que hacía, pero sobre todo de lo que yo imaginaba que podía hacer. Desde la primera vez, tenía tanto de apetecible como de inalcanzable. Era una mujer exitosa, seductora y casada. El día que me tocó por primera vez, me sentí tan especial, tan única, que habría hecho todo, realmente todo, lo que ella quisiera. Del primer beso hasta el primer orgasmo no pasaron más que algunos minutos. En su consultorio, me sentía desafiando todos los riesgos, todos los peligros, pero me regocijaba por ser la elegida..."

Mientras habla, Nicola, acostada a mi lado, toca muy suavemente mi piel.

"Leo me tuvo donde quiso. Solo con mirar, solo con anticipar, yo me excitaba. Ella notó cuán

vulnerable era yo a sus encantos y se volvió maestra en el arte de excitarme hasta que ya no fuera posible. Yo... me volví adicta, enamorada tal vez, pero por encima de todo dependiente".

Nicola abre el botón de mi pantalón y, en gestos rápidos, hace lo mismo con mi camisa. Se quita sus zapatos, la blusa y se acuesta a mi lado, sin cubrirse, apenas con los pantalones de cuero y el sostén negros. La imagen es sensual. El miedo desapareció y dio lugar a un deseo intenso. A pesar de eso, no me muevo, quiero oír el resto de la historia.

"Solo conseguía pensar en lo que sucedería en el próximo encuentro".

La mano de Nicola pasea libremente sobre mí. Con la otra mano, toca su propio cuerpo y se asegura de que yo lo esté viendo.

"Por favor, Nicola".

"¿Qué quieres? Dímelo".

"Tócame".

"¿No es lo que estoy haciendo?", pregunta.

"Tócame de verdad".

"No estoy jugando", dice, colocando mi mano sobre la suya para que yo la conduzca.

Sin dudar, deslizo su mano hacia abajo.

Nicola mantiene la mano donde la coloqué, y vuelve a su narrativa. "Un día otra mujer me hizo entender que el placer va mucho más allá de un orgasmo, de un momento. Que lo efímero puede ser infinito, porque perdura en la memoria para siempre. Cuando fuiste a mi casa, cuando me miraste mientras me pedías que me tocara, cuando me penetraste sabiendo cuánto ya era tuya, la sensación fue tan diferente a todo lo que ya había sentido antes. Sé que dije que eras igual a ella. Estaba enojada, enojada conmigo, porque sabía que no eras ni igual, ni siquiera parecida. Contigo yo no quedaba dominada, contigo me rendía a lo que sentía, a la mujer tan vulnerable como extraordinaria que estaba a mi lado, aunque no se entregara. Contigo, lo que fuera menos que todo, era nada..." Nicola suspende la frase y me penetra profundamente, al mismo tiempo que pega la boca a mi oído.

No es necesario nada más, mi cuerpo explota, soy incapaz de refrenar las emociones y dejo escapar un grito de placer.

Durante varios minutos, ella no dice nada y yo permanezco inmóvil, como si nunca más fuera a tener fuerzas para hablar o moverme. Nicola inclina la cabeza sobre la mía, apoya los labios en los míos y me besa. Me besa profundamente, toca con la lengua el interior de mi boca, da paso a que la mía toque la suya y extiende el beso hasta necesitar respirar. Lentamente, se levanta y, mirándome a los ojos, queda completamente desnuda frente a mí. Es una invitación, no tengo dudas. No son necesarios más que algunos minutos hasta sentir su cuerpo estremecerse y su voz murmurar: "Sisi, no voy a aguantar".

**

Me duermo sin darme cuenta y, cuando despierto, ya de mañana, Nicola no está a mi lado. En el celular, un mensaje dice: '*¡Hasta ya!*'

Sin coraje para preparar el desayuno, bajo hasta *The Machine*. Carmen está sentada sola en una de las mesas del fondo. "Tienes buena cara, ¿dormiste bien?", pregunta con ironía.

"Como un bebé." No adelanto más nada, pues no quiero hablar sobre mi noche, no ahora. "Nicola estuvo en mi casa ayer".

"¿En serio? ¿Fue eso lo que te ayudó a dormir?"

"Tú, al contrario, tienes mala cara. ¿La guardia salió mal?"

"Tan mal como todo ha salido en estos últimos tiempos allá en el hospital. Cambiando de tema,

no olvidaste que este sábado es la final del torneo, ¿verdad?"

Sin darme tiempo para responder, Carmen hace una seña en dirección a la puerta, hacia alguien que está entrando. "Buenos días, Nicola. ¿Cómo estás? Siéntate aquí con nosotras", invita, jalando hacia atrás la silla a su lado.

Capítulo 29

Independientemente de la mano, ya ganamos

Carmen

Nicola sonrío y se sienta en la silla que indiqué. Tiene una mirada radiante y un brillo diferente. "¿Tú también dormiste como un bebé?", pregunto de forma provocativa, mirando alternadamente para ella y para Simone.

Ella responde, girándose hacia Simone y soltando una carcajada. "Dormiste bien, ¿no?"

Vuelvo al tema: "No olvidaste el torneo, ¿verdad?", insisto.

"No, no lo olvidé", dice Simone, continuando comiendo con apetito. "Pero estaba pensando que sería justo que Emily hiciera pareja contigo. Al final, fue ella quien consiguió la clasificación. Juega con ella y yo me encargo de garantizar que nada ni nadie las moleste".

Me quedo perpleja con la propuesta. "¿No quieres jugar?"

"No es eso, solo creo que es justo que ella pueda ganar, ¡porque tengo la certeza de que vamos a ganar!"

Sentadas a la mesa, mano sobre el fieltro verde y ojos fijos en las cartas, este es el escenario durante las casi dos horas que dura el juego. Emily se muestra a la altura de los acontecimientos. Mucho más calmada que en el último juego, va avanzando firme, sin correr ningún riesgo. Las cartas son distribuidas y miro mi juego. Estamos casi alcanzando los cinco mil puntos, pero la otra pareja también. Cualquier equipo puede ganar y esta es probablemente la última partida. Ordeno las cartas pausadamente. Sin hacer absolutamente nada, ¡tengo en la mano una canastra! Respiro hondo. Ellos no lo saben, pero el destino dictó la suerte del juego, sin que yo tenga que hacer ninguna elección. Vamos a ganar en un lance del azar, un conjunto de cartas alineadas que vinieron a parar a mi mano. Soy la primera en jugar. Independientemente de la carta que vaya a buscar en la baraja, ya ganamos.

--

Salimos a cenar, yo, Emily, las niñas, Simone y Nicola. Pizza, coca-cola y cerveza es el menú de la celebración. Simone muestra el cheque referente al premio del juego y yo exhibo triunfante la copa de cristal que nos correspondió.

"Felicidades", dice Nicola. "Un día de estos ustedes tienen que enseñarme a jugar".

"Con todo el placer", respondo rápidamente. "Al final, necesitamos una más en esta mesa".

"Nicola, ¿realmente te vas después de Navidad?", pregunta Emily. Inmediatamente veo a Simone girar la cabeza y fijar la mirada en el rostro de Nicola.

"A finales de enero tengo que volver a Roma." Los ojos de Nicola encuentran los de Simone, pero ninguna de las dos dice nada más.

"Hasta yo debería pensar en mudarme...", comento sin darme cuenta de que estoy hablando alto.

"¿Qué, mamá? ¿Vamos a vivir en otro país?", pregunta Bia, recordándome que, a pesar de parecer totalmente absorbidas por sus celulares, están escuchando atentamente nuestra conversación.

"No, claro que no. Solo estaba desahogándome, las cosas en el hospital no están fáciles".

Nicola interviene en la conversación y pregunta: "Explícame mejor, ¿qué está pasando?"

"Una colega con intenciones dudosas esparció rumores... Y una mentira repetida muchas veces es más verdad que la propia verdad, se esparció la duda. Las personas se creyeron con el derecho de juzgarme".

"¿Nunca pensaste en trabajar en otro lugar?"

"¿Otro hospital?"

"Hospital, o clínica, o algún otro proyecto".

"¿De qué estás hablando? No existen proyectos por ahí. Vamos a hablar de otra cosa, hoy es día de todas las decisiones, más tarde sale el resultado del concurso de poesía", digo, mirando a Emily, intentando llevar la conversación para un tema más agradable.

"Ni me hables de eso." Discretamente, y con cuidado para que las niñas no lo noten, le envío un beso y toco con ternura su rodilla por debajo de la mesa.

"¿Cuándo?", pregunta Simone.

"A medianoche, ellos colocan en el sitio los cinco finalistas por orden de clasificación y anuncian las universidades disponibles para la beca".

"Son las once y diez, podríamos ir a mi casa y lo veríamos juntas", sugiere Simone.

"¡Vamos, mamá, vamos! Hace tanto tiempo que no vamos a la casa de la tía Simone y quiero ver a Emily ganar", dice Magie, soltando el celular.

"Yo no voy a ganar, pero estar entre los cinco primeros ya es un honor." Se puede ver en el rostro tenso de Emily lo nerviosa que está.

Salimos juntas y atravesamos el vestíbulo del edificio, cruzándolo hasta los ascensores que conducen al apartamento de Simone. A mitad de camino, veo a Grace y David caminando en dirección opuesta. Es inevitable que nos tropecemos. Grace gira ostensivamente el rostro hacia el lado cuando pasa por nosotras. David saluda a Simone con un rápido "buenas noches" y apresura el paso. Increíble, pienso. Miro a Emily, que juega y ríe con Bia, en un intento de disimular lo ocurrido.

Nos sentamos en los sofás y en el piso de la sala. Emily sincroniza el celular con la pantalla y hace aparecer el sitio del concurso. Un cronómetro decreciente muestra que faltan veintidós minutos... es mucho tiempo.

Cinco minutos, dos, treinta segundos, y sale el resultado. En la pantalla surge destacado 'Emily Martínez'.

Sin darme tiempo a reaccionar, Magie y Bia agarran a Emily a los gritos: "¡Ganaste! ¡Ganaste!"

En medio de alguna confusión, escucho a Simone decir: "Carmen, Emily, vayan a la cocina. En la nevera hay una botella de champán, este es un buen momento para abrirla".

Bendita Sisi. Finalmente a solas con Emily, la abrazo con fuerza y la beso. "Carmen, ¿las copas? Estamos esperando el champán." Es nuestra señal diciendo que el tiempo se acabó, que tenemos que volver a la sala.

Todas reunidas nuevamente, contemplamos una vez más el nombre de Emily en la pantalla.

"Mira las universidades, vamos a elegir", dice Magie muy animada, como si fuera ella quien hubiera ganado.

"Ahora no", digo, intentando evitarlo.

"¿Por qué no, mamá? Déjanos ver. Emy, por favor...", insiste ahora Bia.

Nueva York, San Francisco, Londres, París, Roma y otras cinco universidades europeas, una de ellas aquí mismo en la ciudad.

"¿A dónde quieres ir, Emily? ¿A los Estados Unidos?", pregunta Magie.

"No, creo que no. Voy a elegir una de las de Europa." La conversación prosigue y solo yo me mantengo en silencio.

Ya son casi las dos de la mañana cuando Emily se despide y yo salgo con las niñas. Nicola esboza una sonrisa, diciendo que se quedará un poco más.

**

Paso la noche agitada, sin lograr dormir profundamente. Se suceden pesadillas y sueños extraños, donde Samuel y Emily se cruzan. Necesito conversar con alguien, tengo que hablar con Sisi.

Bajo hasta la panadería, compro pan y croissants. Entro al ascensor y paro en la puerta de su casa. Toco con los dedos en la puerta, pero no se oye ningún sonido. Miro el reloj, son casi las diez. Simone suele despertarse temprano. Sin alternativa, opto por tocar el timbre. Pocos segundos después escucho el ruido de pasos y ella abre la puerta.

"Carmen", dice demasiado alto. "Buenos días".

Nicola aparece casi al mismo tiempo, vestida apenas con una camisa de Simone, y una sonrisa en el rostro. "Buenos días, Carmen", dice con una carcajada.

Sin palabras, casi dejo caer la bolsa de pan, que Simone se apresura a agarrar.

"Pan caliente, ¡qué buena idea! Me estoy muriendo de hambre. Vengan, voy a hacer café".

"Disculpen", digo riendo.

"Sabes que puedes venir a cualquier hora", dice Simone, colocando las tres tazas de café frente a nosotras.

"No conseguí dormir, no paro de pensar en el resultado del concurso. Emily tiene que elegir la mejor universidad. Ayer, ya después de haber llegado a casa, me llamó diciendo que iba a elegir quedarse aquí. Intenté argumentar, dije que no tenía ningún sentido, terminamos discutiendo."

"Nada de eso tiene sentido alguno, ella tiene una carrera por delante y no será nada fácil. Yo tengo dos hijas y es en eso que quiero concentrarme ahora. Hablé ya muy exaltada. Ella me respondió también a gritos: '¿Qué quiere decir eso? ¿No quieres que yo forme parte de tu vida, es por eso que no quieres contarles a las niñas, crees que son tontas, que no se dan cuenta? Ellas están cansadas de saberlo, y lo que transmites es que te avergüenzas de lo que eres y de lo que sientes, y de mí. Si no quieres asumirlo, tal vez sea mejor que me enfoque en mi carrera y te deje vivir con tus hijas...' Emily parecía completamente fuera de sí, nunca la había visto así. Después de esa conversación colgó el teléfono. Siempre que llamo, va al buzón de voz. Dejé mensajes, pero no me responde."

"¿Magie sigue diciendo que quiere ir a vivir con Sam?", pregunta Simone. Antes de dejarme responder, pregunta aún: "¿Quieren más café? Yo necesito uno más".

Acepto, Nicola rechaza y, dando una excusa, sale en dirección al cuarto, dejándonos a solas. Revuelvo el café más de lo necesario. "Magie se encantó con Emily, propuso en la escuela que adaptaran e interpretaran 'The Hill We Climb'. Fue un éxito. Al profesor le encantó. ¿Te imaginas cómo quedó? No habla de otra cosa, no piensa en otra cosa. Dice que va a estudiar literatura y dedicarse a la poesía. Creo que la filosofía quedó atrás. Por eso, pienso que sus planes pueden haber cambiado."

"Esa es una buena noticia", dice Simone, sin agregar nada más.

"Si Emily se aleja, corro el riesgo de perder a las dos".

Continuamos conversando, como siempre hacemos, saltando de un tema a otro. Solo cuando Nicola reaparece, ya vestida con su propia ropa, con el cabello mojado, mostrando que tomó un baño, es que nos damos cuenta de que estuvo ausente por casi una hora.

"Carmen, quería hablar contigo sobre una cosa que tal vez pueda interesarte", dice Nicola con aire misterioso, sentándose otra vez frente a mí.

Capítulo 30

Agua con gas... claro, tiene sentido

Nicola

"Estuve ahora mismo hablando por teléfono con Francesca... por cierto, Simone, ella pidió decirte que te está esperando para cenar, el día que quieras".

"¿La *Femme Fatale* está aquí?", pregunta Simone frunciendo el ceño.

"No, te está esperando para cenar en Roma", afirmo con una carcajada. "Pues bien, Carmen, hablé con Francesca porque recordé que hace algún tiempo ella mencionó una amiga que asumió la dirección clínica de un hospital en Roma. Es un hospital grande, con parte asistencial y parte universitaria. Como todas las amigas de Francesca, esa también me pareció ser una persona especial y con ambiciones osadas."

Me levanto, abro el armario, saco una taza y me sirvo un café. Al mismo tiempo, pienso que Carmen debe estar encontrando extraña la forma en que me siento en casa, pero es exactamente eso, me siento en casa.

"Esa *Femme Fatale* tuya tiene amigas en todo lugar. Estoy impresionada", dice Simone con la ironía que le es característica.

"Es verdad... Un día de estos te distraes y la llamas 'eso'. No es que a ella no le fuera a gustar, tal vez hasta te aumente el sueldo", respondo, contraatacando de inmediato.

"No me gustaría tenerla como enemiga", bromea Simone.

Termino de beber el café y vuelvo a la conversación anterior. "Tú no conoces a Francesca...", digo mirando directamente a Carmen. "...pero cuando la conozcas, vas a entender que con ella todo se decide muy rápido, el mundo gira a otra velocidad. Espero no haber cometido ninguna inconveniencia, pero me indigné con lo que contaste sobre el hospital y decidí compartirlo con ella. Como es su costumbre en estos asuntos, me pidió unos minutos y me llamó de vuelta diciendo que a su amiga le gustaría mucho hablar contigo. Sugirió una cena el próximo fin de semana. Y Simone, a ti y a mí también nos invitaron. Sábado, a las ocho, en el La Pergola".

"¿Estás hablando en serio? ¿Quieres que vaya a cenar a Roma el próximo sábado?", pregunta Carmen con los ojos muy abiertos.

"Sí, ¿tienes planes mejores?", cuestiono con una sonrisa en los labios. "No te preocupes, Francesca siempre tiene cuartos reservados, es solo marcar los pasajes. Si quieres, yo me encargo de todo".

Cuando Carmen sale, parece mucho menos angustiada.

--

"¿Vamos a pasear? Hay sol, podríamos ir al parque", digo intentando hacer que Simone se levante de la silla y deje la computadora.

"¿Ya terminaste el libro?", pregunta, cuando finalmente accede a salir de casa.

"¿Cuál? ¿Reflexiones sobre la verdad en la mentira y la mentira en la verdad?"

"Sí".

"Ya, ya lo terminé. No quedé mucho más esclarecida por haber llegado al fin. Cuando acabé la última página, me pregunté a mí misma dónde estaba el manual de instrucciones. Tú no lo escribiste, ¿verdad?", bromeo con ella.

"Léelo de nuevo, tal vez ayude", devuelve con ironía.

Paramos junto a los árboles donde estuvimos otras veces en que paseamos por el parque. Me acuesto en el césped y apoyo la cabeza en las piernas de Simone, que se sienta con la espalda apoyada en uno de los troncos.

"A los alumnos del doctorado les encantaste."

"Di solo dos clases", respondo disimulando el contentamiento por el elogio.

"Es suficiente. Probablemente cinco minutos también bastarían, me pidieron convencerte de quedarte para el próximo semestre", Simone respira con más fuerza y el temblor de su cuerpo hace estremecer mi cabeza. "No voy a mentir, yo también quiero que te quedes... y no es por el doctorado".

"¿Por qué?", pregunto de forma aparentemente inocente.

"¿Cómo que por qué?", con su agitación es imposible quedarse acostada y termino sentándome a su lado. "Quieres oírme decirlo, ¿no?"

"Tal vez... ¿Qué tienes para decir?"

"¡Te amo, Nicola! Después de todo, después de llegar hasta aquí, no puedes simplemente irte".

"Ven a Roma conmigo. Acepta el proyecto de Francesca. Puedes armar un equipo de ensueño y cambiar literalmente la vida de miles de mujeres, de miles de niñas."

"No necesitas argumentar. Aún no te había dicho nada, pero llegué a la conclusión de que quiero aceptar. Pero estaba pensando que podría coordinar el proyecto desde aquí".

"Y puedes, por lo que me dijeron, te dieron carta blanca para decidir dónde y con quién trabajar. Pero piensa, Giovanna está en Roma. ¿No dijiste que la querías en tu equipo? ¿Crees que ella se va a mudar para acá? Yo estoy en Roma..." Dejo intencionalmente las palabras en suspenso.

"Me gustaría ser capaz de dar ese paso..."

"¿Qué te lo impide?"

"Recuerdos. Tengo miedo de perder mis recuerdos y un día no lograr acordarme".

"Los recuerdos no están en un espacio, ni en un tiempo. La belleza de los recuerdos es esa, nos acompañan, no necesitan nada ni a nadie. Mientras existamos, ellos existirán. Tú sueles decir que jugamos con las cartas que el destino barajó para nosotros, pero en lo que toca a los recuerdos, nosotros controlamos nuestro juego. En nuestros recuerdos, las personas no envejecen, las palabras se suavizan, los colores se vuelven más perfectos, porque son nuestros y hacemos con ellos lo que queramos. No vas a perder los recuerdos de Lisa por vivir aquí o del otro lado del mundo. Lisa existe dentro de tu cabeza y va contigo a donde vayas, incluso a Roma. Claro que vamos a construir nuevos recuerdos, pero una cosa no sustituye a la otra."

Nunca pensé que pudiera gustar de Simone de la forma en que me gusta. Si al final ella no puede venir a Roma, creo que tendré que encontrar una forma de venir para acá, pienso.

"Tienes razón. Pero explícame por qué tú no puedes quedarte. Podríamos vivir en mi casa..."

La interrumpo, siento que llegó el momento de contar la verdad. "Simone, hay algo sobre mí que no sabes y que influencia los planes que estás haciendo. Fueron meses locos, y yo no tuve el coraje de hablar enseguida. Después me avergoncé por no haber contado, pero ahora no hay cómo no decírtelo."

"Me estás poniendo nerviosa...", dice cambiando de posición y sujetando mi mano entre las suyas. "¿Estás enferma?"

"No".

"¿Hay otra persona? ¿Es Francesca?"

"Claro que no, nada de eso. Francesca te adora y sé que quiere que yo sea feliz. Yo... ¡estoy embarazada!" Suspiro profundamente como si un peso de cien kilos hubiera salido de mi pecho.

"Estoy embarazada", repito más para mí misma.

Simone no dice nada, sostiene mi mano y me mira, abriendo y cerrando la boca, pero sin emitir sonido alguno. Finalmente habla: "¿Estás embarazada?"

"Sí. Ya está empezando a notarse." Busco la otra mano de Simone y la coloco sobre mi vientre.

Su expresión es indescriptible, una mezcla de asombro y emoción que le quitan la capacidad de hablar. Se necesita algo muy poderoso para que eso suceda.

"El bebé debe nacer en marzo, por eso no puedo quedarme aquí para el segundo semestre, ¿entiendes?"

"¿Cómo estás embarazada?" Las cejas de Simone oscilan hacia arriba y hacia abajo, y las esquinas de los labios se tuercen en una expresión que traduce su esfuerzo por comprender lo que acabo de contar.

"Hice una fertilización in vitro. Comencé el proceso cuando todavía estaba con Leo en Milán, pero no llegamos a hacer nada concreto. Después, yo no tenía condiciones ni físicas ni psicológicas. No podía quedar embarazada tomando aquellas pastillas, pero tampoco me sentía preparada para dejar de tomarlas. Fueron años haciendo terapia, hasta que, finalmente, a principios de este año, el médico retiró todos los medicamentos y sentí que era hora de intentar. Empecé de cero en Roma, hice todos los exámenes y tres intentos fracasados, hasta que, a principios de julio, dio resultado." Paro un momento para cambiar de posición y retomar el aliento. "Pero parece que el azar siempre conspira para complicar nuestras elecciones. En la semana siguiente a que yo supiera que estaba embarazada, Leo apareció en mi casa. Claro, no tenía nada que ver una cosa con la otra, pero el momento no podía ser peor. El resto ya lo sabes, ella comenzó a perseguirme y Giovanna, una vez más, vino en mi auxilio. Me convenció de venir, la idea era mantener a Leo lejos, yo me quedaba aquí hasta enero y solo volvía ya bien cerca de la fecha de tener la bebé."

"¿La bebé? ¿Dijiste 'la'?", interrumpe Simone.

"Sí, es una niña."

Simone tiene lágrimas corriendo por el rostro. No logro entender exactamente lo que siente, pero sus ojos brillan intensamente.

"Sé que este es 'tu Proyecto', pero si aceptas que yo forme parte de él, nada me haría más feliz. Nunca pensé en ser madre de nadie. No sé si Lisa querría ser madre algún día, pero las cosas sucedieron y esa hipótesis nunca se planteó. Aprendí mucho desde que te conocí, a la mujer que entró en la facultad con pantalones y chaqueta de cuero, con lentes de aviador y un casco debajo del brazo. La mujer a la que todos miraron, que hablaba alto, con una pronunciación dulcemente italiana, y contagiaba a todo el mundo con su buena disposición..."

"A todo el mundo menos a ti", digo, rompiendo la solemnidad que las palabras terminaron asumiendo.

"Te odié por hacerme que me gustes, y te amé como no sabía que era capaz de amar".

La tomo en mis brazos y vuelvo a abrazarla, esta vez desequilibrándola y haciéndola caer de espaldas en el césped. Coloco mi cuerpo sobre el de ella y la beso.

Simone retribuye el beso, rueda el cuerpo hasta conseguir colocar la mano en mi vientre nuevamente.

"Agua con gas... claro, tiene sentido", dice de la nada.

EPÍLOGO
1 ano depois

Simone

"Yo sabía que no debíamos haber elegido llamarla María", digo soltando una carcajada.

"Pero fuiste tú quien lo eligió", replica Nicola de inmediato.

"Todas las Marías son tercas, mira, aún no tiene un año y nos obliga a buscar el oso por toda la casa. No podía, solo hoy, dormir agarrada al pingüino, al pulpo o al león, ¿que están todos allá en la cama?", me quejo exhausta. "Mañana tengo que estar allá a las nueve. Estoy nerviosa..."

"¿Tú? ¿Nerviosa con una reunión de trabajo? No lo creo...", dice Nicola mirándome a los ojos.

"La Femme Fatale logra ser muy intimidante, y el grupo que se juntó parece literalmente salido de una revista de política o de economía. Es una colección de figuritas." Replico lanzando una de mis almohadas hacia ella.

"¿Te estás quejando de tener el apoyo de quienes deciden? Mañana tendrás reunidas algunas de las mujeres que controlan mucho de lo que sucede en el mundo".

"Tienes razón..."

"Francesca estará allá, ella te protege de todos los males y domina los códigos del medio. No te preocupes. A partir de mañana el Proyecto se vuelve oficial, tendrás a los periodistas haciendo preguntas y los ojos volcados hacia ti. Recuerda, muéstrales todo a ellos y esconde lo que es verdaderamente importante", dice Nicola, que ha demostrado ser una estrategia notable.

--

Llego a casa a las ocho de la noche. Fue un día que nunca más voy a olvidar. Abro la puerta con la llave y me extraña el silencio que se siente. No hay luz en la sala, ni en la cocina. ¿Será que pasó algo? Cuando enciendo la luz, soy sorprendida por un grito al unísono: "¡Felicidades! ¡Lo lograste!" Frente a mí están Nicola, Carmen, Emily con María en brazos, Magie y Bia. Brindan con champán y refresco, casi derramando las copas con la emoción.

"Nos unimos a la celebración", dice Carmen, dándome un abrazo. "¿Cuál es la sensación?"

Carmen

"Si alguien lo consigue, eres tú, amiga." Digo convencida de que Sisi es la persona indicada para coordinar este Proyecto.

"¿Cómo van las obras en el departamento de ustedes? ¿Finalmente listas?", provoca Simone.

Nos mudamos al piso de abajo hace más o menos un mes, pero los pequeños ajustes no paran. Simone dice que estamos en obras. No es el caso, pero siempre hay ajustes que hacer.

"¡Listísimas! ¿Quieres marcar una cena de inauguración?"

"¿Sabes, tía Simone, hoy dije allá en la escuela que mi mamá está casada con Emily Martínez. Mi profesora de literatura la conoce. Ella me hizo prometer que yo convencería a Emy de ir allá a declamar algunos poemas. Me volví una estrella de la noche a la mañana, solo por ser hija de Emily... Quiero decir, Emily, yo no soy tu hija de verdad, ni tú tienes edad para ser mi mamá, pero no te importa que diga así, ¿verdad?"

Emily sonríe derretida, con María en brazos, que mientras tanto, a pesar de todo nuestro ruido, duerme profundamente.

"Claro que no, Mag. Puedes decir eso siempre que quieras."

"¿Quieres poner a María en la cama? Ella es pesada...", pregunta Nicola, dirigiendo la mirada hacia Emily.

"Estoy practicando", dice Emily, mirándome de lado.

"¿Y la Universidad?"

"Es fantástica, son muy simpáticos. Me estoy adaptando al idioma, pero sacando eso, ya me siento completamente integrada. Hace unas semanas descubrieron que soy médica. No te imaginas el revuelo. Entre lo que gano del premio y las clases, ya ni siquiera necesito hacer guardias. Te dejo eso a ti, Carmen." Emily viene hacia mí y pega sus labios en los míos, dándome un beso.

"Yo tampoco hago guardias, ¿recuerdas? Ahora soy asesora de la dirección clínica, senior... Tal vez la palabra debería ser 'vieja', pero no suena bien. Por eso mantenemos 'senior', con mucha experiencia", suelto una carcajada y las contagio. "Nicola, ¿cómo está Giovanna? Simone me dijo que la misión fue un éxito."

Nicola

"¡Es verdad! A veces pienso cómo este trabajo puede ser peligroso y me siento culpable, aquí con mis clases, mis proyectos." Al mismo tiempo, sonrío al pensar cuánto me gusta lo que hago. "Gio escribió ayer. Escuchen esto...", digo, comenzando a leer en voz alta:

"Querida Nico,

¿Cómo estás? Escuché que María va a tener un hermano, ¿es verdad? ¿Qué le hiciste a la Simone que conozco? ¡Felicidades! No sabes lo feliz que estoy por ustedes.

Quiero contarte lo que está sucediendo, pero ni sé por dónde empezar. Esta vez fui yo quien prometió escribir, y aquí va... Sé que pasaron casi seis semanas desde mi último email, pero aquí todo tiene un ritmo diferente.

Hablé con mucha gente. Los primeros días estaban todos totalmente cerrados y desconfiados. Poco a poco gané la confianza de una mujer. Yo podría decirte que ella es como la responsable por la organización de la comunidad. Las niñas solo van a la escuela hasta los doce años. Después de eso se preparan para casarse y organizar la familia. Hasta aquí nada nuevo, era lo que ya sabíamos. Pero lo que más me sorprendió cuando hablé con esa mujer fue darme cuenta de que no estábamos haciendo las preguntas correctas. Armados del espíritu colonizador que, según ella, nos caracteriza, asumimos que sabemos lo que está bien y lo que está mal, sin cuestionarnos... Después de esa conversación muy difícil, en la que pensé que mi misión había fracasado rotundamente, siguieron días de descubrimiento. En esta pequeña villa hay una especie de escuela para las niñas. No es perfecta, lejos de eso, pero es un primer paso. Cuando acepté sentarme y escuchar, fue el momento decisivo para poder finalmente explicar nuestro propósito. Fui informada de que hay un grupo de diez niñas, algunas ya mujeres, que estarían listas, y puedes creer que lo están, para proseguir los estudios en una universidad. Tienen el apoyo de algunos familiares, pero cuentan con la total oposición del Estado. La cuestión era hacerlas salir por razones médicas y encontrar una forma de legalizar la situación cuando lleguen allá.

Carmen ha sido incansable. Imagino que no haya dicho nada porque le fue pedido sigilo absoluto.

Descubrí una joven que vive aquí y que sabe francés, y otra que estuvo afuera, en Inglaterra, y volvió hablando inglés con fluidez. Ambas acordaron dar clases. Tengo el apoyo de una familia de comerciantes locales, que van encontrando espacios seguros para poder haber clases todos los días.

¡Es genial! Estoy contenta por haber conseguido, era uno de los lugares difíciles...

Como dijiste una vez en uno de tus emails, 'combinamos siempre decir la verdad, por más difícil que fuese'... Y la verdad es que ¡me enamoré!

Me enamoré de la mujer de la que te hablé. Aisha. Ella tiene más o menos mi edad, piel oscura tan lisa, tan suave que parece terciopelo, ojos enormes y una sonrisa que le ocupa el rostro. Nunca se casó y nunca tuvo hijos. No sé cómo lo logró, pero siempre fue respetada. Tal vez por su inteligencia singular, tal vez por haber tenido la suerte de su lado, a pesar de todas las cartas estar contra ella. En una de las noches en que nos quedamos conversando, no resistí y la besé... Ya sé, tú ya estás moviendo la cabeza y diciendo 'no pareces tú... Si fuera Francesca...'. Pues bien, yo también tengo mis momentos. Un día tal vez Simone quiera contarte algunas historias... Pregúntale a ella.

Volviendo a Aisha, ella no es de allá. Fue de la capital hace muchos años y terminó quedándose. Comenzó enojándose, al punto de dejar de hablarme por varios días. Pero de una cosa yo tenía certeza: mi beso había sido correspondido.

El día en que las jóvenes partieron en una van autorizada a llevarlas al aeropuerto y de allí a Italia, Aisha volvió a hablarme. Celebramos en la sala de su casa, con té y una cena especial. Lo que comenzó de forma tímida y contenida terminó en una noche de pasión. Dejo los detalles para otro momento... Pero supe de inmediato que me había enamorado. Más, tuve la certeza de ser correspondida.

Después de tomar conciencia de lo que estaba sucediendo, y ya habiendo terminado esa fase de mi misión allí, no podía continuar. Fueron días difíciles, casi imposibles... Nada tenía sentido, sabiendo que partiría en pocos días y Aisha se quedaría.

Ella tiene un espíritu diferente, ahorra esfuerzos y elige sus luchas. Un día me llamó y me mostró un email en su celular. Era una solicitud de una organización internacional de derechos humanos, que la requería para la delegación de París durante un año, para una misión no especificada. Ese día me enteré que no somos las únicas en luchar en nombre de esta causa. En silencio, en el anonimato, Aisha forma parte de uno de esos grupos.

Escribo desde el aeropuerto. Estamos en Dubái aguardando la conexión para París, donde estaremos dentro de algunas horas... Recuerdo a Simone decir que 'la vida es un juego. Un juego donde el destino baraja, reparte, y nos corresponde a nosotros elegir qué hacer con la suerte que nos tocó'. Descubrí que cuando el juego no es nada más que imposible, y todas las alternativas parecen conducir a una muerte anunciada, aun así podemos hacer la diferencia y, a veces, solo a veces, terminamos teniendo en las manos un juego vencedor".

[FIN]

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Acerca de la autora](#)

Acerca del autor

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica, madre de cinco hijos y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Autora de VERDADES NO DICHAS

Libros en esta serie

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.

El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere".

La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Verdades No Dichas

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olívia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiorrácica, no podría ser más crítica con respecto a la visión de Olívia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.

A medida que las vidas de Olívia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.

Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.

A través de los relatos en primera persona de Olívia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.

"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olívia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen. "Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.

Libros de este autor

Verdades no dichas

Dos mujeres, dos voces, un viaje inolvidable a las profundidades íntimas del deseo, contado con honestidad cruda y pasión sin filtros.

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olívia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiorácica, no podría ser más crítica con respecto a la visión de Olívia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.

A medida que las vidas de Olívia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.

Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.

A través de los relatos en primera persona de Olívia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.

"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olívia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen. "Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.